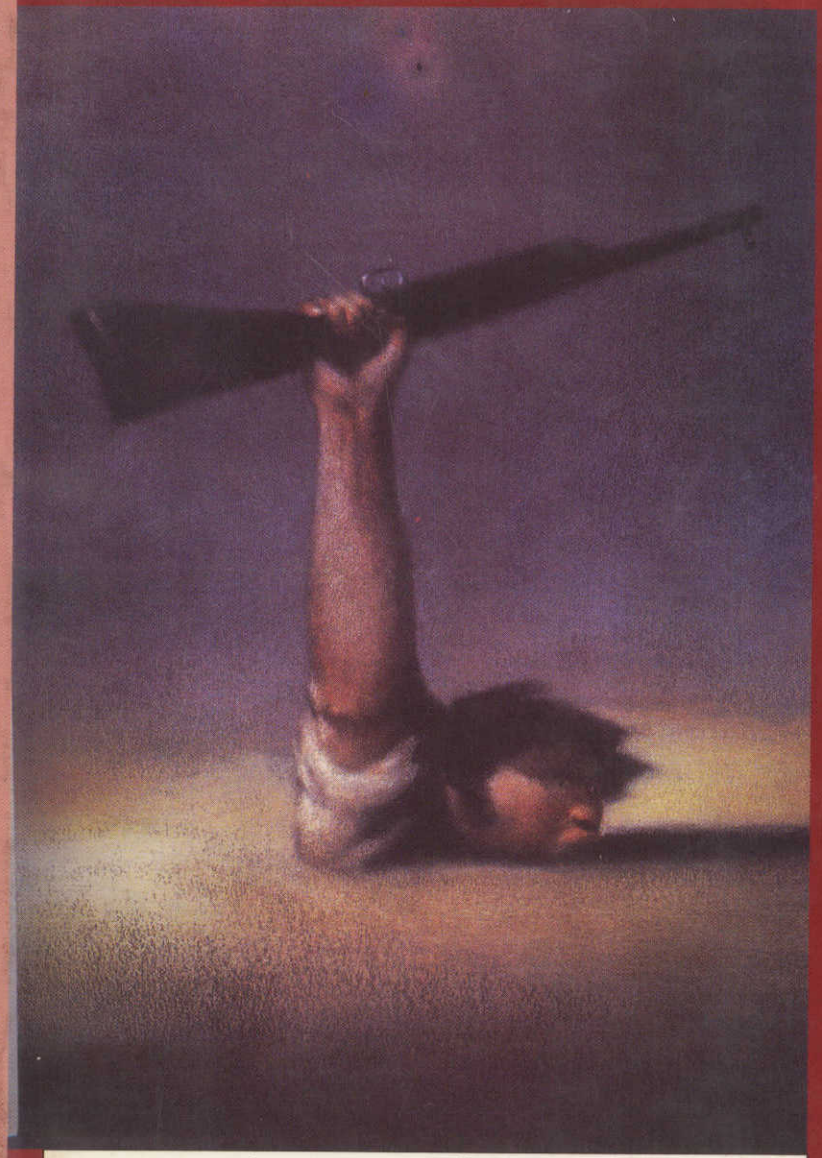
C.C. 1191 - Córdoba
T.E.:(0351) 488-7119 / 423-2106
FAX: (0351) 468-3589
E - MAIL: tramas@doxa.olm.net
Internet: http://doxa.olm.net/tramas

TRAMAS

TRAMAS

PARA LEER LA LITERATURA ARGENTINA



Literatura y Guerra

Vol. VI - Nº11 - 2000

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

planeta
GRAFICO

Donde se imprimen las ideas

Castro Barros 30
Córdoba - 5000
Tel./Fax 0351-4741929

e-mail: planeta@onenet.com.ar

Tramas

para leer
la literatura argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tramas

para leer
la literatura argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Literatura y Guerra

– Primera Parte –

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Consejo Editor Propietario
Néstor Aguilera
María Soledad Boero
Carlos Gazzera
Andrea Guiu
Tania Mastronardi
Carlos Perna

Director
Carlos Gazzera

Consejo Consultivo
Abelardo Castillo
Ricardo Piglia
Andrés Rivera

Dirección
Néstor Aguilera
Ana García Armesto
María Soledad Boero
Claudio F. Díaz
Carlos Gazzera
Andrea Guiu
Tania Mastronardi
Alvaro Montanari
Candelaria de Olmos
Carlos Perna
Daniela Spósito
Marina Villarruel

Secretariado de Redacción
Néstor Aguilera
María Soledad Boero
Andrea Guiu

Suscripciones
Daniela Spósito
Candelaria de Olmos

Tramas Bibliográficas
Andrea Guiu
Marina Villarruel

Corrección
María Soledad Boero
Marina Villarruel
Claudio F. Díaz
Tania Mastronardi

Ilustración de Tapa
«Zona Tropical» Ilustración sobre guerra irregular de Sas.

Arte y Diagramación de Tapa
Guillermo Daruiz

Diseño de Interior
David R. Smaldone

Corresponsales
- En Buenos Aires-
Laura Limberti
-En La Plata-
Laura Juárez
-En Bahía Blanca-
María Celia Vázquez
-En EE. UU.-
Emilce Cordeiro
-En España-
María Bermúdez Martínez

Relaciones Institucionales
Néstor Aguilera
Claudio F. Díaz
Daniela Spósito

Asesoramiento Contable
Ana Cabanillas

Asesoramiento Técnico Informático
David Peker

Web Site en Internet
http://doxa.olm.net/tramas

-Diseño de página en Internet-
Rodrigo Rapela
Pablo Mereshian

TRAMAS... se edita bajo la supervisión del Area de Publicaciones del

C.I.L.S.

Centro de Investigaciones Literarias y Sociales
Asociación Civil Sin Fines de Lucro Expediente en Trámite N°22217
Caseros 690 1° 16 (5000) Córdoba - Argentina
E-mail: cils@doxa.olm.net
CUIT: 30-69846861-7
Registro de la Propiedad Intelectual: 31884 - Ley 11723
ISSN: 0328-2309

TRAMAS... recibe correspondencia en:
C.C. 1191 – (5000) Córdoba
Teléfonos: (54) (351) 4281191 / 423-2106 / 4887119
Fax: (54) (351) 468-3589
E-mail: *tramas@doxa.olm.net* - **Dirección:** *cgazzera@arnet.com.ar*

***TRAMAS*, para leer la literatura argentina**
es Socio Activo de ARCA (Asociación de Revistas Culturales Argentinas).

*Los interesados en adquirir **TRAMAS...** en el territorio de los EE.UU. y Canadá, podrán hacerlo a través de **The Latin American Book Store, Ltd.***
204 North Geneva Street – Ithaca, New York 14850
Tel. 607-273-2418
O por Internet a : www.latinamericanbooks.com

*Todos los artículos publicados en **TRAMAS...** pueden ser reproducidos total o parcialmente, remitiendo a la Dirección de la revista dos copias de los mismos. Quedan exceptuados los trabajos cedidos especialmente por las editoriales en calidad de "adelantos" o de "publicaciones especiales".*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Presentación

¿Cómo abordar la problemática de la guerra en nuestra cultura?

"Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y éste deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irreteniblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso."

[Walter Benjamin, en ***Tesis de filosofía de la historia***]

• I •

Del paraíso a la tierra prometida no hay historia, tan sólo una **promesa**. El presente, como temporalidad que media entre lo pasado y lo por venir, se ha vaciado de historia y es por ese vacío donde una corriente huracanada corre arrasándolo todo. Alguien ha dejado la puerta abierta a una promesa y el presente ya no es lo que era; lo que era ya no es en el presente. ¿Qué heredar entonces? ¿Cómo?

Resulta más que significativa la lectura que Benjamin realiza del cuadro de Klee en cuanto a la direccionalidad de esa fuerza huracanada que denomina progreso. El ángel, contra toda voluntad de detenimiento, es arrastrado de espaldas hacia adelante, hacia el futuro por venir (el progreso necesita espacio, espacialidad para su temporalidad futura. Imperial por naturaleza, necesita expandir su dominio y la historia ocupa ya demasiado tiempo como para permitirle todavía instalarse en el presente: la historia debe ser desalojada. No hay que forzarse demasiado para ver cómo en esa imagen de desvastación de la historia Benjamin prefigura con pasmosa aproximación la desvastación nuclear de Hiroshima y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nagasaki); pero en dicha imagen eso por venir proviene menos de un futuro que de una **providencia**: algo que se impone desde atrás contra toda historia, contra toda contingencia, como un mandato trascendente.

No es por lo tanto casual que una cultura nacional, forjada sobre la base de un ideal teleológico de progreso, sea tan reacia a una mirada intempestiva de su pasado y se sostenga de un modo reaccionario dentro de una lógica hereditaria que es entendida como manuntención y, por lo tanto, consagratoria en su doble matiz relacional: hacia el pasado consagra –hace sagrado toda reafirmación del pacto–, hacia el futuro **se consagra**, es decir se dedica con empeño al cumplimiento de un fin dado: se **empeña** y –con todo el valor económico del término–, se **endeuda** no con **el pasado** sino con **el futuro**. Heredar una promesa, creer y aferrarse a ella, tranquiliza el presente y redime a los hombres de su pasado. En tal sentido, el desfile de la cultura deja de ser histórico y se convierte en sacramental.

• II •

Hay un campo semántico que parece dominar todo el escenario político-ideológico de lo que se entiende por Progreso. La palabra **proyecto** desgrana en su derivación una genealogía de significaciones, ninguna de las cuales es ajena a la esencia misma del progreso. Significaciones que significativamente atraviesan un sin número de campos disciplinarios –disciplinados–, desde la geometría a la balística, desde la arquitectura a la ingeniería, desde la economía al arte y, desde la táctica de guerra a lo político y a lo jurídico. Todo o casi todo parece estar guiado por este reducido linaje de palabras imperiales que reclaman dominios. Su determinada progresión ¿alfabética? es más que sintomática y determinante: ***proyección***, acción y efecto de proyectar. Imagen que se fija en una superficie por medio de un foco luminoso (no hay proyección sin **iluminismo**); ***proyectante***, línea recta que sirve para proyectar un punto en una superficie (la proyección no admite líneas curvas, mixtas o quebradas, es fundamentalmente **reflexiva**); ***proyectar***, lanzar adelante. Idear el plan y los medios para hacer algo (***progreso***: proseguir, ir hacia adelante, prosecusión de algo que se ha empezado como propósito del entendimiento bajo la aceptación de la voluntad). Hacer visible sobre un cuerpo o una superficie la sombra o la figura de otro (hacer sombra, impedir la luz; imposición de un cuerpo sobre otro, dar forma deformando el cuerpo del otro; cubrir, ausentar al otro en la oscuridad); ***proyectil***, cualquier cuerpo arrojadizo; dardo, bala, etc. (*"Las armas tienen una relación privilegiada con la proyección. Todo lo que lanza o es lanzado es en principio un arma, y el propulsor es su momento esencial"*: sostienen Deleuze y Guattari tratando de hallar una diferencia intrínseca entre armas y herramientas más allá de sus diferencias extrínsecas de uso: para destruir al hombre o para producir bienes. En tal sentido *"cuanto más mecanismos de proyección implica una herramienta, más actúa como arma, potencial o simplemente metafórica."* Si la herramienta requiere de un uso mas bien introyectivo, el arma, que es fundamentalmente balística, requiere por el contrario de un uso proyectivo que la lleva a encontrarse con respuestas, *"a evitar y a inventar"*); ***proyectista***, persona dada a hacer y facilitar proyectos (el que proyecta; agente propulsor, el Formador, el Arquitecto, el Geómetra, el Estratega... el **Creador**); ***proyecto***, planta y disposición que se forma para la ejecución de algo importante. Designio de hacer algo. Conjunto de dibujos, cálculos, etc., que se hacen para dar idea de cómo ha de ser una obra y su coste. (la ejecución de algo importante tiene necesariamente un precio que debe ser **costeado**, lo cual no se suele tener en cuenta dentro de los cálculos cuando el proyecto se manifiesta como designio y voluntad de un ser colectivo trascendente que se eleva por encima de toda contingencia. Es allí donde se hace necesaria la promesa del Creador, del Proyectista, pues es precisamente esa promesa la que adquiere el valor de coste: produce simbólicamente lo suficiente como para **cubrir** los gastos que ocasiona. Así progresa y se hace propiciatoria una cultura nacional).

• III •

A casi tan sólo doscientos años de su gesto fundacional, la cultura argentina parece estar sujeta de un modo permanente a una especie de mandato, a una promesa. La misma instaló a nivel de imaginario un tipo particular de relación con el pasado que se caracteriza por el desentendimiento de los conflictos que le dieron origen y que la sostienen en sus aspectos dominantes.

El presente número de nuestra revista pretende, pues, pensar la cultura argentina a traves de sus guerras, pero evitando caer en la tentación empiricista de abordar la guerra como **objeto fáctico**, como **acontecimiento real**, como **suceso** del cual habría que dar cuenta a través de una lógica heterodoxa de las versiones. Por el contrario, nuestra perspectiva pretende más bien una dimensión del análisis que de cuenta de los procesos constitutivos de ese colectivo identitario denominado cultura argentina; es allí donde las **guerras** tienen algo que decirnos. Porque la pregunta que debemos formularnos no es, por ejemplo, qué **sucedió** en Malvinas, sino cómo una guerra determinada interviene en la construcción de identidades: ¿Cómo construyen las guerras la solidariad del grupo? ¿En base a qué beneficios? ¿Qué energía libidinal desatan y ponen en juego cada vez que redefinen lo propio como valor nacional; un valor que aspira desde su particularismo a un uni-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

versal utópico (Patria, Nación, Progreso, Destino de grandeza, etc.)? ¿Cómo construyen el enemigo necesario?, puesto que todo enfrentamiento presupone necesariamente un otro adverso que hostilice y justifique ser hostilizado oponentes, adversarios oponen sus respectivos paradigmas: cultura contra cultura, la adversaridad es siempre contracultural?

No hay guerra propiamente dicha o simbólica que no sea la simple y llana reafirmación identitaria de un grupo, puesta previamente en relato (de allí que toda guerra en principio deba ser **declarada**), en pos de su imposición y legitimación a través de la fuerza. Vista desde esta perspectiva la guerra tiene al menos dos dimensiones fundamentales: una propiamente semiológica, que hace a la dinámica de un proceso de significaciones, en tanto lucha por la nominación hegemónica de los valores que determinan la pertenencia al grupo; y una dimensión institucional-jurídica, que implica la apropiación de esa dinámica para uso exclusivo del Estado y que garantiza la cohesión del grupo constituido. La una es energía, potencialidad, devenir; la otra, cultura dominante institucionalizada.

No se puede, pues, pensar la cultura sin pensar sus guerras. ¿Pero cuáles guerras? ¿Aquéllas que se celebran desde la épica fundacional como heroicas gestas nacionales, o aquéllas que, como se dice, *"nos desgarran intestinamente"*, aludiendo a una metáfora corporal y al mismo tiempo patológica: la del organismo enfermo? Y si así fuera, ¿quiénes son los médicos de la Nación que diagnostican el malestar de la cultura, identifican el mal, y lo **combaten**? Por otra parte, ¿de qué otras guerras sostenidamente silenciadas puede dar cuenta nuestra cultura? Es allí quizás donde la mirada benjaminiana reaparece e ilumina el gran desfile de la cultura como herencia de la barbarie. Pero entiéndase bien, hablamos de herencia y no de superación de la barbarie, como aquellos pro-hombres de la patria gustaban pensar embuídos de un relato positivo y teleológico: el progreso como base y fundamento del porvenir. Y es que **por venir** estaban entonces una Nación y una cultura con atributos propios: los de la comunidad triunfante, encargada de construir los mitos de origen y de pertencia al grupo. Un **nuevo pacto**, una nueva ley que fijaría la nueva dependencia (in-dependencia) a un Nuevo Testamento, y que en un mismo gesto anularía el sentido de herencia hacia el pasado e instalaría toda posibilidad de heredar en el futuro: la dimensión utópica que supuso pensar la nación futura, y el mismo gesto revolucionario que pretendió borrar todo pasado, se efectuaron sobre la base de una promesa que hizo de toda historia previa una prehistoria y orientó las acciones hacia un devenir histórico preestablecido: la historia que aún no es pero será, y que por lo tanto deberá ser pensada desde el instante mismo en que se comienza a pensar y proyectar la identidad nacional. En tal sentido, la historia **será** lo que **deba** ser o no será **nada**. Es decir que nada de lo que se aparte de la promesa –del deber ser– formará parte de la gran Historia del pueblo, y toda herencia será entendida como **legado** –aquello que nos viene enviado por una autoridad– o **testamento** – documento en el que consta la **voluntad** de un testador. ¿Y quiénes son los testadores de la cultura? Los que vencen: *"los respectivos dominadores son los herederos de todos los que han vencido alguna vez"*, dirá con claridad Benjamin.

Recuperar, por lo tanto, un sentido de la herencia que nos haga responsables de nuestro pasado, implicaría una política de la memoria sobre lo que está allí, sobre lo que sobrevive. Preguntarse por lo que sobrevive en la cultura y por qué, entendiendo que lo que sobrevive es precisamente *"aquello que vive después de la muerte de otro"*. Y entendiendo que si la cultura es aquello que sobrevive a pesar de toda muerte, es porque supo sobre-ponerse a toda adversidad, de allí que toda cultura sea en principio **triunfal** y se sostenga sobre los restos de otra voluntad de ser, que a su merced no puede –no debería– estar presente.

• IV •

Iniciar una indagación sobre la noción de guerra en la cultura argentina nos lleva a considerar en principio una cuestión de base: ¿qué lugar ocupan las guerras en nuestro imaginario?

La primera impresión que surge es que las guerras en nuestra cultura no han tenido lugar, es decir, no son un elemento presente y activo que de un modo permanente guarden relación alguna con el desarrollo de nuestra cultura. Es más, las guerras que efectivamente **han tenido lugar** ocupan en el imaginario ese **no lugar** arqueológico propio de la museificación de la historia al cual se consagra la épica fundacional: **allá lejos y hace tiempo**. Bien podría uno objetar que Malvinas constituye un hecho reciente y doloroso en la memoria de los argentinos, pero no es menos significativo su **allá lejos**, su **no aquí** : no hay que olvidar que, finalmente, **no bombardearon barrio Norte**. Además, el caracter épico que adquirió como derrota dejó tras un manto de neblina esa otra guerra que fue denominada **sucia**, y que en realidad nunca fue **otra** sino parte de la misma. No es casual, por ejemplo, que en esa misma y única guerra **no** haya **lugar** para los cuerpos de las víctimas, y siga sin resolverse a nivel de imaginario esa topografía espectral del cuerpo ausente: los cuerpos de las víctimas o no están, han desaparecido, o están fuera de lugar, **allá lejos**: las islas son, hoy por hoy, para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los argentinos, un cementerio en el exilio.

Corresponde entonces asumir de entrada no sólo que las guerras han tenido efectivamente un lugar fundamental en nuestra cultura, sino que **tienen** un lugar permanente en la misma pues son un elemento indisociable de su dinámica constitutiva y de su desarrollo: ¿cómo no considerar presente, por ejemplo, la lucha de clases que **tiene lugar** de un modo constante en el desarrollo de nuestra cultura? ¿O es que acaso la noción de guerra no es en principio inmanente al desarrollo mismo del capitalismo en todas sus etapas?

Néstor Aguilera

Textos Críticos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El rostro del enemigo
Algunas reflexiones sobre guerra, política y discurso

Por *Claudio F. Díaz*

Fragmentos

Esta reflexión podría comenzar como un recorrido, seguramente arbitrario, por algunos fragmentos discursivos provenientes de diferentes campos. Fragmentos discursivos distanciados entre sí tanto en el tiempo como en su nivel de legitimidad, puesto que provienen de la literatura, las historietas, la canción popular, e incluso la televisión. Fragmentos que, sin embargo, van descubriendo una trama, un tejido de relaciones en el que se entrelazan, el poder, la guerra, la exclusión y, fundamentalmente, una manera de trazar las fronteras y definir el rostro del **otro**. Fragmentos que no constituyen estrictamente una serie unitaria, pero que, entre líneas y como en su revés, ponen de manifiesto una **tradición discursiva** que ha resultado hegemónica en momentos cruciales de nuestra historia, y hoy parece reorganizarse bajo formas nuevas, contaminando rápidamente la política, el periodismo, la publicidad y las mismas calles. Un discurso que parece ser parte del trazado de una nueva doxa, que, tras un largo proceso de recomposición, vuelve a definir fronteras en la sociedad argentina.

Propongo empezar por un clásico: ***Operación Masacre***, de Rodolfo Walsh. Según el prólogo, la noche del 9 de Junio de 1956, cuando el periodista-narrador intenta volver a su casa en medio del tiroteo, escucha morir a un conscripto *"...y ese hombre no dijo 'Viva la patria', sino que dijo: 'No me dejen solo, hijos de puta'."*[1] De entrada el texto nos instala en el escenario violento de la guerra. Y también, pone en crisis algunas significaciones del imaginario social vinculadas al Soldado, la Guerra y la Patria. No dijo *"viva la patria"*, que es lo que corresponde al soldado según la laboriosa construcción de la noción de Patria, que después de años de luchas quedó atada a la legitimidad de las guerras de la independencia, o la conquista del desierto. Ese grito patriótico cuyo paradigma es el mítico Sargento Cabral del Combate de San Lorenzo, es el de la afirmación de la Identidad frente al **otro**, frente al extranjero, al *"Fiero opresor de la Patria"*, de la ***Marcha patriótica*** de López y Planes. *"Viva la patria"* es el grito de guerra que se ins-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tala en el límite, que demarca la frontera de la otredad intolerable. La frontera que aún el gaucho perseguido elegirá ante la presencia intolerable del Otro: *"Infierno por infierno, prefiero el de la frontera"*, dice la segunda parte de ***Martín Fierro***. La frontera que después habría que abolir mediante la ocupación total del espacio del otro para que la Nación empezara a ser posible. El soldado de Walsh no es un patriota, sino un conscripto. Un colimba que muere solo defendiendo algo que no se sabe si es la patria. *"Después de eso: ¿Puedo volver al ajedrez?"* se pregunta el periodista, y responde: *"Puedo. Al ajedrez y a la literatura fantástica que leo, a los cuentos policiales que escribo..."* Y más todavía : *"la violencia me ha salpicado las paredes... pero es solamente el azar lo que me ha puesto eso ante los ojos. Pudo ocurrir a cien kilómetros, pudo ocurrir cuando yo no estaba"*. Pero ¿es verdaderamente el azar el que desencadena esa violencia? En el prólogo de ***¿Quién mató a Rosendo?*** de 1969, escribe Walsh: *"Si alguien quiere leer este libro como una simple novela policial, es cosa suya. Yo no creo que un episodio tan complejo como la masacre de Avellaneda ocurra por casualidad"*[2]. Nuevamente un tiroteo, hombres que mueren, la violencia que salpica las paredes. Pero ahora la casualidad es descartada de plano. ¿Cómo leer la distancia entre uno y otro texto?

Un clásico también, pero en otro nivel, es ***El eternauta***, historieta guionada por Héctor Germán Oesterheld, y dibujada, en su versión original por Solano López[3]. Después de una nevada mortal, los pocos sobrevivientes de Buenos Aires se organizan para resistir a lo que, ya se sabe, es una invasión extraterrestre. Nuevamente se pone en escena todo el imaginario del heroísmo y la guerra, de la defensa valerosa frente al Otro claramente identificado en su extranjeridad. Ese *pathos* guerrero se adueña de los protagonistas en medio de los combates. Ese mismo *pathos* hace posible el inicio de formas organizativas dominadas por la lógica militar. Es una guerra. Los protagonistas, hasta ayer simples ciudadanos, rápidamente adquieren el lenguaje y las jerarquías del soldado, y logran rápidas victorias. Pero después de los primeros combates contra los invasores, el profesor Favalli da un golpe al sentimiento general: *"No sea tan optimista, mayor... mire el aparato que los invasores llevan en la nuca, debe ser un receptor de ondas...estos 'cascarudos' son algo así como los insectos del planeta que nos invade... todavía no hemos enfrentado a los verdaderos invasores"*. ¿Quiénes son los que dirigen a esos robots? Unos seres de inteligencia superdesarrollada y avanzada tecnología: los *Manos*. Sin embargo, los héroes no tardan en descubrir que los *Manos*, también son dominados por alguien de jerarquía superior mediante la *"glándula del miedo"*. Esa glándula **in-corporada** metaforiza la dominación absoluta, puesto que el otro

ha tomado posiciones dentro del propio cuerpo del dominado. Pero esos Otros, los verdaderos enemigos, no tienen nombre. Sólo un pro-nombre: *Ellos*. ¿Cómo enfrentar eso que ni siquiera se puede nombrar? *Juan Salvo*, el eternauta, jamás podrá verlos. Sólo atisbar sus naves desde lejos. ¿Cómo leer, nuevamente, esa distancia?

Milo, el héroe de ***Alrededor de la jaula***, novela que Haroldo Conti publica en 1966[4], roba del zoológico una mangosta canina. Toda la última secuencia de la novela, es una persecución callejera que conduce poco a poco hacia el puerto. El mismo puerto en el que *Milo* mira los barcos y sueña con partir, con romper el círculo en el que se encuentra atrapado. Como todos los personajes contianos, *Milo* tiene nostalgia del camino, ese símbolo tan *beatnik* de la libertad. Barcos, camiones, autos, son añorados obsesivamente. En la escena final *"un policía se acercó con cara de aburrido. — Vamos, pibe. Milo no se movió. — Vamos! — dijo el policía cambiando de tono. Y lo empujó hacia el coche"* . La escena, en el contexto de la novela, es paradójica y cruel. Durante toda la novela *Milo* da vueltas en círculos buscando una salida. En su vida dura y rutinaria, encuentra a la mangosta, y a partir de allí crecen el afecto y la identificación. Pero el animal es **Ajeno**. Liberarlo, ese acto final en el que *Milo* trata de liberarse a sí mismo, es pues un robo. Apropiarse de **lo Ajeno**, que de algún modo es también un acto de apropiación de sí mismo, es un delito, que lo pone del otro lado de la ley. Y allí está la policía, justo en la frontera, para hacerle notar su **otredad**. El coche al que lo suben, obviamente, no lleva al camino. ¿Cómo leer, entonces, ese cambio de tono en la voz del policía?

Triclinio, el héroe de ***El trino del diablo***, de Daniel Moyano[5], tocaba el violín. Pero su ciudad, La Rioja, un error desde su fundación, no tiene un lugar para él. La orquesta de la ciudad tocaba folklore, y no necesitaba un violinista. Detenido por la policía por falta de carnet, busca la ayuda de la Junta de Historia y Letras. Pero tocar el violín (y no folklore) es una deformación de las *"pautas nacionales y provinciales"*, de carácter subversivo. *Triclinio* pasa de *"residente obligado"* a la situación de *"Desubicado"*. Ya emigrado descubrirá que su situación no era única y que no terminaba en La Rioja. La música de los violinistas artríticos de Villa Violín también encontraba un espacio sólo en la subversión. La subversión, pues es una posición que involucra el arte y la política, la ficción y la guerra. Pero: ¿Subversión de qué? ¿Guerra contra quién? Los escenarios de esa guerra van señalando las fronteras, el afuera y el adentro de un espacio simbólico. La Casa Rosada y la Plaza de Mayo, el teatro Colón y Villa Violín, la Capital y La Rioja. En este sistema de oposiciones no hay lugar para los violinistas. ¿Cómo leer esa falta de lugar?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En 1969, ***Los Gatos***, banda fundadora del *rock* en la Argentina, publicaba su disco póstumo: ***Beat n° 1***. En ese disco se destacaba una canción extraña, que ocupaba todo un lado, y era, en su mayor parte, una improvisación instrumental liderada por la guitarra de Pappo. Canción extraña que rompe las reglas (las leyes) de la canción dentro del marco de la cultura de masas. Los cambios de clima hacen que no se pueda bailar, la guitarra se pierde en caminos sinuosos, hay momentos llenos de vacilaciones y carentes de estructura. Un fragmento de la letra dice: *"Siempre hice todo lo que otros querían / hasta que un día logré despertar / me pregunté qué puedo hacer / no quiero durar, sólo quiero vivir / fuera de la ley / fuera de la ley / siempre hasta el final"*. Durar, entonces, se opone a vivir. Las reglas deben ser rotas porque la vida sólo es posible fuera de la ley. ¿Pero qué ley? ¿Cómo leer esa oposición?

En una nota al pie de su trabajo sobre *'Néstor Perlongher y la cuestión Malvinas'*, publicada en el n° 8 de *TRAMAS...*, Andrea Guiu menciona un comentario de la escritora María Moreno. Para ella la dictadura militar no terminó con el llamado a elecciones ni con la llegada al gobierno de Raúl Alfonsín, sino cuando Perlongher leyó en el hall del teatro San Martín su poema *'Cadáveres'*. El poema empezaba así: *"Bajo las matas / en los pajonales / sobre los puentes / en los canales / hay cadáveres"*. Por los mismos años, en su canción *'Resumen Porteño'* del disco ***Bajo Belgrano***, L. A. Spinetta terminaba diciendo, desde la perspectiva de alguien que pesca en el río: *"usualmente / sólo flotan cuerpos a esta hora"*. ¿Pero quiénes son? ¿A quiénes pertenecen esos cuerpos? ¿Cómo leer esta presencia?

Vivir afuera, novela publicada por Rodolfo Fogwill en 1998[6], está construida como una trama de voces diversas que se entrecruzan y se ramifican alrededor de varias historias. Todas confluyen en una sola noche, en Buenos Aires. Y sin embargo son historias de frontera. Van dibujando, lentamente, una cartografía, un conglomerado de líneas tan sutiles, tan borrosas, que es casi imposible determinar los lados. Pero en todas partes, de uno y otro lado de las líneas (cerca de la villa y de las fiestas de los políticos, persiguiendo a los narcos y transando con ellos, usando prostitutas como informantes a cambio de drogas, vigilando y siendo vigiladas), están las policías. Y lo digo así, en plural, porque son muchas las líneas y diversas las policías. No se sabe quién vigila a quién. No se sabe para quién trabajan. No se sabe, pero trabajan. Hacia el final, aparece una voz, la de alguien que informa sobre su vigilancia: *"Esto, por la información obtenida del librero, que revela que* ***el otro*** *utiliza el espacio cedido para escribir libros sobre la marginalidad y a esos efectos recibe con frecuencia la visita de informantes de personal de seguridad, a ex convictos de delitos comunes y subversión y a activistas que, supone, pertenecen al grupo Puerto Argentino"*[7]. Marginalidad extraña, en la medida en que los márgenes son tan difusos que hasta el propio escritor (el otro) parece quedar afuera, junto con los policías, los delincuentes y los ex combatientes de Malvinas. Y justamente sobre un ex Malvinas, se centra la mirada de esta voz que vigila. El *Pichi*[8], que *"..., sería un ex Malvinas de extrema derecha, que, como el huésped que utiliza el entrepiso, evoluciona hacia posturas próximas a grupos trotsquistas y de agitadores estudiantiles que se adiestran en prácticas de lucha callejera"*. Ahora el rostro del **otro**, del enemigo posible, empieza a adquirir rasgos conocidos. Allí la identificación, el borramiento de las diferencias entre delincuentes comunes y subversivos, izquierda y derecha, policías y delincuentes, parece cobrar un nuevo sentido. ¿Cómo leer esas borrosas fronteras?

Pero si hay alguien, en la literatura contemporánea, que representa al Otro absoluto e intolerable, ese es el ***Gaucho Dorda***. En ***Plata Quemada***, de Ricardo Piglia[9], se plantea también una paradoja. Si a lo largo de las luchas simbólicas, y particularmente después de ***El payador*** de Lugones, la identidad nacional, con toda su carga de valores, quedó vinculada a la imagen del gaucho, *Dorda* es el reverso trágico de esa identidad. Para empezar, es un gaucho rubio, oriundo de la provincia de Santa Fe, descendiente de aquellos inmigrantes para quienes el criollismo fue clave en su estrategia de integración. Gaucho rubio, entonces, que por ese solo hecho (ser rubio) hace que cambie el sentido de los escenarios rurales de su infancia y adolescencia. Pero además, *Dorda* reúne en sí el conjunto de los antivalores que constituyen al **otro**. Como el *Moreira* de Gutiérrez, *Dorda* es un *"gaucho malo"*, que enfrenta a la autoridad, se ubica del otro lado de la frontera y es perseguido por la partida. Gaucho ladrón y asesino, sí; seguramente *"vago y mal entretenido"*; pero además, homosexual, drogadicto y psicótico. *Dorda* reúne, él solo, todos los rasgos de la otredad. En un solo gesto, se pone del otro lado del estado, de la racionalidad, de la propiedad, de la moral y del sistema de géneros. Es peligroso; es un delincuente; no genera ninguna identificación. Ni siquiera inspira piedad.

Finalmente. En la noche del 10 de Septiembre de 1999, Mariano Grondona planteó como tema central de su programa una pregunta recurrente acerca del problema de la inseguridad, uno de los temas que había sido eje del debate en la última campaña electoral: *"¿mano dura o mano blanda?"*. Después de la masacre de Ramallo (y de nuevo hay balas, y muertos, y paredes salpicadas de violencia) el debate, planteado en esos términos, ha ido contaminando todos los discursos. El delicuente, como el *gaucho Dorda*, cada día más claramente reúne en sí, y con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una intensidad desmesurada, todos los antivalores que antes se distribuían entre las diversas formas del enemigo. El delincuente es el Otro. ¿Qué hacer con él?

Sobre azares, silencios y violencias

¿Se puede pensar en alguna lógica que articule este recorrido que propongo? Como he sostenido en otros trabajos[10], en los años 60, hay profundos reacomodamientos simbólicos, una verdadera **crisis de hegemonía** que altera profundamente las condiciones de enunciabilidad. Con esto me refiero por un lado a una serie de reacomodamientos en la estructura interna de los diferentes campos de producción simbólica, y por otro a la posición y legitimidad de cada uno de ellos en el espacio social global. Pero fundamentalmente me refiero a la progresiva pérdida de legitimidad de una trama de discursos, y por ende de valores e ideas, de visiones del mundo y de la historia, de las relaciones familiares y de género, que habían llegado a convertirse en la doxa dominante. De modo que, en esas nuevas condiciones de enunciabilidad, que ponen de manifiesto profundas grietas en la doxa, se hace posible la emergencia de voces que vienen a sonar *"fuera de lugar"*, como el violín de *Triclinio*. Voces que vienen a romper el orden natural de las cosas, pero también cuerpos cuya sola presencia es ya un acto subversivo. Todo el espacio y el discurso social se llena de esas voces, que, en definitiva, ponen en entredicho las fronteras de la ley, cuestionan la identidad y redefinen su sentido. Del lado de la Ley sólo se puede durar, y a veces ni siquiera eso, como descubren con horror los fusilados de ***Operación masacre***. Del otro lado, está la promesa de la vida. El recorrido de *Juan Carlos Livraga*, que lo lleva desde el basural de José León Suárez, pasando por los calabozos de la policía, a los estrados judiciales, de donde la causa es arrebatada, para pasar a los tribunales militares, resulta ilustrativo. La distancia de ***Operación Masacre*** al ***Rosendo*** puede leerse así, en las características de los protagonistas. De *Juan Carlos Livraga* al *Griego Blajakis*, de la víctima al militante, está de por medio el paso que pone al sujeto del otro lado de la ley. El mismo recorrido separa al *Milo* de ***Alrededor de la jaula*** del *Oreste* de ***Mascaró***, en la obra de Conti[11]. Es la distancia que hay entre la omnipresencia y omnipotencia policial (metonimia paradigmática de la ley) y el paso del circo del arca seguido por la guerrita de Mascaró. El paso que pone al individuo, o a un sujeto colectivo, fuera de la ley, lo pone también fuera del colectivo social, quiebra el **nosotros** dominante e introduce una grieta. *"Si ellos son la patria / yo soy extranjero"*, dirá Charly García a principios de los 70, en referencia a los militares. En el **nosotros** ha ingresado un **otro** que pone en crisis la ley. Es que esa ley puede entenderse también como una lógica, que nada tiene de azarosa. No es el azar lo que pone a la violencia en el centro de una escena **salpicada**, sino una lógica; la misma que explica la distancia insalvable que separa al eternauta y sus amigos de los verdaderos invasores. Esa estructura infinita del poder que Franz Kafka había alucinado en la parábola del campesino ante las puertas de la ley. *"Ellos"*, diría Oesterheld, el verdadero enemigo, casi inasequible, está del otro lado. *"Ellos"*, el sistema, dirían los *rockeros*, y uno puede imaginar esa *"estrategia sin sujeto"* de la que hablaba Foucault, esa red infinita de relaciones de poder que determina las fronteras y las líneas de exclusión. En las grietas de esa red, se mueven los personajes de Oesterheld, los militantes de Walsh, los artistas de Conti, los violinistas artríticos de Moyano. Pero también los marginales de Fogwill, y hasta el mismo *"gaucho malo"* de Piglia. Tal vez la imagen más significativa sea la del vuelo de *Basilio Argimón*, aquel alucinado personaje de Haroldo Conti. En ***Ad Astra***, el intento de construir una máquina voladora provoca burlas y discusiones, y termina en un patético fracaso. En ***Mascaró***, *Basilio Argimón* reaparece, volando sobre el Circo del Arca, y convocando tras su estela al *Príncipe Patagón*. Pero su vuelo imposible ya no da origen a meras discusiones, sino a la persecución policial. Es un acto subversivo.

Sobre policías y leyes

La dictadura militar, a partir de 1976, cerró las grietas por la fuerza y puso en el mismo plano de **otredad** a cualquier forma de diferencia. Esto es fácil de advertir. Pero también dio inicio a un lento proceso de recomposición del imaginario que a lo largo de tres décadas terminó por constituir una nueva doxa. En el largo trayecto, que va desde la represión militar, pasando por la transición alfonsinista, hasta el ajuste menemista, nuevas significaciones han venido a ocupar el centro del imaginario social. Y con ellas, una nueva Ley distribuye los lugares sociales y traza las nuevas fronteras. Esa ley es la del Mercado, y sus significaciones imaginarias nucleares son la **estabilidad** y la **eficiencia**. Estabilidad institucional primero, y económica después, acompañada con un tácito pacto de olvidar el pasado oscuro, de cerrar a cal y canto los huecos por los que pueden llegar hasta nuestros oídos los ecos de las masacres, y de aquellas ideas obsoletas (libertad, justicia social, igualdad) que estuvieron en el centro del cuestionamiento de la doxa . Eficiencia en la construcción de una nueva red de relaciones, claro que más flexibles, que favorezcan la competencia y la integración de la economía a los mecanismos internacionales. Eficiencia que obliga a ahorrar costos de producción, aún al costo del aumento de la exclusión y de la marginalidad. De ahí que las fronteras se vuelvan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

borrosas, sinuosas y múltiples. Porque el mercado es flexible y cambiante, y el otro se vuelve parte, si se descubre en él, un perfil de posible consumidor. Pero la ley del mercado es, con todo, una ley, y por borrosa que sea, traza fronteras. Del otro lado de la eficiencia (económica, social, política) están los otros. Ya no los militantes de Walsh, ni el circo del Arca de Conti, ni los violinistas artríticos de Moyano. Otros. Como antes, están del otro lado de la ley. De la del mercado y de la del estado. Como antes, los otros son peligrosos, y concentran en sí todas las significaciones negativas del imaginario. Los mismos rasgos de peligrosidad que se atribuían al subversivo, y antes a los *"cabecitas negras"*, y antes a los anarquistas, y más atrás aún al gaucho y al indio, caracterizan ahora a esos otros. Los otros constituyen una amenaza. Los otros son la *"barbarie"*: antes eran los indios que entraban a saco en las estancias; o los extranjeros que traían ideas extrañas al ser nacional; o el *"aluvión zoológico"* que amenazaba las jerarquías sociales; o la *"subversión apátrida"* que ponía en riesgo nuestro *"estilo de vida"*. Ahora que la llamada globalización hace insostenible el discurso de la patria, la frontera vuelve a trazarse para adentro. Es la *"gente decente"* la que está amenazada, la que vive en *"libertad condicional"* mientras los otros peligrosos se adueñan de las calles. Travestis o ladrones, trotsquistas o desocupados, drogadictos o *gays*, bolivianos o peruanos..., pobres...; la imagen del gaucho *Dorda* parece caberles a todos:

> *"Fue el primero en salir, todavía vivo, el primero al que veían de los terribles malhechores que habían combatido heroicamente durante dieciséis horas. Un cuerpo frágil, con pinta de boxeador, una víctima sacrificial y al verlo hubo una oleada de odio y cuando el primer hombre lo golpeó fue como si el mundo se viniera abajo y se rompiera el dique del rencor".*[12]

Ante la peligrosidad del enemigo, ante semejante concentración de significaciones negativas, la doxa reconstruida bajo nuevas formas encuentra en el pasado fragmentos de discurso que le permiten defenderse. Ya no se trata de la subversión. Ahora hay que *"aniquilar"* la delincuencia, implementar políticas de *"tolerancia cero"*, *"meterles bala"*. Vigilar esa turbia frontera en la que, como siempre, se fortalece la fuerza policial, incluso recurriendo a quienes aún se perciben como *"héroes"* de otras guerras. Y esa policía está de uno y otro lado. Mientras Mariano Grondona discute si hay que aplicar mano dura o mano blanda, y con él, buena parte de la dirigencia política y social: *"Bajo las matas / en los pajonales / sobre los puentes / en los canales / hay cadáveres"*.

Notas:

1. WALSH, Rodolfo: ***Operación masacre***. Ediciones De la Flor, decimosexta edición, Bs. As., 1986.
2. WALSH, Rodolfo: ***¿Quién mató a Rosendo?*** Ediciones De la Flor, tercera edición, Bs. As., 1985.
3. OESTERHELD, H y SOLANO LÓPEZ: ***El eternauta***. Ediciones Récord, Bs. As., 1979.
4. CONTI, Haroldo: ***Alrededor de la jaula***. Emecé, Bs. As., 1995.
5. MOYANO, Daniel: ***El trino del diablo***. Sudamericana, Bs. As., 1974.
6. FOGWILL, Rodolfo: ***Vivir afuera***. Sudamericana, Bs.As., 1998.
7. El subrayado es mío.
8. El Pichi, además, es el sobreviviente del grupo de *"pichiciegos"*, colimbas que según aquella novela de Fogwill, vivieron la guerra desde un agujero en el que intentaron sobrevivir, más allá del discurso de la identidad nacional y el *"viva la patria"* del imaginario guerrero.
9. PIGLIA, Ricardo: ***Plata quemada***. Edit. Planeta, Bs. As., 1997.
10. Ver por ejemplo, *'Haroldo Conti: un humor vagabundo'*. En ***TRAMAS para leer la literatura argentina***, Nº 8. Córdoba, 1998.
11. CONTI, Haroldo: ***Mascaró el cazador americano***. Premio Casa de las Américas, La Habana, 1975.
12. PIGLIA, Ricardo: ***Plata quemada***,ed. Citada, pág.241)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La literatura de la primera guerra mundial y el prisma de Borges

Por *José Fernández Vega*

• I •

¿Puede representarse literariamente la guerra? En 1928 el periodista checo de expresión alemana Egon Erwin Kisch afirmó que la conflagración de 1914-1918 había vuelto trivial a la novela. Este género, en su opinión, había entrado en su ocaso y el reportaje periodístico estaba llamado a superarlo. Las experiencias bélicas habían producido una conmoción tan profunda que, en lugar de ficciones, el público reclamaba historias verídicas. Por consiguiente, las invenciones novelísticas resultaban superfluas.[1] La de Kirsch no era una voz aislada. Pero nadie podía prever que sólo un año más tarde la novela de guerra iniciaría un increíble *boom* en la joven república alemana y en otros países de Europa.

Las consecuencias de la derrota en la Gran Guerra implicaron profundos cambios en Alemania. A nivel político, el primero de ellos fue la *débacle* de la monarquía guillermina y el surgimiento de la república de Weimar en medio de agitaciones sociales que polarizarían al extremo la lucha política. Ese fue el contexto en el cual la experiencia bélica que había tenido lugar poco antes recibió un amplio y variado procesamiento literario. En él, según Norbert Elias, pueden distinguirse dos grandes tendencias que exponen valores políticos y artísticos disonantes entre sí. Cada una de ellas puede ser representada por una obra relevante. Aunque aparecida ya en 1920, ***Tempestades de Acero*** (***In Stahlgewittern***) fue el más significativo ejemplo en el campo literario weimariano de una tendencia afirmativa, estilizando la guerra bajo una luz positiva. En la obra de Jünger, *"No se oyen momentos de horror, de vacilación, de miedo o de debilidad. Aquí también está vigente el canon guillermino: los débiles y la debilidad son funestos y deben esconderse"*.[2] De acuerdo con esta perspectiva, el libro estiliza la autoimagen de la oficialidad prusiana modelada según un prototipo aristocrático. Los soldados tienen aquí un mero rol de comparsa para el heroísmo de sus superiores. La verdadera camaradería que propone la obra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de Jünger es elitista, pero también alcanza a los rangos inferiores. La nostalgia de esa comunidad (*Gemeinschaft*) masculina forjada en el peligro del frente de batalla, que constituye uno de los motivos de la obra, suscitaría en algunos lectores la esperanza de su reproducción en otra guerra que permitiera el renacimiento patriótico de Alemania, derrotada militarmente y amenazada por la revolución social.[3]

Jünger presenta la conflagración como un último escenario para el heroísmo europeo, pero ya definitivamente amenazado por la guerra industrializada que vuelve insignificante el papel del individuo y reduce al mínimo su campo de acción independiente. En él, la figura del aviador solitario en su todavía precaria máquina es comparable con la del caballero andante y ofrece un contrapunto a la de los soldados –trabajadores o vasallos– quienes, empero, encuentran en su compartida experiencia de combate en el frente –*Fronterlebnis*– la realización práctica de la categoría romántico-política de la *Gemeinschaft* forjada en la camaradería militar. La vida del frente se halla despolitizada –como en tantos otros libros de la época, las causas de la guerra no merecen la menor atención– y la batalla, librada básicamente por el **material** armamentístico y no por los hombres, asume entonces el carácter fetichístico de una catástrofe natural. La experiencia bélica es tan intensa e inmediata que en todo el texto no hay una palabra sobre el desarrollo general de las operaciones; lo que cuenta para Jünger es el gozo del coraje ante la lluvia de munición y la solidaridad de los camaradas en la batalla concreta. Los viejos valores comunitarios, sin embargo, están a punto de disolverse bajo el poder destructivo de la técnica. En la narrativa del joven Jünger la guerra es sublimada hasta las alturas de una experiencia primordial y comprendida como oportunidad de regeneración para la *Kultur* alemana que consiga superar la crisis de valores en que la había sumido el estrecho ambiente burgués guillermino. Con todo, sus observaciones y sus vivencias de la tecnología bélica hacen de su libro algo más que un mero documento sobre la historia del militarismo. Jünger advierte en uno de sus ensayos de entreguerras que el músculo del combatiente se ve suplantado por el acero de la artillería.[4] La literatura moderna se halla por primera vez enfrentada en gran escala con los avances civilizatorios, sólo que ellos muestran su faz macabra: no se trata de facilitar la vida sino de exterminarla. En esta experiencia central de la Primera Guerra –el desprecio a la vida, el asesinato de masas, la muerte tecnificada– muchos vieron un antecedente del Holocausto de la Segunda. Particularmente premonitorio es el ataque al enemigo con gas venenoso, una impresión decisiva tematizada ampliamente entre los escritores que participaron de la experiencia.

El contrapunto, y el ejemplo más notable de una segunda tendencia literaria en la república de Weimar, lo representa ***Sin novedad en el frente*** (***Im Westen nichts Neues***) de Erich María Remarque. Esta obra, que estaba siendo aceptada para su publicación en la editorial Ullsteins de Berlín en el momento en que Kirsch auguraba el ocaso de la novela, se convirtió en un absoluto *best seller* y en el primer gran éxito de la historia de la industria editorial alemana.[5] Remarque muestra el lado amargo y cotidiano de la guerra, y su experiencia completamente desromantizada, desde el punto de vista del soldado común y del suboficial. En los círculos conservadores prusianos esta versión de la historia fue considerada como una traición.[6] Una película estadounidense basada en la novela conoció también un éxito arrollador, pero su proyección en Alemania fue saboteada.[7] Goebbels registró en su diario los actos nazis que tuvieron lugar en 1930 para impedir su proyección en Berlín; tres años más tarde, y ya en el poder, los nazis quemaron públicamente ejemplares de la novela y prohibieron tanto ésta como la película.[8] A nivel popular, el alegato de Remarque sobre la *"generación perdida"* en las trincheras fue leído como la **verdad** sobre la guerra –el moderno estilo publicitario de la casa Ullstein rindió así sus frutos financieros: millones de ejemplares vendidos y decenas de traducciones difundieron de inmediato el producto por toda Europa–. Por su parte, los conservadores lo acusaron de *"propaganda pacifista"*. Goebbels mostró en cambio su admiración por el libro de Jünger que, publicado casi una década antes y a expensas del padre del autor, hizo una lenta carrera comercial y en sus comienzos se dirigió a un público simpatizante con los valores militaristas (las sucesivas ediciones aparecieron en una editorial de temas militares, donde comandantes alemanes como Hindemburg y Ludendorff imprimían también sus escritos autojustificatorios sobre su conducta en la guerra, culpando a la agitación izquierdista de la derrota alemana). Los editores no creyeron inicialmente que el tema de la guerra interesara a amplias franjas de la población civil y por eso rechazaban novelas como la de Remarque, quien sólo logró publicarla después de muchas negativas.[9] Este contexto quizá haga más comprensible que la primera traducción de ***Tempestades de Acero*** se halle en la colección de la Biblioteca del Suboficial del Ejército Argentino.[10]

Lo que se llamó el *war boom* literario de finales de los años 1920 no se limitó a Alemania ni comenzó de la nada una década después de la paz de Versailles. El clima anti-bélico que ge-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

neró la Gran Guerra surgió de las mismas trincheras y produjo también efectos literarios considerables entre los vencedores como lo evidencia en Francia el temprano ejemplo de Henri Barbousse con su novela ***El fuego*** (***Le Feu***) aparecida en 1916 y rápidamente traducida al castellano entre otros idiomas. Barbusse, un seguidor de Zola, que tras la guerra se convertiría en un prominente intelectual del movimiento comunista, presentó en su libro un vívido retrato de la vida miserable de los *poilus* (o peludos, soldados rasos franceses) y un alegato contra la guerra en general, pero justificando la lucha contra el militarismo alemán desde una perspectiva socialista. Según Modris Eksteins fueron los literatos, no los historiadores, los que lograron procesar con mayor eficacia la experiencia de la guerra y dotarla de sentido.[11] El público reflejó ese logro en su interés por la narrativa de tema bélico que se desarrolló en toda Europa a lo largo de la primera posguerra. En el área lingüística inglesa, Robert Graves obtuvo un extraordinario impacto con ***Adiós a todo eso*** (***Goodbye to All That*** ,1929, revisada en 1957), un libro de memorias sobre su experiencia en el frente occidental, y Ernst Hemingway se reveló al gran público con ***Adiós a las armas*** (***A Farewell to Arms***, también de 1929), una novela pacifista que contrastaría con el culto al coraje masculino de su producción posterior.

Esas obras son sólo dos de los más famosos ejemplos de la narrativa en lengua inglesa sobre la Gran Guerra, producida por escritores de ambos lados del Atlántico, y que se beneficiaron de la ola de éxitos de venta de que gozó el género en su momento. Pero, según escribió Kracauer en un análisis contemporáneo de los éxitos de librería alemanes en la línea de ***Sin novedad en el frente***, la narrativa de posguerra no sólo triunfó entre el público porque asumía (en un intento de compensación simbólica) el punto de vista del individuo común, superado por la experiencia histórica que lo convertía en mera víctima impotente, sino porque, en el fondo, esa experiencia se encerraba literariamente en sí misma, permanecía políticamente oscurecida y no terminaba en volverse consciente. Dando voz al sufrimiento de la gente pequeña avasallada por la conflagración, la literatura suscitaba la indiferencia acerca de los motivos de la guerra misma.[12] La opinión de Krakauer matiza y complementa la anteriormente citada de Modris Eksteins.

• II •

A veinte años de su publicación, Jorge Luis Borges ponderó ***El fuego*** como *"el libro glorioso de barro y sangre"*, estimándolo muy superior al sentimentalismo de Erich Maria Remarque. Poco después acumuló otras objeciones en una reseña publicada en ***Sur***, donde señala que este autor, además, carece de originalidad: ni su *"crudo realismo"* ni su vívida descripción de la vida en el frente agregan nada a lo que ya había escrito Kipling.[13] En el interín, sin embargo, Roberto Arlt había escrito en una de sus aguafuertes el retrato de un oficial argentino que lee ***Sin novedad en el frente*** durante su viaje en tren desde el Oeste bonaerense a Once. Casi confirmando por anticipado el lugar que la crítica convencionalmente le atribuiría como rival literario de Borges, Arlt no disimula su entusiasmo por la novela de Remarque.[14] Las tensiones estéticas entre los dos escritores argentinos, jamás explicitadas por ellos mismos, pero canónica en cualquier organización del campo literario nacional del siglo XX, se ponen también en evidencia en sus gustos dispares. En la disímil biblioteca elegida por cada uno de ellos no faltan, sin embargo, libros de guerra.

Y tampoco podían faltar. La producción literaria que suscitó la Primera Guerra Mundial fue inmensa. Pero su tenor cambió radicalmente entre el comienzo y el final de la misma, correspondiendo a la contrastante expectativa histórica. Mientras que en 1914 la juventud europea marchó entusiamada a la contienda depositando en ella ilusiones aventureras que despejaran la atmósfera enrarecida por el *ennui* burgués, la evolución militar del conflicto defraudó muy pronto ese entusiasmo. Los movilizados que en agosto de 1914 pensaban estar de vuelta en casa para Navidad tuvieron que soportar durante interminables meses el estancamiento del frente militar, la desgastante guerra de trincheras, la lucha por cada centímetro de la tierra de nadie. El espíritu caballeresco que imaginaban propio de las contiendas se vio aplastado por un estilo de combate industrializado y por la movilización de toda la población. Los códigos de honor se volvieron papel mojado cuando empezaron las ofensivas con gases, los bombardeos a la población civil y los ataques submarinos a los buques de carga. La breve excursión hacia la aventura heroica se había degradado y empantanado en trincheras inmóviles donde la artillería descargaba enormes cantidades de explosivos. En sus precarios refugios los soldados sufrían tanto el fuego del enemigo como la inclemencia del invierno y la lluvia semienterrados en lodo, rodeados de un panorama desolador de muerte y pestilencia. Padeciendo el rigor de los elementos –fuego, tierra, agua– los hombres asistían a la primera gran hecatombe del siglo XX, marcada por la preponderancia de la tecnología sobre la acción individual. La modernidad mostró por primera vez su faz destructiva: la confianza en el progreso moral se vio contrastada con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el cotidiano espanto de la carnicería y el progreso material exhibió su carácter deshumanizante y letal.

Desde el final de las guerras napoleónicas Europa no había vivido ninguna conflagración de proporciones. El siglo XIX había sido relativamente pacífico: las guerras que tuvieron lugar en él duraban sólo algunos meses y eran conducidas por ejércitos limitados en número cuyas operaciones no afectaban de lleno a toda la población civil. Puede comprenderse entonces que el desaforado espíritu belicista que suscitó la Gran Guerra se haya traducido en agosto de 1914 en la publicación –sólo en Alemania– de un millón y medio de poemas de contenido patriótico.[15] La *Kriegsbegeisterung* –el entusiamo bélico– se convirtió en movimiento literario masivo. Encaramado en una ola de nacionalismo, este movimiento redescubría una identidad nacional, exaltaba el amor a la patria y se dejaba dominar por el triunfalismo. Las causas concretas de la guerra eran exteriores; su atracción espiritual, incontenible; su origen último, misterioso. En cierto modo todos los poemas eran el mismo: los valores que propagaban –la disposición *quasi* religiosa para el sacrificio, la comunión nacional– resultaban comunes en todos ellos. La forma literaria que adoptaban era en su mayor parte tradicional. No se crea que estas producciones se debían a escritores de segunda línea. Figuras como Rainer Maria Rilke y Stefan Zweig participaron de la euforia guerrera.[16] Todavía más, ambos trabajaron para el Ministerio de Guerra austro-húngaro produciendo relatos estilizados a partir de informes y partes de batallas. Estas narraciones aparecían luego en los periódicos como *'Notas del frente'*.[17] En Alemania algunos escritores eran comisionados por el ejército para escribir relatos novelados de las batallas, que se publicaban en grandes tiradas, así como reportajes de guerra que se editaban en formato de bolsillo. Quedan por investigar las consecuencias que tuvo la guerra para la industria editorial. Quizá haya que contar a los editores entre la parte del mundo de los negocios beneficiada por la guerra. Después de todo, la propaganda es también una rama de la industria bélica. La casa Ullstein, por ejemplo, imprimía bajo su sello esos relatos y reportajes durante el conflicto; cuando éste hubo terminado, se benefició con el arrollador éxito de la novela pacifista de Remarque.

La Gran Guerra convocó por primera vez al frente a una impresionante cantidad de intelectuales y artistas como parte de la primera movilización total de la historia. Las consecuencias culturales de este hecho son especialmente evidentes en la proliferación de relatos testimoniales que aparecieron durante y después de la contienda. Los escritores tradujeron en libros sus experiencias y muchos soldados debutaron como autores formando la masa de un subgénero de literatura de guerra, el *Erlebnisbericht* o relato vivencial, que privilegia la experiencia personal e interior antes que el desarrollo histórico general. Desde este punto de vista, ***Tempestades de acero*** es sólo el más perdurable ejemplo de este tipo de literatura. Jünger adoptó en su primer libro una mirada fría que daba cuenta de la experiencia del combate en su inmediatez, aunque las múltiples revisiones a las que lo sometió para las sucesivas reediciones fueron expurgándolo de contenidos políticos, en particular de su marcado espíritu nacionalista inicial, y refinando su presentación literaria.[18] Todos los protagonistas de su texto, según escribió Dagmar Barnow, *"son variaciones del yo en el rol de observador, escritor de un diario e historiador..."*.[19] Si la **pose heráldica** de héroe que Jünger reserva para sí es un rasgo prototípico de su libro, las intenciones documentales de la obra y el estilo fotográfico con que la trabaja (luego confirmados en sus textos para un libro de fotografías sobre tema bélico) son aspectos que comparte con otras obras ideológicamente opuestas a la suya. ***El fuego,*** por ejemplo, lleva manifiestamente por subtítulo ***Diario de un escuadrón*** (***Journal d´une escouade***). Pero lo que constituye la originalidad de Jünger es el carácter híbrido de su texto, mezcla de diario, novela, testimonio, análisis personal de la guerra moderna. Ello lo vuelve un precedente de los géneros de mezcla que se desarrollarían a lo largo del siglo. Mientras que la novela de guerra siguió las líneas tradicionales de composición, obras como la Robert Graves (posterior a la de Jünger) sin llegar al experimentalismo que se desarrollaría en la vanguardia poética o en el modernismo narrativo que no tematizó directamente el fenómeno bélico, borraron la frontera entre la autobiografía y la ficción produciendo un género nuevo, la "*Bildungsroman* negativa", pues el héroe no llega a integrarse: la guerra es para él una experiencia desestabilizadora que no culmina en una reconciliación. Como sea, algunos de los narradores de la Primera Guerra pensaron que una forma híbrida entre memoria y ficción era un camino intermedio más apto para plasmar una experiencia que no registraba antecedentes históricos.[20]

• III •

Si bien Borges no mencionó nunca explícitamente el nombre de Jünger en su obra publicada en libro –tan plagada, por otra parte, de referencias y de citas– habría leído tempranamente ***Tempestades de acero***. Sobre el particular, la única fuente de que se dispone son las declaraciones del propio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Jünger en una entrevista. Luego, con más detalle, asentó en su diario personal el registro de su encuentro con el escritor argentino quien lo visitó en su casa de Alemania.[21] En sus conversaciones con Julien Hervier, Jünger afirmó:

"Creo que en 1982, en el sitio donde está usted sentado, se encontraba el escritor argentino Borges, que me había visitado expresamente aquí como lector de ese libro [*i.e.:* ***Tempestades de acero***]. *La primera traducción de él que se hizo se debió a la iniciativa de un grupo de militares argentinos hacia 1922. Borges lo había leído en su juventud y me dijo –hablábamos en francés–: '¡Fue para mí como una explosión volcánica!' Yo casi no había sospechado que esta obra ejercería tal influencia; pensaba no hacer más que una especie de informe de lo que había vivido."*

Años después de esa lectura, Borges reseñaría un ensayo de Jünger sobre la experiencia guerrera, '*La lucha como vivencia interior*', para la página literaria de la revista ***El hogar***.[22] Este breve texto no parece condecirse con las expresiones que Jünger le atribuye (o se auto-atribuye de manera indirecta), pues acusa a éste de querer fundar un misticismo militar y, todavía más grave, de hacerlo sobre la base de la grandilocuencia y el *"furor alegórico"*. Las referencias de pasada a ***Tempestades de acero*** son ambivalentes pues esa obra narrativa *"alaba y agradece la guerra"*. Teniendo en cuenta al comentarista, no puede descontarse que esta frase comporte una valoración negativa. Como sea, el Borges de la década del '20 pudo haberse encandilado con el despliegue heroico de Jünger, pero el de 1937 ya se hallaba empeñado en una campaña personal de crítica al nazismo y a sus producciones culturales, reflejada en una serie de textos para ***Sur*** y ***El hogar***, y era intransigente a las inclinaciones militaristas que detectaba en la prosa del alemán.

Si la presunta admiración inicial por la gesta militar de ***Tempestades de acero*** no puede en principio sorprender en un lector tan sensible al tono épico como Borges, por razones estéticas resulta más difícil comprender sus elogios a una obra realista como ***El fuego***. En su valoración del libro de Barbusse, tuvo que pasar por encima de su propia aversión al realismo. No sólo en la guerra Jünger y Barbusse se ubicaron en trincheras distintas. También estética y políticamente hablando se hallaban enfrentados, aunque su tema –la lucha en el frente occidental– fuera fruto de una experiencia compartida. ***Tempestades de acero*** culmina cuando su protagonista recibe de manos del Kaiser la máxima condecoración militar alemana, *L´ordre pour le mérite*. En ***El fuego***, por el contrario, los soldados franceses, hartos de la

guerra, expresan hacia el final de la novela sus simpatías con Karl Liebknecht, jefe espartaquista que protagonizó junto a Rosa Luxemburgo la sublevación obrera berlinesa que siguió a la derrota militar alemana y fue, como su compañera, asesinado por la reacción que aplastó el movimiento revolucionario en enero de 1919.

La admiración de Borges por dos autores tan antagónicos puede resultar paradójica. Quizá haya que buscar sus motivos en la biografía más que en las razones poéticas o en las inclinaciones políticas. Esto es claro sobre todo para el caso de la novela de Barbusse. Borges leyó ***El fuego*** en sus tiempos de estudiante en Ginebra. En 1914 se inscribió como lector en una biblioteca circulante de la ciudad y se familiarizó con los clásicos del realismo y del naturalismo francés. Aunque el futuro escritor se opondría enfáticamente a estas corrientes, según Rodriguez Monegal también aprendió mucho de ellas acerca de las *"convenciones del relato"*.[23] Mientras la Gran Guerra se desarrollaba en los países vecinos, Borges y su familia se asentaron en la neutral Suiza donde debieron prolongar su estadía debido al conflicto. Allí, el estudiante Borges realizó algunas de las lecturas decisivas de su vida. Fue en Ginebra donde Borges leyó a Remarque y también otras obras de Barbusse (entre las que prefería ***El infierno –L´enfer–***), así como a Emile Zola, Romain Rolland –todos ellos referencias políticas a la vez que literarias– y a Gustave Flaubert. La lista de autores que conoció en este período incluye algunos de los nombres que serían decisivos para su formación y cuya frecuentación se volvería habitual a lo largo de toda su vida: De Quincey, Chesterton, Carlyle, entre los escritores de lengua inglesa; Nietzsche y en particular Schopenhauer entre los filósofos alemanes.

Borges aprendió de manera autodidacta el idioma alemán, y pudo de este modo acceder, entre otras, a la obra lírica de Heinrich Heine y a la novela de Gustav Meyrink ***El Golem*** (***Der Golem***). Pero el descubrimiento literario clave de ese período formativo fue el expresionismo alemán. A través de esta escuela conoció la obra de Walt Whitman, un poeta por quien desarrolló gran admiración y a quien tradujo al castellano. Borges hizo su primer contacto con la lírica expresionista hacia 1918.[24] La influencia, perdurable según algunos críticos, que sobre él ejercieron los expresionistas –la primera escuela vanguardista que Borges habría conocido– se hace patente en la primera década de producción literaria de Borges como poeta y autor o coautor de manifiestos estéticos ultraístas.[25] Incluso algunos de los rasgos definitorios de la poética borgeana madura –la concentración en el estilo, la estética que se propone como

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

prisma de la realidad más que como mero reflejo de ella– reconocen en su origen al expresionismo, al cual, todavía en su vejez, se refería elogiosamente, mientras ponía distancia respecto de movimientos como el ultraísmo, en cuyo desarrollo jugó un papel muy activo durante su juventud.

Borges fue posiblemente el primero en dar a conocer a los poetas expresionistas en el mundo de habla castellana, aunque su escuela nunca pudo transplantarse a la literatura en nuestro idioma. Entre 1920 y 1921, cuando vivía en España, escribió cuatro artículos sobre ellos, incluyendo traducciones propias de algunas piezas líricas, y otro ensayo más fue incluido luego en ***Inquisiciones***.[26] El expresionismo, cuyo período de vigencia se suele enmarcar entre 1910 y 1924, afirmó una definición subjetiva y espiritual del arte, enfrentándose así al naturalismo. En lugar de proponerse una reproducción de la realidad, estos poetas intentaban crearla: la *póiesis*, en lugar de la mímesis, guiaba su búsqueda. Desde revistas como ***Der Sturm*** o ***Die Aktion*** (esta última con un carácter político más marcado) difundieron sus creaciones y sus ideas, entre las cuales se postulaba un estilo telegráfico (*Telegrammstil*), concentrado y austero, pero sin dejar de lado audacias verbales. Con una sintaxis economizada buscaron la inmediatez de la experiencia, un objetivo que también se advierte en Jünger, quien, sin embargo, busca alcanzarlo mediante otros recursos.

Si la narrativa y la poesía convencional conoció una amplia difusión durante y especialmente depués de la guerra, revistas como ***Der Sturm*** tuvieron una circulación limitada. La prensa se burlaba de su estética extravagante e incluía parodias a los poemas de su principal figura, August Stramm. Herwarth Walden, director de la revista en la que encontraban espacio tanto la perspectiva plástica de Kandinsky como los manifiestos futuristas, defendió a Stramm alegando que era un héroe de guerra, argumento que definía una relación nada radical entre la revista y el poder establecido. Fundada en 1910, ***Der Sturm*** fue relativamente indiferente a la guerra hasta que en 1915 aparecieron los primeros poemas de contenido bélico compuestos por Stramm. Políticamente conservador, este poeta era sin embargo un renovador en el plano estético. Stramm participó en la Gran Guerra y este hecho marcó su literatura. Denham afirma que sus primeros poemas de guerra reflejaban experiencias bélicas anteriores pero que, tras su propio bautismo de fuego, su poesía se volvió más innovadora. Nuevas formas de lucha generaban nuevos fenómenos estéticos. La Gran Guerra impulsó una gran cantidad de respuestas **modernistas** y experimentales, y el expresionismo fue una de ellas. Como en la prosa de éxito según Kracauer, en la poesía de los expresionistas la guerra se representa como un fenómeno incomprensible, de causas exteriores, casi como una fuerza natural, pero cuyo espectáculo suscita impresiones ambivalentes: *"Es todo tan terrible, y sin embargo tan grande..."* le escribió Stramm a su mujer en su última carta, antes de caer en el frente oriental en 1915.[27] Entre los líricos expresionistas, Johannes R. Becher fue, para Borges, quien mejor desarrolló el principal recurso expresionista: la metáfora. Brecher fue también el representante más político del grupo (tras la Segunda Guerra ocupó el cargo de ministro de cultura de la República Democrática Alemana, y compuso su himno nacional). Uno de sus motivos centrales como poeta es el pacifismo y la fraternidad universal de los hombres, temas que Borges asumiría también en su primeras composiciones poéticas. En una antología comentada que publicó en 1920 en la revista madrileña ***Cervantes***, Borges se refiere a Becher como *"el más alto poeta de Alemania"* y refiere su vínculo con la lucha revolucionaria de Liebknecht.[28]

De acuerdo con Linda S. Maier, fue Borges quien trasmitió al ultraísmo español algunos conceptos expresionistas capitales: la preocupación por la metáfora como centro de gravedad estético, la economía de estilo y el antirrealismo. Ya en 1921 Borges aparece firmando un manifiesto ultraísta que se pronuncia contra el intimismo psicologista, la forma excesiva de la novela y el realismo. Estas posiciones son igualmente identificables en la obra madura del autor, según afirma Maier de forma persuasiva, y es por ello que esta crítica llama a Borges *the ultimate ultraíst*, pues la concentración expresiva y el trabajo con la metáfora son rasgos duraderos impresos por el ultraísmo en toda su producción literaria.[29] La explícita reserva contra la novela por ser un género afectado de gigantismo y por su complicidad con la *"superstición del yo"* se puede leer asimismo en *la 'Proclama Ultraísta'* de 1922, aparecida en ***Ultra*** de Buenos Aires, que también lleva la firma de Borges. Este, de una forma u otra, repetiría estos principios en diversos artículos y reportajes a lo largo de toda su vida. Si bien debe tenerse en cuenta que sus opiniones sobre las novelas de guerra de Barbusse y Jünger son fragmentarias –una breve nota bibliográfica en el primer caso, un elogio trasmitido por el propio escritor evaluado en el segundo– sus reparos **ultraístas** no aparecen reflejados en ellas. Podría conjeturarse que el carácter épico de esas obras adquiere una primacía tal que las pone a resguardo de los reproches de subjetivismo y extensión desmesurada. La admiración por los contenidos épicos y por los relatos sobre el coraje frente a la violencia o a las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

desventuras –una característica que Borges como lector parece haber incorporado muy pronto y atesorado siempre– están por encima de cualquier crítica a una forma literaria.

Al lado de un temprano gusto por la épica, que se volvería luego indeleble, el joven Borges afirmaba valores pacifistas y humanistas en sus primeras composiciones poéticas. De los 31 poemas que publicó en España entre 1919 y 1926 (es decir, los primeros que publicó jamás) cinco se ocupan de temas como la guerra y el socialismo.[30] Todas sus primeras composiciones son eclécticas en su vanguardismo, como advierte Maier. Aunque es un ultraísta declarado, aplica temas del denostado modernismo, del (muy pronto ridiculizado) futurismo y, desde luego, del admirado expresionismo alemán, pero sin enrolarse en ninguno de estos movimientos.[31] En la intención inicial del ultraísmo se contaba la **sincronización** de la literatura española con la europea. Los ultraístas celebraban lo nuevo en el arte y en la política. Así, difundieron el futurismo, se interesaron por el cubismo y por los dadaístas (Cansinos Asséns tradujo los manifiestos de estos últimos). Ello, naturalmente, implicaba asimismo recepcionar el impacto, de la Gran Guerra y de otros fenómenos políticos, como la revolución de los soviets, que todos estos movimientos llevaban de una forma u otra en su marca de origen.

Durante su estadía juvenil en Europa, Borges completó dos libros: ***Los naipes del tahúr***, una colección de ensayos políticos y literarios, y otro que reunía unas 20 poesías, ***Salmos rojos*** (o ***Ritmos rojos***), cuyos temas, según el propio Borges, eran la revolución rusa y el pacifismo. Ambas obras fueron destruidas por su autor, pero algunas piezas poéticas de la segunda alcanzaron a ver la luz en las revistas literarias españolas de vanguardia.[32] Tal es el caso de las cinco que se ocupan de temas políticos: *'Gesta maximalist'*, *'Guardia roja'*, *'Hermanos'*, *'Rusia'* y *'Trinchera'*. Todavía en 1925 su compañero de tertulias (y futuro cuñado) Guillermo de Torre podía escribir sobre su obra que en ella *"se notan reflejos de las trincheras"* y que en sus mejores poemas *"resalta... cierta intención social"*, una descripción bastante insólita para quien tenga en mente la evolución posterior de Borges.[33] Para Maier, guerra y revolución son, en esos poemas juveniles, un proceso continuo; ambas aparecen en mutua conexión. Como comenta esta crítica, en *'Rusia'* *"la guerra es una actividad constante, no limitada a ningún punto preciso del día ni siquiera a un período histórico; puede irrumpir en cualquier momento"*.[34] El *continuum* entre guerra y revolución es para Borges un motivo para la elaboración literaria; para el movimiento revolucionario contemporáneo a estas composiciones, es la clave de una estrategia. Convertir la guerra entre los pueblos en una sublevación armada contra los gobiernos capitalistas fue el propósito de los bolcheviques.

• IV •

Como para muchos argentinos de la clase media o alta anteriores y posteriores a la Gran Guerra, el viaje a Europa fue para Borges una experiencia formativa fundamental. Sólo que en su caso tuvo lugar ya en su adolescencia y se vio forzadamente demorado en Suiza por la primera gran catástrofe política del siglo XX: la Gran Guerra. Por supuesto, un acontecimiento semejante no podía pasar desapercibido para el joven aspirante a escritor, ni por sus dimensiones incomparables a nivel histórico, ni por la cercanía geográfica del centro de los acontecimientos en la que casualmente se encontraba.

Borges tuvo así la posibilidad de una doble experiencia: personal y estética. El drama de la guerra lo rodeaba, y éste producía, a la vez, un punto de inflexión en la cultura europea que lo alcanzó de lleno. En vísperas de la Gran Guerra el modernismo florecía; el desarrollo del conflicto no hizo más que impulsarlo y encaminarlo hacia posibilidades inesperadas. Borges pudo tomar contacto con las múltiples formas de la narrativa bélica, que su memoria de lector evoca aún lustros e incluso décadas después de haber tenido un primer contacto con ella. Se vio también expuesto a la influencia de dos vanguardias cuya relevancia deriva o toma un impulso decisivo a partir de la guerra. La más importante para la evolución poética de Borges es el expresionismo, que marca una ruptura *"con prácticamente todas las tradiciones literarias"*.[35] La otra es radical en su belicismo, y fue recepcionada también por los expresionistas y los ultraístas: el futurismo. Pero esta última no parece haberlo afectado de forma duradera.

Hacia la época en que Borges debió haber leído el libro de Jünger, Buenos Aires asistió a la visita de Marinetti, el líder visible de los futuristas. El *'Primer manifiesto'* de los futuristas, que lleva su firma, fue traducido íntegro en la revista ***Martín Fierro***, en la que Borges colaboraba. El noveno artículo de ese documento dejaba poco lugar a dudas: *"Queremos glorificar la guerra –única higiene del mundo– el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertarios, las bellas ideas por las cuales se muere, y el desprecio de la mujer"*.[36] Borges, que deploraba esas efusiones, aunque reconocía sus benéficos efectos subversivos contra el tradicionalismo literario y su sensiblería, respondió a una entrevista adscribiendo a Marinetti la *"vehemencia de si-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fón de soda en acción". La guerra no era necesariamente higiénica y regeneradora; el futurismo, sin embargo fue *"profiláctico"* y su influencia *"saludable"*.[37]

Sin embargo, no ve que el futurismo se encuentre llamado a conseguir ninguna repercusión real en una cultura como la argentina donde no existían monumentos literarios para destruir. Esa percepción de la tradición literaria local como algo en cierto modo todavía por crearse es lo que dio a Borges un lugar propio. En su famoso texto *'El escritor argentino y la tradición'*, afirmó que una de las ventajas de las literaturas periféricas a los grandes centros nacionales de producción cultural reside en la posibilidad de poseer una visión panorámica, cosmopolita, que permite adueñarse de cualquier variante particular. Como lector de literatura de guerra, o de expresiones literarias decisivamente marcadas por ella, Borges no hizo más que ejemplicar lo que más tarde teorizaría.

Pero esas aplicaciones no llegaron, en su caso, al contenido mismo de su producción narrativa. Como tema, la Gran Guerra no aparece referido en su obra posterior, sino sólo en sus poemas iniciales. Una excepción es quizá el comienzo del célebre relato *'El jardín de los senderos que se bifurcan'* aparecido en ***Ficciones*** (1944), que incluye una cita de Basil S. Liddell Hart. Este autor militar inglés –el más importante de nuestro siglo según Raymond Aron– gozó de un renombre que desbordó el marco del área militar propiamente dicha y fue universalmente reconocido como historiador literariamente dotado y polemista influyente en las transformaciones estratégicas de distintos ejércitos europeos. Heinz Guderian, uno de los mentores de la revolucionaria *Blitzkrieg* nazi, reconoció en la lectura de sus escritos una fuente de inspiración técnica. Borges contaba al libro de Liddell Hart sobre la Gran Guerra entre sus lecturas predilectas según llegó a escribir en un comentario incluido en ***Discusión*** (1932).[38] En el juego enciclopédico que Borges propone al comienzo de *'El jardín de los senderos que se bifurcan'*, el estratega inglés aparece citado como una autoridad histórica. Daniel Balderston analizó este cuento como una referencia oblicua a la tragedia de la batalla del Somme.[39] La tesis de Balderston reviste mucho interés para el análisis sobre la refracción literaria de la experiencia bélica en Borges; como perspectiva crítica, sin embargo, no tiene precedentes ni continuadores.

A pesar de ello, la crítica no pudo menos que reconocer que la épica bélica fue siempre un tema predilecto de Borges y, en muchos casos, también un motivo de inspiración. De regreso en Argentina, la búsqueda de Borges sufre un giro hacia el nativismo. El re-

descubrimiento del paisaje urbano de Buenos Aires le impulsa también a la creación de una mitología de cuchilleros cuyo culto al honor personal y a la tranquila valentía es bien conocido. A pesar de su acercamiento al Irigoyenismo a mediados de la década de los años '20, la vuelta a la Argentina parece haber tenido un efecto despolitizante. Ya no son los acontecimientos críticos los que lo preocupan sino la construcción de una literatura nacional a partir de temas como la nostalgia de los arrabales y el culto a sus héroes pequeños, los cuchilleros. Si la lucha no se halla por cierto ausente de estos cuadros, ella no reviste un sentido político identificable. Los cuchilleros pueden ser matones al servicio de un jefe electoral, pero no es por eso que Borges los rescata, sino por su épica vana, gratuita, donde el prestigio personal –y no las ideas– son los que en definitiva se defienden. Con el transcurso del tiempo Borges asumiría otros compromisos políticos: sus artículos contra el nacionalsocialismo alemán y sus siempre combativas declaraciones antiperonistas (que dejó filtrarse en su escritura de ficción) son testimonio de ello.

Otro motivo bélico bien conocido en la literatura borgeana es el culto a los antepasados militares, aparentemente producto de una herencia familiar que honraba a los caídos en los campos de batalla americanos. El abuelo paterno, Francisco Borges, fue muerto en 1874, dejando viuda a su esposa inglesa, que tanta influencia ejercería sobre su nieto. Rodríguez Monegal observó que quienes atesoraban los recuerdos del pasado militar glorioso en casa de los Borges fueron las mujeres, especialmente su madre, Leonor Acevedo, descendiente de Francisco Narciso Laprida, muerto en 1829 violentamente (cfr. el famoso *'Poema conjetural'*), y nieta de Isidoro Juárez, héroe de Junín y exiliado en Uruguay durante la época de Rosas. *"Georgie nació y fue criado en una casa que era hasta cierto punto un museo familiar, presidido por la presencia casi fantasmal del abuelo Acevedo* [veterano de las luchas antirrosistas, muerto en 1905]*"* (p. 12). Más adelante, el crítico cita un pasaje autobiográfico en el que Borges afirma que *"Por ambas ramas de mi familia, tuve antepasados militares; eso puede explicar mi búsqueda de un destino épico que mis dioses me negaron, sin duda sabiamente"*.[40]

En su madurez, Borges se volcó asimismo a la búsqueda de gestas épicas en las literaturas anglo-sajonas. Poeta guerrero en un país **pacífico** que sólo conoce la guerra social, no la nacional –excepción hecha de los 40 días de Malvinas sobre los cuales escribió un mediocre poema pacifista– Borges puso la pasión por el coraje por encima de la pasión sexual. Aunque su tra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

yectoria vital es bien distinta de la de Jünger, de alguna manera le alcanzan también los comentarios que el dramaturgo Heiner Müller hizo tras su visita al escritor alemán en la casa de éste en Wilfingen en 1988, donde años antes había sido huésped el propio Borges. *"Nada teme más Jünger que a las mujeres (...) El problema de Jünger es un problema de nuestro siglo: antes de que las mujeres pudieran representar para él una experiencia, hubo guerra"*.[41]

Las estrechas relaciones que vinculan a la producción literaria con la actividad militar, si bien alcanzan un clímax en la primera posguerra, tienen una vasta historia en nuestra cultura, que se remonta a los orígenes de la propia literatura occidental, cuando el poeta invoca a la musa para cantar la cólera de Aquiles.[42] Borges tiene muchos precursores en este sentido. Pero la atención crítica hacia este escritor, una inmensa masa de estudios que crece cada año, desatendió este importante aspecto de su obra, tan arraigado en los temas de su narrativa como en sus orígenes como poeta. Aunque también en los anhelos aventureros incumplidos de su vida pues, como él mismo buscó manifestar –típicamente a través de una cita (del doctor Johnson)– "todo hombre se desprecia por no haber estado en el mar o en la guerra".

Notas:

1 Citado a partir de: Peter Monteath, *'The Spanish Civil War and the Aesthetics of Reportage'*, en: David Bevan (ed.), ***Literature and War***, Amsterdam-Atlanta, Rodopi, 1990, pág. 73.

2 Ibídem.

3 Norbert Elias, ***Studien über die Deutschen***, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1994, pág. 274 y ss.

4 Ersnt Jünger, ***Die totale Mobilmachung***, en ***Sämtliche Werke VII***, Stuttgart, Klett-Cotta, 1980.

5 Para los datos de circulación de la novela de Remarque, que inicialmente superó en mucho a la de Jünger aunque ésta parece haber logrado una mayor permanencia en el tiempo, cfr.: Thomas F. Schneider, ***Endlich die 'Wahrheit' über den Krieg. Zu deutscher Kriegsliteratur***, en el número especial titulado *'Literaten und Krieg'* de: ***Text und Kritik*** (Göttingen), Heft 124, Oktober 1994, pág. 41 y ss. y especialmente pág. 47-48. El clamoroso éxito de ***Im Westen nichts Neues*** salvó a muchas librerías de la quiebra con que las amenazaba la crisis de 1929, año de aparición de la novela y décimo aniversario también del tratado de Versailles. Cfr.: Modris Eksteins, ***Rites of Spring. The Great War and the Birth of the Modern Age***, Boston, Houghton Mifflin Co., 1989, pág. 286 y ss..

6 N. Elias, ***Studien über die Deutschen***, cit., pág. 278.

7 ***All Quiet on the Western Front***, EE. UU., 1930, dirigida por Lewis Milestone. El film, que ganó un Oscar a la mejor película y fue uno de los primeros experimentos de cine sonoro, fue prohibido en Austria y sólo proyectado con restricciones y cortes en Alemania durante un corto período entre las prohibiciones republicanas y la definitiva nazi, todo ello en medio de grandes polémicas políticas por su contenido, que no disminuyeron su éxito entre el público. La polémica desatada por la novela y por su versión fílmica está compilada en: Bärbel Schrader, ***Der Fall Remarque. 'Im Westen nichts Neues'. Eine Dokumentation***, Leipzig, Reclam-Verlag, 1992.

8 Ernst Nolte, ***La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo***, México, FCE, 1996, trad. S. Monsalvo Castañeda, pág. 271.

9 Scott D. Denham, ***Visions of War***, Bern-Berlin, Lang, 1992, págs. 108-109.

10 Ernst Jünger, ***Bajo la tormenta de acero***, Bs. As., Taller gráfico de L. Bernard, 1922, trad. Julio A.. López. Otra versión castellana editada en 1930 en Barcelona bajo el título ***Tempestades de Acero***, le siguió cuando comenzaba el *war boom*. La última traducción, con el mismo título (que es el que convencionalmente adoptado en este trabajo) es: ***Tempestades de acero. El bosquecillo 125. El estallido de la guerra de 1914***, Barcelona, Tusquets, 1993, trad. A. Sánchez Pascual.

11 M, Eksteins, ***Rites of Spring***, cit., pág. 291.

12 Siegfried Kracauer, *'Über Erfolgsbücher und ihr Publikum'*, en: ***Das Ornament der Masse***, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1977, pág. 73-74 (Originalmente publicado en el periódico ***Frankfurter Zeitung*** del 27. 6. 1931).

13 Jorge Luis Borges *'Barbusse'* (Biografía sintética), en: ***Textos cautivos***, Bs. As., Tusquets, 1986 (ed. E. Sacerio Garí y E. Rodriguez Monegal), pág. 105-106 (originalmente publicado en la revista ***El hogar***, Bs. As., 19. 3. 1937). También la reseña de Borges al estudio de E. Shanks sobre Kipling en: ***Borges en Sur 1931-1980***, (ed. de S. L. del Carril y M. Rubio de Socchi), Bs. As., Emecé, 1999, p. 243 (originalmente en: ***Sur***, X, (78), marzo de 1941).

14 Roberto Arlt, *'El teniente 1° interrumpe su lectura'*, en: ***Aguafuertes porteñas. Cultura y política***, Bs. As., Losada, 1994, pp. 76 y ss.. (agradezco a Sylvia Saítta, editora de la compilación, que me llamara la atención sobre este texto). Quizá resulte de interés esta declaración de Borges a una encuesta periodística en 1929, el mismo año en que apareció ***Los siete locos***. Interrogado por los nuevos autores argentinos que prefiere leer, responde con una lista de poetas a la que remata con el siguiente comentario: *"Y de prosa es notable Roberto Arlt. También Eduardo Mallea. No veo otros"*. Cfr. Jorge Luis Borges, ***Textos recobrados, 1919-1929***, (ed. Irma Zangara), Bs. As., Emecé, 1998, pág. 398 (orginalmente en: ***La Literatura Argentina. Revista Bibliográfica***, Bs. As., I (10), junio de 1929).

15 Scott D. Denham, ***Visions of War***, cit., pág. 45.

16 En Gran Bretaña habría que mencionar también una lista de poetas belicistas. Ella debería estar encabezada por un autor muy apreciado por Borges, Rudyard Kipling (Cfr., por ejemplo, su comentario a una obra sobre éste cit. en n. 14).

17 Scott D. Denham, ***Visions of War***, cit., págs. 72-73.

18 Scott D. Denham, ***Visions of War***, cit., pág. 125. Las revisiones con fines de estilización fueron corrientes en el género. Otro caso célebre es el de las memorias de guerra de Graves, de quien Paul Fussell (***The Great War and Modern Memory***, Oxford University Press, 1977, págs. 203 y ss.) ha comentado lo caricaturesco, la teatralidad, la sátira y otros recursos que ficcionalizan la memoria en el acto de escritura. Volviendo a Jünger, éste habría ido eliminando los aspectos más nacionalistas de su libro en las primeras ediciones. La traducción inglesa de su obra, aparecida en 1929 sobre la base de la edición alemana de 1924, ya se encontraba libre de ellos. Cfr. Hans-Harald Müller, *'Herr Jünger thinks war a lovely business'*: On the Reception of Ernst Jünger´s ***In Stahlgewittern*** in Germany and Britain before 1933, en: Stanzel, Franz Karl y Löschnigg, Martin (eds.), ***Intimate Enemies. English and German Literary Reactions to the Great War 1914-1918***, Heidelberg, Universitätsverlag C. Winter, 1993, pág. 337.

19 Dagmar Barnow, ***Weimar Intellectuals and the Threat of Modernity***, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1988. pág. 195.

20 Ulrich Broich: *'World War I in Semi-Autobiographical Fiction and in Semi-Fictional Autobiography'* – Robert Graves and Ludwig Renn–, en: Stanzel, Franz Karl y Löschnigg, Martin (eds.), ***Intimate Enemies. English and German Literary Reactions to the Great War 1914-1918***, cit., págs. 314-318.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

21 Cfr. Julien Hervier **Conversaciones con Ernst Jünger**, Bs. As., FCE, 1990, trad. H. Martinez Moctezuma, pág. 18. Cfr. asimismo Ernst Junger, **Siebzig Verwhet III**, Stuttgart, Klett-Cotta, 1993, págs. 192-193.

22 Jorge Luis Borges, recensión a Ernst Jünger, **Der Kampf als inneres Erlebnis**, en: **El Hogar**, (Bs. As.), año 33, N° 1459, 1. 10. 1937, pág. 26 (inexplicablemente, este texto –única referencia publicada de Borges al escritor alemán– no forma parte de sus comentarios bibliográficos compilados en **Textos cautivos**).

23 Ermir Rodríguez Monegal, **Borges. Una biografía literaria**, México, FCE, 1987, trad. H. Alsina Thevenet, págs. 106 y ss.

24 E. Rodríguez Monegal, **Borges**, cit., pág. 129.

25 Linda S. Maier, **Borges and the European Avant-garde**, New York, Peter Lang, 1996, pág. 97.

26 Los ensayos de Borges y sus antologías publicadas en revistas españolas pueden consultarse ahora en el volumen que compila su primera década de producción literaria: Jorge Luis Borges, **Textos recobrados**, cit..

27 S. D. Denham, **Visions of War**, cit., págs. 77, 85 y ss., y 95.

28 J. L. Borges, **Textos recobrados**, cit., págs. 62-63.

29 Linda S. Maier, op. cit., págs. 118-119 y 126-127.

30 Todos ellos aparecen en **Textos recobrados**, cit..

31 L. S. Maier, op. cit., págs. 66 y ss..

32 Cfr.: L. S. Maier, **Borges and the European Avant-garde**, cit., págs. 9 y 10.

33 Cit. en: idem, p. 6.

34 Para el análisis de estos poemas –que, como se anticipó pueden leerse en **Textos cautivos**–, véase L. S. Maier, **Borges and the European Avant-garde**, cit., págs. 108 y ss.. La cita corresponde a la pág. 110.

35 Stanzel, Franz Karl y Löschnigg, Martin (eds.), **Intimate Enemies**, cit., *'Introducción'*.

36 Cfr. **Martín Fierro**, Bs. As., Fondo Nacional de las Artes, 1995, pág. 209 (orginalmente aparecido en la revista, N° 29-30, 8. 6. 1926).

37 J. L. Borges, *'Marinetti fue una medida profiláctica'*, en: **Crítica** (Bs. As.), 20.5.1926, reproducido en: **Textos recobrados**, cit., pp. 391-392.

38 Cfr.: J. L. Borges, **Obras Completas (1923-1972)**, Bs. As., Emecé, 1974, pág. 276.

39 J. L. Borges **Obras Completas**, cit., pág. 472. Cfr. asimismo Daniel Balderston, *'The Labyrinth of Trenches without Any Plan'* in *'El jardín de los senderos que se bifurcan'* en: **Out of Context. Historical Reference and the Representation of Reality in Borges**, Durham and London, Duke University Press, 1993, pág. 39 y ss. (hay trad. cast.: **¿Fuera de contexto?**, Rosario, Beatriz Viterbo, 1998).

40 E. Rodríguez Monegal, **Borges**, cit., págs. 9 y 12.

41 Heiner Müller, **Krieg ohne Schlacht. Leben in Zwei Diktaturen**, Köln, Kiepenheuer und Witsch, 1992, págs. 278 y 282.

42 Para la relación entre literatura y guerra, véase por ejemplo el ensayo de Michael Howard *'Military Experience in European Literature'*, en: **The Lessons of History**, Oxford, Oxford University Press, 1993, pág. 177-187.

La representación del paisaje en la campaña al desierto
Los mapas de la guerra

Por *Fermín Rodríguez*

Antes de instalarse y echar raíces entre las fronteras de una institución –antes de despolitizarse–, la literatura argentina iba y venía por una llanura sin límites. El desierto lo unía todo, a la manera de una gruesa correa de transmisión que conecta palabras y cosas, discursos y cuerpos, mapas y paisajes. Todavía no existe el campo argentino, y faltan unos años para la constitución de un estado realista dentro de la literatura. En efecto, el desierto no es exterior a lo que se dice en la literatura de la campaña y a lo que se ve en sus fotos; el desierto más bien lo impregna todo, es la turbulencia que pasa por el medio, lo que está entre los enunciados y las imágenes que lo ocupan.

Es una idea de César Aira, que Saer también utiliza en su última novela, *Las nubes:* el desierto como el inconsciente de la nación, como un campo de producción de fuerzas ingobernables e irrepresentables, que la literatura expresa y el paisaje de la llanura actualiza. Por eso cualquier proyecto de nación para el desierto se sostiene en un pensamiento del afuera. Extraña inversión, entonces, la que retuerce la expresión *"Tierra Adentro"*. Si **adentro** y **afuera** organizan el espacio de inclusiones y exclusiones que cualquier orden estatal instaura, ¿se puede salir *"Tierra adentro"*? El movimiento parece describir no tanto una salida como una inmersión, una entrada o un alejamiento. Decimos **estar adentro** para referirnos a algo que no está a la vista o que está oculto dentro de un espacio. Decimos también que alguien se adentra, en el sentido de que se introduce en un espacio o se aleja por él. Por eso **partir tierra adentro**, salir al desierto como quien se adentra en el mar, no describe tanto un cruce a través de un límite nítido, como un pliegue de un espacio sobre otro: saliendo *"Tierra Adentro"*, el incipiente Estado marcha hacia los abismos horizontales del cuerpo de la nación, bordea su afuera, un afuera demasiado próximo como para designar lo otro, considerando que en 1877 *"el desierto empezaba ahí nomás, a cuarenta leguas de la casa de gobierno"* (Prado, 47). Sólo cuarenta leguas –es decir, doscientos kilómetros– separaban el Estado de su frontera interior, de la orilla de lo desco-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nocido. La conquista del desierto consiste entonces en la progresiva represión de esa frontera interior, que amenaza desde adentro la posibilidad de definir una identidad nacional estable. Las campañas de Mitre, Alsina y Roca permiten pensar cómo se modifican las relaciones de fuerza que chocan sobre los mapas de la guerra.

Antes de 1880, el desierto piensa a espaldas de la Nación, invade sus representaciones, borra una y otra vez los precarios límites con los que el Estado busca domar los flujos que el espacio abierto lanza sobre la ciudad. Según una imagen de Alfredo Ebelot, el ingeniero francés que construyó sobre la pampa, por encargo de Alsina, la famosa zanja de 80 leguas de largo, en Buenos Aires *"había olor a espacio"* (Ebelot 1943, 167). Ebelot es especialmente sensible a estos flujos; como ingeniero militar, vive de dominarlos. Cerca de Fortín Lavalle, traza los planos de una ciudad para la tribu de Catriel, excava el foso de defensa, diseña planos de canales para contener inundaciones, forma parte de las obras de modernización del puerto de Buenos Aires. Un ingeniero como Ebelot está en contacto permanente con corrientes de indios, aguas, mercaderías, inmigrantes, a condición de no dejarse arrastrar por ellas. Vive en y de los límites, entre dos fuegos: de un lado tiene movimientos turbulentos de materia, que amenazan esparcirse por el campo social; del otro, los cálculos y mediciones del Estado, que buscan controlar y dirigir los movimientos nómades. La constitución de un Estado moderno requiere de exactitud, pero el desierto pone en juego un saber diferente, que no está basado en estimaciones exactas, sino en un cálculo de probabilidades, apto para tratar con turbulencias. Antes de Alsina y Ebelot, antes de que la alianza científico-militar buscara reforzar y bloquear los límites, la defensa del territorio dependía por completo del cálculo de probabilidades, un tipo de cálculo surgido del desierto, hecho a la medida de sus movimientos difusos. Los indios se lanzaban sobre la frontera y cruzaban la línea de fortines; el ejército, imposibilitado de contener la invasión, se resignaba a esperar la vuelta de los malones al desierto, tratando de adivinar por donde saldrían. Por el contrario, los indios tienen el territorio y las probabilidades a su favor, y el movimiento absoluto que practican podía absorber fácilmente los desplazamientos rectilíneos del ejército, dirigidos a un blanco. Así, en 1855, Bartolomé Mitre marcha látigo en mano contra el desierto, declarando que esa sola arma le bastaba para terminar con los indios. Mitre siempre tuvo la historia a su favor, pero la geografía en contra: al día siguiente de la bravata, a sólo cuatro leguas de Azul, Catriel y Cachul sorprenden a la columna del joven capitán. Los indios estaban emboscados detrás de una colina, sorprenden a Mitre, le arrebatan los caballos y lo obligan a volver a pie a Azul, en una lenta y poco decorosa retirada. Siete años después, en 1862, un familiar de Mitre, Emilio Mitre, sale en campaña contra los ranqueles, pero se extravía en el desierto y nunca encuentra las tolderías que buscaba. El desierto se mueve alrededor de él, las referencias cambian de lugar, los vientos, las aguas, las rastrilladas, los hombres que lo pueblan, producen turbulencias que desvían las líneas o las deshacen. Por el contrario, los nómades ocupan el espacio gracias a movimientos turbulentos de partículas que, a la manera de un fluido en expansión, afectan todos los puntos al mismo tiempo. Tienen razón todos aquellos que miraron la llanura como un mar, como un espacio liso sin límites –opuesto a los ríos y canales que, desde Rivadavia hasta Roca, pasando por Sarmiento, desembocan en alguna forma de Estado. El mar y la pampa son territorios inestables y escurridizos, difíciles de totalizar por medio de mapas. Cartografiar un mar es tan inútil como querer describir el principio de incertidumbre que, a niveles invisibles, agita una ola. Por eso, un saber acerca de los fluidos depende de poder seguir las corrientes, de moverse encima de ellas. T.E. Lawrence, una especie de Mansilla en el desierto árabe, tuvo que dejar de lado la cartografía para aprender de los nómades a ocupar un espacio abierto a la manera de un gas. Escribe Lawrence: *"Supongamos que fuéramos una influencia, una idea, algo intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia, expandiéndose como un gas (...) Podríamos ser como un vapor que se difunde donde quiera que sea"* (222). Esta percepción de Lawrence del movimiento árabe no surge de un cálculo previo, sino de la experiencia de espacios abiertos sin límites. Su propósito es acelerar la agitación, cubrir el desierto de un movimiento total y simultáneo, que puede manifestarse en cualquier momento y en cualquier lugar. Por eso Ebelot percibe el ataque de los indios como *"cosa de magia"*. Los indios se esconden entre los pliegues del terreno, calcan con su cuerpo sus accidentes, imitan sus movimientos: para espiar los fortines, los indios se mueven en círculos en el horizonte, como si fueran buitres; o se vuelven arbustos andantes para burlar el ojo que desde el fortín vigila sus movimientos. La turbulencia puede aparecer en cualquier punto: *"Literalmente,* [los indios] *salen de abajo de la tierra"* (1968, 97), comenta Ebelot, en una descripción que le servirá al Aira de ***La liebre*** para imaginar un sistema de túneles subterráneos que atraviesan la pampa de punta a punta. Un aparato militar puede apoderarse de este movimiento; de hecho, el cruce de los Andes del ejército libertador tiene algo de subterráneo. Al atacar al ejército realista por donde no se lo espera, San Martín es menos un conquistador de cumbres que un excavador, un minero que agujerea el espacio e inventa nuevas e imprevisibles conexiones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Frente a esta red de madrigueras, la línea virtual de los fortines –que Ebelot describe como *"prisiones al aire libre"* (1968, 42)– aparece como un tímido esbozo de límite, como una delimitación latente del espacio cerrado que define cualquier Estado. Punto perdido en el vacío, el fortín constituye una especie de anti-panóptico. Más que vigilar desde un punto una multiplicidad de cuerpos distribuidos regularmente en el espacio, el fortín es vigilado por un paisaje liso y ubicuo que en cualquier momento puede encresparse y romper sobre él. La breve y bochornosa excursión de Mitre, anticipado por los indios, lo demuestra. A diferencia de las ráfagas nómades, los movimientos del ejército van de un punto a otro. Los soldados avanzan de un pueblo a un fortín, de una laguna a un bosque, de un bosque a una colina; o se comunican por medio de líneas como el telégrafo. El desierto, en cambio, lanza sobre el espacio oleadas de señales que se desplazan como un rizoma deleuziano. El desplazamiento de un hombre a caballo produce entre los animales de la pampa movimientos nerviosos, que se transmiten de horizonte en horizonte según un lenguaje hecho de imprecisas señales de inquietud que los baqueanos, según Ebelot, *"tienen en la punta de la lengua"* (1968, 166). Los habitantes de la ciudad se asombran del alcance de la vista de los gauchos, pero se equivocan. No es una cuestión de visión acrecentada de los gauchos, sino de contextos múltiples con un movimiento que el baqueano, más que mirar desde afuera –requisito básico de toda observación científica–, sigue y prolonga. La cartografía del baqueano, a diferencia de los cálculos rigurosos de la geografía militar, no depende de una razón métrica, sino de una semiótica afectiva, una semiótica de la percepción intraducible a las categorizaciones de un lenguaje verbal. Por eso Ebelot, con agudeza, ubica esa sabiduría en la punta de la lengua de los gauchos.

La derrota de Mitre y la impotencia de un sistema de fronteras poroso y por lo tanto imperfecto, instala la idea de que sólo los indios pueden tener éxito sobre los indios. Tribus como las de Juan José Catriel[1], quien recibe del gobierno el cargo y el trato de general de la Nación, son ahora las encargadas de vigilar sobre la pampa los movimientos de Namuncurá. Las tribus amigas reciben del mitrismo víveres y cargos militares, si bien no la disciplina. Escéptico, Ebelot no espera demasiados progresos de una política de pactos y alianzas como ésta. La civilización no logra suavizar demasiado las extralimitaciones de los bárbaros. Los cambios que Ebelot reconoce en un indio como Catriel son francamente módicos: *"en lugar de emborracharse con aguardiente se emborrachaba con cerveza"* (1968, 27). La idea de levantar una ciudad en el medio de la pampa para la tribu de Catriel aparece entonces como uno de los primeros intentos de disciplinar y encauzar el movimiento de los nómades, según un modo de la guerra que tiene todos los atributos de la paz. Como agrimensor, Ebelot es la persona indicada, y pone su saber de los flujos al servicio del Estado. Aún en sus estampas de la pampa, Ebelot es capaz de leer la ciudad en el campo, cuando por ejemplo, con vigoroso sentido común, se pregunta por qué los gauchos llaman *"esquina"* a la pulpería, si sobre la llanura indefinida *"no se ven calles ni casas"* (1943, 137). En la ciudad, las tierras se distribuirían proporcionalmente, según la importancia de cada indio dentro de la tribu: una estancia para el cacique, chacras para los caciquejos y quintas menores para los guerreros. El diseño debía contemplar varias funciones a la vez: *"El establecimiento sin precedentes que se proyectaba era a la vez un establecimiento militar destinado a vigilar la frontera, pero que él mismo necesitaba a su vez ser vigilado; era además una colonia campesina y agrícola; y finalmente era el germen de una ciudad"* (1968, 38). La ciudad cuadricula el espacio y lo organiza jerárquicamente, al mismo tiempo que encierra un conjunto de cuerpos dentro de precisos límites. En cambio, en las tolderías, la tribu de desparrama sobre una extensión lisa, siguiendo los accidentes del suelo, en un agrupamiento acentrado cuya dispersión dificulta las batidas del ejército. Los nómades toman su fuerza de la dispersión; la concentración urbana los debilita y neutraliza[2].

Pero Catriel permanece fiel a su naturaleza. Discute el proyecto con seriedad y en un principio acepta la red urbana que el Estado le arroja encima, pero el principio de incertidumbre se impone una vez más. Aliado en secreto con Namuncurá, Catriel traiciona a los blancos y después de una fabulosa invasión *"que parecía llegar de todas partes"* (Ebelot 1930, 195), vuelve con su tribu al desierto, arriando millares de cabezas robadas. Ebelot queda aislado en el fortín Aldecoa, reducido al rol de espectador que, fascinado, contempla *"con el binóculo en la mano como en el teatro el desfile de la invasión"* (1930, 202), que se retira triunfal e imponente hacia el desierto. Desde esta posición privilegiada de espectador europeo, Ebelot espectaculariza la invasión y la convierte en una representación que el desierto le dedica. La invasión desfila sólo para él, que sale de escena y se limita a observar a la distancia. Con este gesto estetizante, Ebelot funda la distancia necesaria para un nuevo tipo de operaciones sobre el territorio. El ingeniero deja la superficie del territorio y sus repliegues, y se eleva por encima de él. Después de que el espectador convierte al suelo y a los nómades en un espectáculo que agrada a sus ojos, llega el científico, sujeto de un saber sobre los límites. Harto de recibir dolorosas lecciones de los nómades, Ebelot endurece su posición y propone aplicarle a los flujos de la llanura un saber diferente, que desde el Ministerio de Guerra, pri-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mero Alsina y luego Roca se encargan de ejecutar. Como el trazado de la ciudad lo había obligado a estudiar esas campañas *"pulgada por pulgada"*, como tenía la topografía del territorio *"en la punta del dedo"*, *"podíamos dar lecciones a los mismos indios"* (1930, 198). Gracias a sus observaciones y estudios, Ebelot se da cuenta de que el precario fortín que le sirve de palco se hallaba justo en el camino que los indios tenían que recorrer para salir. Podría decirse entonces que antes de ser el constructor del obstáculo que el Estado le opuso a los nómades –la zanja–, Ebelot fue él mismo un obstáculo, que al igual que su futuro foso, no impide la entrada sino la salida de los indios. Las noticias de su fortín son las que le permiten al ejército perseguir a los indios y rescatar el ganado.

La aventura le sirve a Ebelot para demostrar la necesidad de un cambio de táctica: el Estado debe abandonar la vieja política de pactos e intercambios, y pasar a la ofensiva, adelantando la línea de frontera y reforzando los límites. El primer paso de la guerra ofensiva lo da Alsina, y tiene todavía las formas de la defensa. Alsina corre el límite 30 leguas Tierra Adentro, y cava el foso de 100 leguas de largo, 2.60 de ancho y 1.75 de profundidad, que si bien no impedía la entrada de los indios, demoraba su fuga. Pero más allá de su eficacia, el foso permite una nueva percepción del espacio. Ebelot le otorga un interés casi dramático, porque *"marca el límite visible entre la civilización y la barbarie"* (1968, 108). El foso actualiza sobre el desierto una poderosa línea imaginaria creada por los proyectos de Nación de intelectuales como Sarmiento, una línea que desborda las geografías imaginarias y se prolonga sobre el suelo, sobre el cuerpo mismo de la Nación. El Estado escribe sobre lo real, y somete el contenido fluido del territorio, la masa amorfa del desierto, a un germen de articulación. Pero si la arbitrariedad del signo remite a un pacto y a un contrato, la arbitrariedad de este límite supone la fuerza. La zanja es entonces un índice territorial: no significa; simplemente muestra, hace visible. No representa un territorio, lo construye al inscribirse sobre él. Dos líneas de fuga se cruzan perpendicularmente: la de los indios, que salta por encima del obstáculo; la del Estado, que corta en dos la superficie lisa del desierto y estabiliza las diferencias. La línea de los indios fluye y se pierde en el desierto; la línea del Estado es rígida, y a su paso el territorio se endurece, se fija: envuelto por los límites de una nación, el territorio se vuelve sedentario y cultivable, apto para recibir los flujos de capitales e inmigrantes. El diagnóstico de Ebelot continúa: *"Pequeña muralla de la China,* [la zanja] *es la misma solución, exhumada y rejuvenecida, de un problema tan viejo como el mundo, la lucha de los sedentarios contra los nómades"* (1968, 108). Pero sobre el campo de conflictos, la oposición no es tan clara. El avance de la frontera y la excavación de la zanja crea un extraño sistema de inversiones. Como el ejército queda ahora más cerca de los toldos, puede devolver uno a uno cada ataque de los indios, por medio de una serie de *malones invertidos* (1968, 75). Por su lado, los indios, cada vez más acorralados, improvisan en sus ataques cierto orden de batalla e intentan movimientos de maniobra –aunque Ebelot, prestando oídos a la versión de los oficiales, explica estos movimientos con un argumento *ad hominem*, que a esta altura se volvió recurrente: *"estaban completamente borrachos"* (1968, 77). El intercambio de tácticas mezcla más las cosas, acelera los movimientos a través de una línea que evidentemente, no es todavía lo suficientemente rígida.

El mapa de la patria sigue marcado por una diferencia interior irreductible, un afuera demasiado próximo, que a Roca, sucesor de Alsina, le resulta intolerable. Roca percibe que es inútil oponer a los nómades una zanja abierta por la mano del hombre. Su proyecto de traslado de las fronteras hasta el Río Negro terminaría con los intercambios y alejaría esa alteridad que, a las puertas mismas de la patria, la acecha desde adentro, para expulsarla hasta el lugar que le corresponde: hasta los Andes y el mar, puesto que *"cuando no se trata de naciones extrañas"* (1958, 415), hablar de fronteras es un despropósito. Con líneas naturales como los Andes, el mar o el Río Negro, es el territorio el que se limita a sí mismo y se define como totalidad. Los mapas se vuelven entonces redundantes, porque el suelo ya lleva escrito sobre su superficie las líneas que separan una nación de otra: el territorio escribe ahora sobre los mapas una geografía política. Como un rastreador de la patria, Roca se limita a descifrar el mapa que la naturaleza había dibujado previamente, esa geografía pisoteada por las idas y vueltas ingobernables de los indios nómades. Así, sobre los mapas de la república moderna, en el espacio interior que las fronteras naturales conquistadas delimitan, ya no queda ninguna exterioridad, ninguna frontera interior, al menos hasta que los flujos inmigratorios comiencen a llegar.

De Alsina a Roca, el ejército se ramificó por el desierto. Cinco columnas se lanzaron al mismo tiempo, desde distintas direcciones, sobre una llanura representada como infinita. Si las turbas nómades se expandían en el espacio como gases, las tropas del Estado cubren el terreno como plantas. Lawrence, que describía a los flujos nómades como gases, compara los ejércitos con plantas, *"inmóviles, bien arraigadas, alimentadas a través de los tallos hasta su follaje"* (1990, 222). Si lo decisivo para la guerrilla es la cantidad de movimiento producido, lo decisivo para el ejército es la conquista de posiciones fijas, por medio de un avance que, como las ramas de un árbol, va de un punto a otro. Las tropas tomaban una toldería, de allí irradia-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ban columnas en todos los sentidos, que a su vez se subdividían en ramas cada vez menores, hasta encontrarse con destacamentos de otras columnas. El espacio liso del desierto, como campo vectorial de fuerzas no ligadas al suelo, se cubre ahora de posiciones fijas, de centros de irradiación, de pivotes. Ya no hay líneas, sino puntos y nombres propios. Dos modestas lagunas reciben de Ebelot su nombre, que completa la apropiación plantando un árbol en la orilla (1968, 93). Las plantas y los árboles fijan el suelo, someten y organizan sus fluidos, bloquean cualquier posibilidad de movimiento no ligado. Si con 'desierto' buscamos definir lo real como un modo de fluir, la captura del territorio por medio de un ejército de soldados, científicos y agricultores constituye una brutal represión de las fuerzas de producción del suelo y una codificación de sus movimientos. Después de la campaña de Roca, la pampa se parcela y capitaliza, sometida por nuevos flujos que ya no llegan de Tierra Adentro, a espaldas de la razón del Estado. Los flujos de capital se derraman sobre el suelo y se apropian de cualquier movimiento nómade. Un capital sin límites absorbe todo germen de producción, y extrae las potencias del suelo y del cuerpo disciplinado del indio. Nuevos desiertos crecen a su paso: los latifundios. El diagnóstico sarmientino sigue intacto: el mal que aqueja a la patria continua siendo la extensión, aunque ahora el desierto venga del Estado y de sus aparatos de producción de vacío.

Notas

1 Hermano y sucesor de Cipriano Catriel, el cacique que había derrotado a Mitre.

2 *"Una tribu en el desierto, en lugar de un sujeto universal bajo el horizonte del Ser englobante"*: Deleuze y Guattari (383) oponen en su consigna al sujeto colectivo de la tribu y al ciudadano, un sujeto universal ya no definido por los accidentes locales del territorio, sino por la instancia trascendente del Estado y sus constructores, los agrimensores y urbanistas.

Bibliografía

EBELOT, Alfredo: *'Una invasión de Catriel'*, *Azul. Revista de Ciencias y Letras*. Buenos Aires, Azul, 1930. págs. 171-206. El artículo fue publicado en 1876 en *Revue des Deux Mondes* y traducido, en el mismo año, en *Anales de la Sociedad Rural Argentina*.

_____: *La Pampa*. Buenos Aires, Ceibo, 1943. La primera edición es de 1889.

_____: *Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras*. Buenos Aires, Plus Ultra. 1968.

LAWRENCE, T.E.: *Los siete pilares de la sabiduría*. Madrid, Libertarias, 1990.

PRADO, Manuel: *La guerra al malón*. Buenos Aires, Kapelusz, 1983. La primera edición es de 1907.

ROCA, Julio A. *'Mensaje y proyecto del ministro de la Guerra y Marina, Gral. Don Julio A. Roca, sobre la traslación de la frontera sur a los ríos Negro y Neuquén'*, en ZEBALLOS, Estanislao. *La conquista de quince mil leguas*. Buenos Aires, Hachette, 1958. La primera edición es de 1878.

La representación del paisaje en la campaña al desierto
La escritura de un rostro[1]

Por *Paola Cortés Rocca*

Construir lo Desierto

Con la muerte de Alsina en 1877, la política respecto de los indios y del territorio que se extiende más allá de la zanja modifica su rumbo. En efecto, el nombramiento de Roca —como ministro de guerra del entonces presidente Avellaneda— significa un cambio estratégico fundamental. Significa abandonar el estado de defensa para ejercer un movimiento ofensivo que comienza con las expediciones de Conrado Villegas, Lorenzo Vinter y Nicolás Levalle y culmina, dos años después, con la expedición al Río Negro encabezada por el mismo Roca.

Sin embargo, y casi como una paradoja de la historia, las imágenes que testimonian la expedición al río Negro llevan inscripto el nombre de Alsina. Ocurre que **Alsina** es el nombre que Antonio Pozzo, el fotógrafo oficial de la campaña, había elegido para su estudio. A los 50 años, Pozzo ya era un fotógrafo reconocido[2] y, cuando se enteró de la expedición civilizatoria del '79, pidió permiso para acompañar a las tropas. Y le fue concedido con la condición de que se pagara sus propios gastos, aunque ya de regreso en Buenos Aires, la generosidad del Gobierno Nacional lo recompensó con una chacra y el grado de capitán. Como resultado de su labor, Pozzo publicó ***Expedición al Río Negro***[3] un álbum que tal vez no trascendió más allá de un estrecho círculo de la sociedad porteña, pero que conforma uno de los rostros visibles del proyecto del '80.

La cámara fotográfica constituye, en el marco de la campaña, un elemento más en esa lista que Viñas llama burlonamente la *"santísima trinidad"* del '80 –el fusil Remington, el telégrafo y el ferrocarril–. Sin embargo, las máquinas no cumplen solamente una función instrumental, sino que señalan un estado particular de la técnica. Pensadas de este modo, ellas son un rasgo que define a la civilización e indica –por ausencia o diferencia– aquello que debe someterse: la barbarie o la naturaleza. La serie maquínica no debería colocarse sólo durante la conquista, sino también **antes** de ella. No se trata de afirmar solamente que la civilización dispone de una serie de artefactos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

para domesticar una naturaleza salvaje –el indio, el territorio–. Se trata de asumir que la civilización se atribuye el derecho de domesticar lo salvaje porque se afirma como polo civilizado, y lo hace, precisamente, en la medida en que posee la serie de las máquinas. Dice Zeballos (30):

> *"Entonces al canal de Suez, al ferrocarril americano interocéanico, a la perforación de las grandes montañas para dar paso a la locomotora, y a la red del telégrafo que ciñe los contornos del planeta, la República Argentina habrá añadido, como obra fecunda del progreso sudamericano, la conquista de sus quince mil leguas de lozana tierra".*

La conquista no es un resultado, cuyos medios son las máquinas a disposición del hombre, sino que participa y resulta de la serie maquínica. La conquista conforma, un suelo técnico que distingue a la civilización y se enuncia a partir de una sumatoria: el canal y el ferrocarril y la perforadora y el telégrafo y el fusil y la cámara y la conquista. Al mismo tiempo, la conquista se sustrae de la serie para presentarse como último término en una cadena lógica: **si** el canal, **si** el ferrocarril, **si** la perforadora, **entonces**, la conquista.

Un estado de la técnica o una técnica en manos del Estado es la condición de posibilidad misma del enfrentamiento entre civilización y barbarie o entre cultura y naturaleza. Y es ese mismo estado técnico el que hará legible el desierto y legítimo el accionar sobre el territorio y sobre los cuerpos. Porque antes de conquistar habrá de configurar, habrá que definir aquello que se someterá a la civilización. Trazar el desierto para luego conquistarlo parece ser el lema que conecta el ***Facundo*** con los textos más canónicos de Zeballos y Olascoaga o con estas fotografías de Pozzo.

Un sendero, un camino trazado por la naturaleza, y las orillas del río Negro **[fig. 1]** confirman que la *"civilización liberal-burguesa [...] avanzaba sobre los 'espacios vacíos'"*(Viñas 14). Lo que se encomilla no es un estado o una característica del terreno —que en caso de estar efectivamente vacío no convocaría a la fuerza militar—, sino el proceso de producción de ese vacío, un vaciamiento. El terreno no está vacío; habrá que vaciarlo, habrá que despojarlo de vida —de propietarios o de habitantes— o hacer de sus pobladores una presencia ilegal o fantasmática para que la campaña pueda comenzar. Y es en este sentido, más que por emulación de la campaña napoléonica a Egipto, que se habla de *"conquista del Desierto"*.

La técnica escribe el vacío sobre la llanura. Pero los efectos son dobles: por un lado, la imagen visibiliza una ausencia o una **política de la ausencia** —lo desierto—, por otro, deja emerger una **geografía** —el desierto— que deberá ser cuidadosamente discutida. Cuando Olascoaga expone los logros de la expedición roquista, el tono triunfal no logra ocultar una contradicción que tiñe el paisaje. La expedición, dice Olascoaga (49), logró *"la pacificación definitiva de los desiertos"* y *"la conquista de 20000 leguas de tierras fértiles."*[4]. ¿Tierra fértil o desierto? La geografía desértica no dejará de ser negada por una letanía que repite: se trata de tierras fértiles, de tierras útiles que están siendo desperdiciadas en manos de los indios.[5] La orilla zigzagueante del Río Negro construye y verifica que lo desértico no es tanto la falta de humedad como la falta de habitantes. Y es precisamente porque lo vacío no se conquista, que Pozzo elige para titular su trabajo el término *expedición*. En la iconografía, parece establecerse que los militares no son conquistadores, sino expedicionarios, y que lo que Roca lleva a cabo es mucho más una **expedición a lo desierto** que una **conquista del desierto**.

Cuando en otra imagen el vacío no es absoluto, se debe a que algunas tiendas de campaña quiebran la línea del horizonte **[fig. 2]**. La naturaleza despunta en primer plano pero allí, a lo lejos, la hilera escuálida de tiendas se yergue como un contrapunto perfecto de estos otros flecos del paisaje. Del mismo modo en que se habla de *"ganar tierras al desierto"*, la imagen de Pozzo batalla contra lo vacío. Aunque, contrariamente a lo que habitualmente se afirma,[6] la regularidad no parece ser un atributo de la civilización sino de su opuesto. En el juego entre el primer plano y la profundidad de campo, la homogeneidad regular, perfecta y vacía de la llanura, se altera con jirones de civilización. Si hay una lucha contra lo desierto, dice la imagen, no es porque la geografía se transforme, sino porque lo desierto deja de serlo gracias a la presencia de la novísima Roma.

Mirar estas fotografías no deja lugar a dudas. Tal vez pueda la curiosidad imaginar algo diferente de este lado de la cámara, tal vez pueda conjeturarse algo distinto no de frente, sino de espaldas al fotógrafo. Sin embargo, para clausurar esa hipótesis, cada imagen confirma en su diferencia a la anterior.

Ahora, el ojo del fotógrafo interrumpe una escena **[fig. 3]**. No se trata de una faena militar, la limpieza de un arma o una práctica de rutina. Sentados en círculo, alrededor de un tronco los hombres detienen su charla para mirar al fotógrafo. Y en esa mirada que construye la interrupción de un diálogo o de una siesta, los hombres de Roca eligen la expedición sobre la conquista. Porque Pozzo también elige. Y sus elecciones son cuidadas: ni un instante de la violencia del conquistador se presume en lo que se da a ver, tampoco un minúsculo signo que remita a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

algo o alguien que, además de la tropa, llene el vacío de la llanura.[7]

Si en estas últimas dos fotografías Pozzo se permite atenuar lo desierto, no es porque el fotógrafo retrate, aunque sea en una toma, a aquellos que habitan las tierras y que, por lo tanto, explican la presencia militar. Si el vacío se salpica de presencia humana es porque los expedicionarios o sus tiendas están allí. De todos modos, apiñada en una zona de la imagen, la tropa no logra llenar siquiera el campo fotográfico. Desperdigados en el terreno, los hombres de la expedición son un claro en la regularidad de la llanura. Al ubicarlos a la izquierda, la imagen repone un fuera de campo inmenso y salvaje que avanza sobre la escena. Como todo intento casi vano, la fotografía provoca una sonrisa: contemplamos el proyecto de imponer una presencia, necesariamente provisoria, acechada por ese colchón de pastos largos que, como el vacío, invade cualquier intento de llenar la superficie desierta.

Tal vez se trate de un punto de vista, tal vez se trate de una elección: contemplar la imagen y ver algo semi-lleno o semi-vacío. De todos modos, la iconografía verifica esa ausencia inicial que legitima la conquista, un vacío que la presencia militar no ha conjurado. La avanzada de las tropas, cree Pozzo y corroboran las imágenes, es un pequeño preámbulo. La escena, a medio llenar o a medio vaciar, anuncia la colonización, que Roca había instalado como causa u objetivo final de la campaña.

La civilización ocupará la nada, impondrá la presencia en la naturaleza desierta, dice el responso roquista. Por eso, las tropas van acompañadas de una colonización incipiente, cuya imagen no deja de provocar asombro **[fig. 4]**. El término que mejor describe a las carretas y a las tiendas que se desarman frente a la austeridad de la llanura es **precariedad**. Aunque Pozzo tal vez ni lo sospeche, sólo una sombra impide que lo precario fagocite la representación. La estampa invierte matemáticamente los temores de Sarmiento. Ya no se trata de la sombra de Facundo acechando a la civilización, sino de la sombra de la cámara que, bajo el escudo del Estudio Alsina, impide que los colonos se pulvericen hasta lo bárbaro. La sombra de la máquina, medida de la civilización, es aquí el verdadero fundamento de la nueva población y su calle del Comercio.

De lo desierto a lo infinito

Lo que diferencia la estrategia del roquismo de los planes de Alsina es su táctica ofensiva. El intento de Roca no consiste en la simple actualización de la frontera trazada por la zanja; la diferencia entre ambos no es cuantitativa. El nuevo Jefe del Ejército no intenta avanzar **un poco más** la línea de

frontera; su política no va en busca de **un poco más de tierra**.

De ahí que las frases que describen el movimiento de la civilización jamás se maticen. Se habla de avanzar la frontera –no de avanzar **un poco** la frontera–, de ganar tierras –no de ganar *algo más* de tierra–. Del mismo modo, el proyecto roquista tiene como objetivo adelantar un límite, no adelantarlo 20.000 leguas. Milímetros, centímetros o leguas miden un resultado –la pobreza de un resultado– que jamás aparece en el origen del desplazamiento. Por más que la frontera se establezca en el Río Negro, el límite posee la virtualidad de lo provisorio porque la noción de civilización implica ella misma, un movimiento que no se detiene. La confianza en la perpetuidad del progreso, que sostiene la generación del '80, define un nuevo modo de pensar el territorio nacional que se construye y se actualiza en las imágenes.

Así, el objetivo fundamental de la campaña, no es tanto avanzar un límite, como **poner en suspenso la idea misma de límite**. Casi podría decirse que la imagen de Pozzo comienza donde estas fórmulas del movimiento terminan **[fig. 5]**. Si las frases no explicitan un avance infinito pero, al mismo tiempo, callan la medida de ese avanzar, la representación fotográfica recupera lo solapado de las frases y dibuja el espacio ilimitado de la llanura. Gracias a la perspectiva, la hilera de hombres se pierde en el horizonte hasta hacerse infinita, no tanto para señalar el gran número de militares —necesariamente finito—, como para indicar que el paisaje, hacia allí, también continúa.

En este espacio ilimitado que trazan las imágenes de Pozzo es absolutamente sensata la propuesta de César Aira cuando, en *'El vestido rosa'*, conjeturó imposible el encuentro entre los indios y el ejército. Tan sensata que podría afirmarse, siguiendo el método de Borges respecto de Kafka, que el trabajo de Pozzo no hace otra cosa que confirmar esa propuesta, a través de las imágenes. Sin embargo, hay una diferencia notable entre estas dos llanuras sin límites. La seriedad decimonónica de Antonio Pozzo no puede permitirse la ironía de Aira. En el fotógrafo, la suspensión de los límites no es un atributo del paisaje contemplado, sino un poder del ojo que lo mira. Lo que la imagen de Pozzo captura es mucho más que una geografía chata, amarronada e inmensurable. Lo que la máquina fotográfica intenta hacer visible es el movimiento de la civilización, que como el horizonte, siempre está un paso más allá.

En este sentido, tal vez la lectura más certera del trabajo de Pozzo está en las palabras que el Comandante Prado (135) escribe veintiocho años más tarde, cuando sintetiza los resultados de la campaña:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"La República había suprimido el desierto, y sus dominios se extendían, sin barrera que los cortase, hasta el extremo sur del Cabo de Hornos, en donde ***si la patria concluye es porque Dios no quiso hacer más grande el Continente."***[8]

De ahí la sagacidad de una caricatura que homologa a Roca con Colón **[fig. 6]**. Efectivamente, con Roca la tierra ya no es plana, porque no tiene barreras, no tiene límites. Dominada por el progreso, es redonda y, de algún modo, infinita.

Ahora bien, lo que al baqueano o al indio debía aparecérsele como un espacio poblado de referencias se presenta ante Pozzo —y por qué no, ante el espectador moderno— como un plano idéntico a sí mismo: ninguna peculiaridad, ningún rasgo permite identificar el paisaje. Y es que el proyecto fotográfico de Pozzo da aquí su último retoque: se trata, precisamente, de representar el territorio como una superficie infinita y vacía, es decir, como un espacio **escribible**. Sin identidad, la llanura es puro vacío sin límites; la llanura es el reino de lo posible. Sobre ella, el progreso escribirá infinitamente una escuela allí, un hospital acá, un fortín en todos lados.

"Medir un espacio es al mismo tiempo descubrirlo" en un movimiento progresivo, dice Kant (§25).[9] Alambrar, delimitar, marcar, transportar la medida sobre el espacio será, entonces, un modo de apropiarse de él y reescribirlo a la medida del hombre. Será un modo, no de eliminar el vacío y la infinitud tan trabajosamente trazados, pero sí de conjurarlos poblando el territorio de señales legibles. Alambrados, límites y medidas constituirán la escritura de la Nación sobre el desierto.

Si es cierto que hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo y nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, los hombres del '80 se empeñaron en traducirlo con una imagen: la de una pura posibilidad, la de superficie imponente, vacía e infinita. Para poder, sobre ella, escribir el rostro del progreso.

Notas:

1 Este texto fue leído en el Primer Congreso Internacional ***Razones de la Crítica***, organizado por la Universidad Nacional de Rosario, en octubre de 1998.

2 Entre otras cosas, porque Pozzo fue quien le dio un rostro visible a la primera batalla ganada por la civilización, cuando retrató a Urquiza en su entrada triunfal a Buenos Aires. El triunfo de la ciudad sobre el campo, de Buenos Aires sobre el interior, se sintetiza en la imagen de Urquiza, pañuelo al cuyo, poncho a rayas pero con una llamativa galera de copa.

3 Todas las imágenes (excepto la fig. 6, tomada del Archivo General de la Nación) pertenecen al álbum de Antonio Pozzo ***Expedición al Río Negro***, que está en el Museo Casa Rosada. Agradezco a las autoridades del Museo haberme permitido consultar y reproducir esas imágenes.

4 El destacado es mío.

5 En el discurso que escribe al Congreso de la Nación, una vez que ha finalizado la campaña, Roca insiste en destacar la humedad de las tierras. Su propia experiencia garantiza que no se trata de un desierto. Dice Roca: *"El actual ministro de guerra ha recorrido personalmente estos lugares y puede aseguraros que son inmejorables para la ganadería y aún para la colonización. Abundan pastos de varias clases;* ***el agua dulce y clara se encuentra en grandes lagunas, al pie de los médanos de arena, y, donde [no] se la ve en la superficie, se oculta tan de cerca que basta levantar algunas paladas de arena para que surja en abundancia del seno de la tierra***". (Incluido en Zeballos, 418; el destacado es mío).

6 Cuando Alfredo Ebelot (205) argumenta en contra de la táctica defensiva, señala que ella deja en manos de los indios la posibilidad de elegir cuándo, cómo y dónde atacar y coloca al ejército en el rol pasivo de contener ese ataque. La estrategia ofensiva, en cambio, permite invertir los roles. Así, *"los indios deberán en adelante guardarse y hallarse siempre vigilantes e inquietos. Esos* ***irregulares son incapaces de sujetarse a un método*** *semejante* (el destacado es mío). La inversión es provechosa para el ejército, precisamente, porque el presupuesto que la sostiene reside en un reparto de dicotomías: orden, regularidad y método para el ejército; caos, irregularidad y espontaneísmo para los indios.

7 Es casi una obviedad recordar los cuerpos que contradicen el pacifismo ingenuo de la conquista: *"En resumen, el enemigo ha perdido entre muertos y prisioneros 4.032 indios [...] y sumando 991 prisioneros y muertos causados en todo el mes, se obtiene un total para el 1º de diciembre de enero de 1879 de 5.161 indios"* (Zeballos, 284). Datos, y cifras que, precisamente por atentar contra este pacifismo, se amontonan como detalle para ser olvidados con el objeto de seguir sosteniendo la expedición y el vacío.

8 El destacado es mío.

9 Aquello que Kant denomina *lo sublime* parece definir adecuadamente este espacio sin límites de la llanura. No sólo porque sublime es aquello *"en comparación con lo cual toda otra cosa es pequeña"* (§25) o *"aquellos fenómenos cuya intuición lleva consigo la idea de su infinitud"* (§26), sino también porque la noción kantiana de lo sublime no se afirma tanto en lo ilimitado del fenómeno como en la capacidad del sujeto de poder pensar algo en estos términos. Lo sublime o la llanura —tal como la ofrece la representación fotográfica— es aquello que, al ser pensado, *"demuestra una facultad del espíritu que supera toda medida de los sentidos"* (§25). Por eso es que Kant afirma que lo sublime, o lo que no deja ver sus límites —el mar, pero también la llanura— producen angustia. Una angustia que sólo se atenúa con las armas de la medición.

Bibliografía:

EBELOT, Alfredo: *'Una invasión de Catriel', Azul. Revista de Ciencias y Letras*. Buenos Aires, Azul. 1930, págs.171-206. El artículo fue publicado en 1876 en ***Revue des Deux Mondes*** y traducido, en el mismo año, en ***Anales de la Sociedad Rural Argentina.***

KANT, Imanuel: ***Crítica del Juicio***. Buenos Aires, Porrúa, . 1997. Traducción de Manuel G. Morente.

OLASCOAGA, Manuel: ***Estudio topográfico de la Pampa y Río Negro***. Buenos Aires, Eudeba, 1974. La primera edición es de 1880.

PRADO, Manuel: ***La guerra al malón***. Buenos Aires, Kapeluz, 1983. La primera edición es de 1907.

VIÑAS, David: ***Indios, ejército y frontera***. Buenos Aires, Siglo XXI, 1983.

ZEBALLOS, Estanislao: ***La conquista de quince mil leguas***. Buenos Aires, Hachette, 1958. La primera edición es de 1878.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

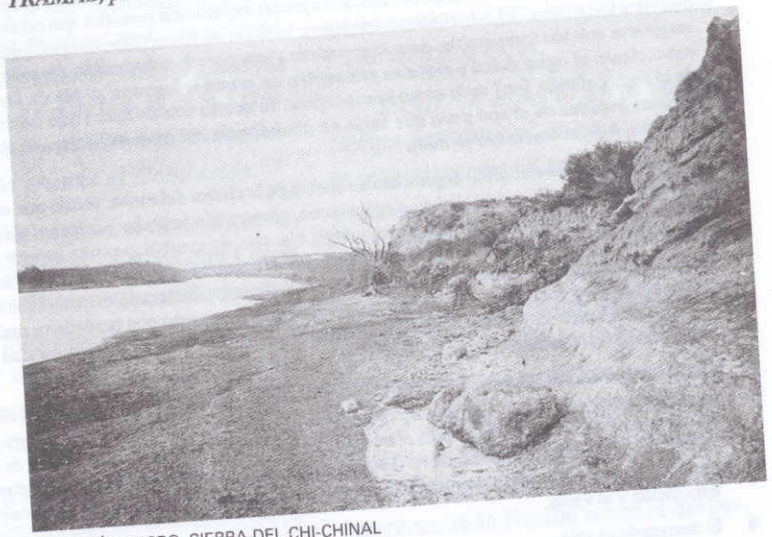


FIG. 1. RÍO NEGRO. SIERRA DEL CHI-CHINAL

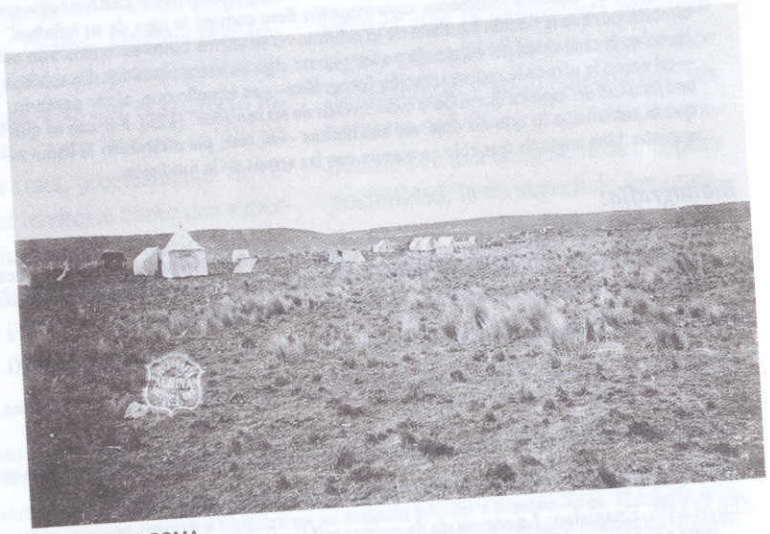


FIG. 2. NUEVA ROMA

FIG. 3. RÍO NEGRO, CAMPAMENTO DE HUAIQUE - GNELO

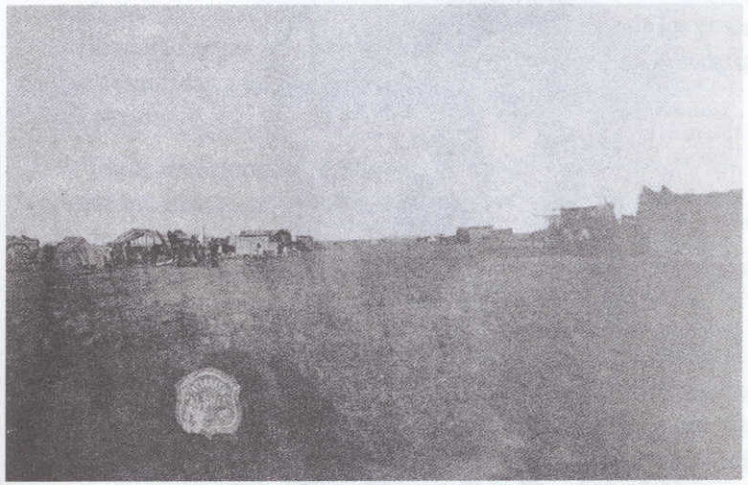


FIG. 4. CHOELE-CHOEL, FUNDAMENTO DE LA NUEVA POBLACIÓN, CALLE COMERCIO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FIG. 5. PRIMER CAMPAMENTO AL SUD DEL COLORADO, CAMPO DEL 2 DE LÍNEA

FIG. 6. LA VUELTA DEL DESCUBRIDOR

Variaciones. De guerras y memorias. Memorias de guerra. Guerra de memorias

Por *Mirta Antonelli*

Palabras preliminares

Tengo la convicción de que la guerra es del orden de lo irrepresentable, que su figuración está más próxima al gesto de un grito congelado en el silencio que a la puesta en discurso, que su estatuto en la existencia de quienes fueron atravesados por ella, –víctimas, testigos, herederos–, responde más a la lógica dislocatoria de una fantasmagoría siempre por advenir que a la tranquilizadora captura en una temporalidad coagulada en un tiempo fenecido –el pasado–.

Desde el contexto de relevancia en el que me siento interpelada, la historia de nuestro pasado reciente, quizás el que se abre con los '60 en América Latina, y con los '70 en el Cono Sur, recorro en estas páginas, con cierto mal disimulado desencanto, el funcionamiento de la guerra, en tanto catalizador de temporalidad, en ciertas narrativas, principalmente de intelectuales de países **centrales**.

Si pudiera formalizar una petición respecto de cómo desearía ser leída, diría, sin dudas, que es desde la permanente reactualización de este escenario geográfico y epocal, desde las imaginarias –y por eso reales– experiencias del tiempo y de la violencia que nos vienen constituyendo.

De manera puntual, en la última parte de este artículo, cuando abordo las reflexiones de Paul Ricoeur respecto de las memorias colectivas traumáticas, insto al lector a sopesar la resolución de los conflictos que propone este autor, a la luz de los procesos actuales vinculados a las democracias postdictatoriales.

I. De guerras y memorias.

De la guerra como catalizador temporal

La espectralidad de la Guerra Fría en su naturaleza de asedio, su estatuto de vacuidad fáctica de toda conflagración, en su performatividad con efectos geopolíticos a escala planetaria, ha sido durante décadas la –larga y morosa– escena inaugural, el preludio, del igualmente espectral y planetario neo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

liberalismo en su diseminación metastásica.

Del escenario cruento de la violencia ejercida sobre cuerpos individuales y colectivos, de la devastación de territorios y comunidades que cerraron la primera mitad del siglo XX, la Guerra Fría inauguró la escenificación de una trama de poderes **desencarnados** que dislocaría el orden político-jurídico de los Estados, las transformaciones económico-financieras y la tecnologización y producción de campos de saber.

La **narrativa** en la que se entreteje esta urdimbre haría del legado moderno de la democracia parlamentaria el argumento moralizador que demonizaría al infierno del Este en una fuerte operación de homología históricamente falseable, pero eficazmente persuasiva y productora de efectos.

El nazismo se homologó al régimen soviético: Stalin es Hitler.

En esta temporalidad congelada en la amenaza, el imaginario de la narrativa de Occidente, de la que no escapó buena parte de la intelectualidad de los países centrales, escandía pero también obturaba, el futuro como desequilibrio entre dos fuerzas, metonimias del mundo todo. El imaginario del porvenir, en tanto proyectualidad a la que investir de sentido, se articulaba en la aporética escatología que tensaba el *"motivo del fin"* entre el azar y el accidente, por un lado, y la lógica de cálculo en la ejecución impecable de una operación bélica perfecta según la oportunidad, por el otro. Los restos/residuos de ese imaginario que se alimentó con y alimentó una patémica de la vulnerabilidad, la precariedad y la fragilidad del futuro en la reducida imagen de un *"dedo apretando un botón"*, pervivió en el fracasado vaticinio del *"apocalipsis"* informático del 2000, propalado desde las cadenas internacionales de noticias como la CNN, en las que especialistas del **primer mundo** ratificaban la existencia de misiles **programados** entre el Este y el Oeste.

Otra aporía advertible es que se trató de una narrativa de guerra sin guerra posible, o, para decirlo de otro modo, de la amenaza de una guerra fácticamente imposible, puesto que su acaecer implicaba otro fin: el de la **historia**. En estas condiciones históricas regidas por tal imaginario se sitúan voces como la de Vattimo, en los ´80, derivando de esta imposibilidad lógica el apresurado y miope corolario según el cual estaríamos inmersos en una pura historicidad del retorno del pasado en una sociedad mediática en la que sólo quedaría *"el depósito de todas las máscaras y culturas"* revisitándonos erráticamente (Vattimo, 1984).

La **glaciarización** de este macroconflicto capturaría, como los relatos modernos, las totalidades **disponibles** para discursivizar: la humanidad, la historia, el futuro, imperialismo narrativo que subsumiría en estas entidades universalistas los conflictos específicos, locales y localizados. De algún modo, este catalizador temporal que anudó la narrativa de la Guerra Fría, volvió inaudibles/invisibles los conflictos **micro** con los que se vienen entretejiendo las historias locales –nacionales, territoriales, regionales, étnicas, religiosas, etc.– a la vez que los excluyó a una retórica del silencio y a las diversas formas de las lenguas **clandestinas**.

II. Memorias de guerra.

O de la guerra necesaria para la pan-democracia.

Desde la mirada retrospectiva de un número significativo de intelectuales, el asedio **congelado** es lo que se devastaría con la caída del muro de Berlín y de los estados del Este. La **retrospectiva** de Claude Lefort (1998), es *un exemplum*:

> *"Por un momento **se pudo imaginar** que el derrumbe del sistema comunista **anunciaba una nueva era**. El **acontecimiento** sellaba el fracaso de la **empresa totalitaria** que, en dos versiones diferentes y en cierto modo opuestas, había trastornado el estado del mundo durante la mayor parte del siglo. En 1990 **la humanidad se vio libre de la amenaza de una guerra nuclear**. (...) La adhesión evidente de los estados del Este **al modelo ahora único de la democracia impactaba la imaginación. Además parecía crear las condiciones para un apaciguamiento en los diversos continentes**, de los conflictos locales antes activados por la rivalidad de las dos superpotencias."*

(Lefort, p. 8) (El destacado es mío)

Interesa destacar, entre las varias líneas de lectura a las que se puede someter este texto, cómo, otra vez, el funcionamiento metonímico sostiene la retórica geopolítica y establece o forma parte de las condiciones de visibilidad de los conflictos localizados/localizables. Para decirlo con Barthes, estos conflictos no son **notables** –notados y dignos de ser anotados– si no es en referencia a ese **todo** del que adquieren estatuto de **partes**, de las relaciones de causa-efecto, etc. De lo que se trata es siempre de un aplanamiento, de una operación homogeneizante y de neutralización de las especificidades. Las superpotencias parecían marcar el tiempo cero a partir del cual organizar la totalidad de los relatos, las historias y los estados actuales de los conflictos en distintas culturas, sociedades, geografías. Tiempo cero que funcionaba como mojón de **memorias** dado que las tensiones y los enfrentamientos parecían todos emerger y fundarse en este duelo de titanes. Si el futuro de la guerra imposible era el único pensable para la humanidad toda, el **origen** de los conflictos parecía da-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tarse en la misma acta de nacimiento de las fuerzas antagónicas.

El imaginario que evoca Lefort a fines de los '90, ya había sido impugnado por su *"ceguera de buena fe"*, en los primeros años de los '80. Alain Badiou desmontaba, entonces, las operaciones de la imaginaria democracia salvífica como advenimiento que, todavía en los '90, Lefort **constataba**:

*"(...) **El archipiélago gulag**, habría recordado a Occidente su deber y su conciencia. Habría puesto fin al extravío marxista de los intelectuales. Los revolucionarios arrepentidos puestos ante el real como horror, habrían reencontrado el camino de la Ley y el Derecho. (...)**retorno masivo de los intelectuales franceses a la democracia parlamentaria coalfa y omega de la convicción política**. (21) [...]*

Solyetnisky en Occidente permitió que la conciencia del fenómeno stalinista fuera desplazada y limitada, a la vez general (los campos de verdad del comunismo) y liviana (contra aquello, nada distinto que proteger, de modo friolento, lo poco que se tiene).

Pues a los intelectuales occidentales no les interesa la vigorosa problemática nacional y cristiana de Solyetnisky sino otras cosas. Se trata de que la revolución deja de ser el concepto transversal para pensar filosóficamente la política.

Con lo cual imaginaban lograr una liberación, mientras que no eran más que portadores anónimos de un síntoma, el de la crisis universal de la política y su sustracción a todo esfuerzo del pensamiento.

*El carácter sintomático de esta depreciación se lee en su violencia pulsional. No bastaba (puesto que lo que estaba en juego era la conexión total del sujeto y la política) que la revolución fuera imposible –lo que para un lacaniano, la habría elevado a lo real– **Era necesario que fuera un crimen.***

Y como el verdadero crimen político certificado en el siglo era el nazismo, se condujo la vasta empresa de Solyetnisky, crística, nacional y antidemocrática, a la ecuación ideológica inmediatamente perceptible en la propaganda: Stalin es Hitler.

Contra lo cual sólo valen el parlamento y la libre empresa. [...]

No hay que equivocarse de escritor cuando es el arte el que gobierna el pensamiento político."

(p. 23) (Los destacados son míos)

Tomás Abraham (1995), a propósito de la ética en la filosofía contemporánea, presenta a Badiou como uno de los nombres propios que ejemplifican la marcha a *"contrapelo"* típica de la filosofía: (p. 7)

Este *"avance a contrapelo"* parece poder localizarse en ***¿Se puede pensar la política?***, de Alain Badiou (Badiou, 1990), cuya primera edición francesa, 1985, recoge en buena medida los textos de dos grandes conferencias realizadas entre 1983 y 1984. En la denuncia del terror stalinista, la gran coartada para los intelectuales occidentales es Solyenitsky, con el reverso negro del horror rojo de Stalin.

¿Qué salud política diagnostica la patología soviética?, se pregunta Badiou. Y la respuesta es que, para Occidente, Stalin es igual a Hitler y la revelación del horror ruso emergió con la profética literatura de ese autor.

Pero, si la literatura puede nombrar un real al que la política permanecería cerrada, vale la pena, para Badiou, una disputa literaria: no Solyenitsky sino Shalamov.

Del análisis de ***Kolyma***, de Shalamov, parafraseo, cuando no extraigo, pasajes porque, creo, traducen la opción político-literaria de Badiou, haciendo del modelo de los campos, una lógica articulada en torno a la materialidad de los cuerpos y a conflictos o tensiones no moralizables por el Estado y su violencia ni por la dialéctica del enemigo ideológico:

(...) sigue de cerca la física humana en los campos (el cuerpo, la pesadilla de la utopía al revés, en los límites de lo posible reside el núcleo de una ética. (...) el lector se olvida progresivamente que se trata de política, del estado, de crímenes centralizados, para encerrarse en un mundo completo donde todas las diferencias ramificadas y profundas, de la conciencia y el comportamiento, son llevadas a lo esencial., otra percepción de la verdad política en sí. (23)

Por ej. para los reclusos Stalin es sólo una figura cualquiera (...) es que los hombres de experiencia saben que, con respecto a lo real de los campos, (como en cierto sentido de la fábrica) no es la invocación de las grandes opresiones de estructura lo que sirve a la circulación de la verdad, sino la tenacidad en mantener algunos puntos, de conciencia y de práctica, para iluminar las horas compactas y detener la descomposición subjetiva.

Más que el Mal , es el Sistema oficial (sus investigadores, sus golpeadores, sus jefes), el homogéneo con los reclusos, en la medida en que organiza una especie de producción social monstruosa. Para Shalamov, el horror no son los comunistas, es el hampa.

El tema de los truhanes es central en el libro. Concentra el odio y el horror. Para Shalamov, el crimen de Stalin consiste menos en los campos en sí que en haberles dado a ellos poder y libertad a los truhanes, porque frente a estos no hay conciencia colectiva ni principios firmes. Ese es un punto crucial: para Shalamov no es la política

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sino su ausencia lo que hizo posibles los campos. No su ausencia estatal sino subjetiva (a diferencia de los campos nazis donde se golpea al otro, polaco, judío, etc., en ***Kolyma*** el adversario es el truhán, entonces en sí mismo carece de significación dialéctica).

Kolyma apela, en nombre de las víctimas, a no establecerse en la inocencia política.

La política emancipatoria, la única con la que puede asociarse la filosofía, se establece en el elemento de su surgimiento, más allá de la crisis mortal que hoy en día la golpea. La prosa de Shalamov; un legado precioso, no es un tribunal aunque juzga sin apelación, es una forma de conciencia ejemplar y transmisible. (p.33)

III Guerras de memorias.

Pensando el perdón

Quizás como refractación, los dominantes *"motivos del fin"* que informaban las narrativas en los '80, se delimitaban entre la *"esquizofrenia"* (Jameson), el recalentamiento de la historia (Vattimo), y el estatuto discursivo, específicamente narrativo de la historia de la historiografía (White, Ricoeur).

Es precisamente Paul Ricoeur quien ha explicitado recientemente la *"ceguera"* de este interés por *"tiempo y relato"* en/de la historia habiendo elidido el problema central de la memoria, como dimensión imaginaria constitutiva de las narrativas identitarias. Su conceptualización no excluye sino que reemplaza y complejiza las relaciones entre tiempo/relato, redimensionando el poder del relato y sus juegos y funcionamientos políticos en contextos específicos.

En ***La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido***, (1999) Paul Ricoeur, desde una mirada autocrítica pero con un valor indicativo, explicita que, a la luz de sus reflexiones en curso, le resulta incomprensible su omisión, en ***Tiempo y narración*** (1985, trad.1996), de la problemática de la memoria. El asombro ante su propia práctica epistemológica e intelectual anterior resulta significativa por su inscripción dentro de la hermenéutica histórica, para la cual *"Pertenecemos a la historia antes de contar historias o de escribir historias. La historicidad propia del acto de contar y de escribir está incluida en la realidad de la historia (...) Mi tesis entonces es que esta complementariedad –entre relato de ficción y relato empírico– no sólo está fundada en esa constitución inteligible sino que es exigida por ella. Tenemos necesidad del relato empírico y del relato de ficción para llevar al lenguaje nuestra situación histórica"*. (Ricoeur, 1994, p.106).

Desplazamiento de la temporalidad del relato, histórico y ficticio, y de la tropología de la narrativa (Ricoeur, 1996) –aspecto, este último anclado como un efecto de fijación por la línea historiográfica de Hayden White– hacia la memoria y los olvidos, sus formas y usos, su dimensión política contemporánea, condición en y desde la cual siente la relevancia de estas cuestiones en el marco de los conflictos europeos no sólo del periodo de entreguerras sino y principalmente de los actuales conflictos, étnicos y religiosos.

Si para Ricoeur, el testimonio se trata de un decir en el cual el sujeto, antes de decir, está afectado por el acontecimiento –anterior a la inscripción, a la incisión– al decir algo expresa ese estar afectado por; si esto es así, entonces, este texto suyo puede considerarse un testimonio, ante las fenomenologías cerradas, del ser hacia la muerte que intelige en el escenario de la Europa xenófoba, en los estallidos de las guerras de memorias identitarias, étnicas, religiosas, territoriales, en nombre del/un pasado. (Ricoeur, 1999, p.80)

Pareciera que la planetarización del neoliberalismo y la inédita hegemonía democrática coadyuvaran a volver audible/visible la beligerancia a escala micro, donde la guerra opera como catalizador de narrativas por nombres propios y ya no por universales, con autonomía en relación con algún relato totalizante/totalizador, y donde, por lo mismo, ya no es pensable una homogeneización o aplanamiento ni una misma datación **bautismal** de los conflictos.

Guerras de memorias, disputas actuales por la captura imaginaria del futuro en nombre de la reapropiación simbólica del pasado identitario, guerras por los sentidos de esa temporalidad vigente de un pasado que aún **es**, que si bien no se agotan en esta dimensión son impensables fuera de ella, puesto que el sentido de un final y de un origen invisten los fundamentos de su lógica y de su patémica. El contexto de relevancia es el funcionamiento político de las memorias traumáticas, de los hiatos producidos por la violencia histórica.

La especificidad de cada ejercicio de violencia hace de las muertes acontecimientos tan específicos como las propias vidas de los sobrevivientes del colectivo, y esta especificidad no es del orden de la metonimia sino de la sinécdoque, de una afectación tranversal no apropiable por ningún relato totalizador, universalista. En su correlato discursivo, las memorias colectivas traumáticas se cifran en el testimonio, del que es *"distintivo la referancia"*, esa afectación que lo precede en tanto lo que se dice es un decir ya afectado por lo que se intenta decir, antes de hacerlo (Ricoeur). Que la puesta en discurso de esta dimensión indicial entrañe siempre un resto de indecible, que la discursivización del trauma se delimite en condiciones de posibilidad/imposibilidad histórica-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente operantes, por lo tanto contingentes, no desdice, en su historicidad misma, la afectación real de los cuerpos por la violencia.

La memoria patologizada o memoria herida procede del espectáculo que ofrece el ejercicio de la memoria en el escenario contemporáneo, especialmente colectivo y público. (p.31)

Entre el exceso de memoria y su insuficiencia, esta doble observación plantea el uso –nosotros diríamos los usos (Yerushalmi)– de la memoria, problemática que se relaciona de manera directa con la fragilidad y los trastornos de la identidad colectiva.

La cuestión de la identidad constituye por sí sola un problema (...) Gira en torno a las respuestas que pueden darse a la pregunta ¿Quién soy? –pregunta que recorre el orden del lenguaje, el de la acción, el de la narración y el de la imputación moral–. La crisis de la identidad concierne para el autor tres aspectos: la permanencia de uno mismo a lo largo del tiempo; el abuso que se debe a las amenazas reales o imaginarias desde el momento en que la identidad se confronta con la diferencia.

A estas dos heridas principalmente simbólicas se añade la tercera fuente de vulnerabilidad: el lugar de la violencia en la fundación de identidades principalmente colectivas.

La memoria puede ser estudiada desde el punto de vista de su uso desde esta triple herida de la identidad y de un modo directo con el olvido implicado en la instrumentalización de la memoria.

Ricoeur sigue a Freud en la minuciosa descripción de los grandes gastos, de lo gravoso en tiempo y energía de inversión que el trabajo de duelo, en tanto obediencia a la realidad, requiere, cuando lo que la realidad impone es la muerte del objeto amado y la conminación a reinvertir las fuerzas de la libido. El costo elevado es el precio del cumplimiento de las órdenes promulgadas por la realidad, esa tarea es el duelo. Se revela costosamente como un ejercicio liberador. Desde este punto de vista Ricoeur establece una aproximación entre el trabajo del duelo y el del recuerdo. El duelo aporta el *"reconocimiento de nosotros mismos"*, la estima de sí, y se caracteriza por la vergüenza ante el otro. Para liberar la libido, el duelo como trabajo, requiere tiempo, y hay un tiempo del duelo.

La secuencia memoria, historia, olvido, perdón, objeto de los estudios de Ricoeur, requieren de la conciencia histórica en tanto dialéctica en la cual el pasado no está disjunto del futuro, y donde el adjetivo histórico no califica sino la condición humana o su historicidad.

Pero esta historicidad posibilitada por la dialéctica tiene un énfasis, no sólo conceptual: ¿Por qué llevar el marco de la discusión más allá del carácter pasado del propio pasado? Porque todos los términos de la secuencia consignada se vinculan con el pasado y éste sólo adquiere su doble sentido de **haber sido** y de **no ser ya** en su relación con el futuro. Para superar el riesgo de la obsesión por el carácter pasado del pasado la dialéctica que él plantea privilegia la relación con el futuro.

Para Ricoeur las situaciones a las que alude Freud superan con amplitud la esfera psicoanalítica y estas extensiones se manifiestan más aún en relación al otro, no sólo al de la historia familiar, sino al otro psicosocial y al otro de la situación histórica.

La legitimidad de trasponer al plano de la memoria colectiva y de la historia las categorías patológicas de Freud radica en proponer una reinterpretación psicoanalítica próxima a una hermenéutica.

La insistencia en la noción de trabajo –del duelo, del recuerdo– presupone no sólo el sufrimiento sino la responsabilidad ante los trastornos. Las nociones de uso y abuso se sitúan, sin dudas, en el dominio de la instrumentalización de la memoria, de lo perverso, a dos racionalidades y a dos éticas, la comunicacional y la puramente estratégica, según Habermas. Los usos de la memoria son el lugar de cruce de ambas instancias. Y si hay algo de deliberado, concertado y sujeto a finalidad en la noción de trabajo aplicado al recuerdo se está en el dominio de la manipulación. Entre los mecanismos que posibilitan esta manipulación está el carácter selectivo de la memoria, lo que conlleva de suyo los usos deliberados del olvido. Si Nietzsche recuerda que el olvido es una necesidad, línea que retoma más adelante Ricoeur, también es una estrategia. Y, en primer lugar, una estrategia del relato que en sus operaciones de configuración , mezcla el olvido con la memoria (39). Terrible poder de selección que plantea el problema epistemológico de la ansiada veracidad de la memoria, cuya complejidad no sólo resulta del entrecruzamiento de categorías patológicas y terapéuticas para su inteligibilidad, sino que tiene alcances políticos y morales.

El problema moral se plantea como conminación: conminación a no olvidar, por razones que tienen que ver con la constitución de la identidad tanto individual como colectiva: la permanencia en el tiempo, e incluso contra él.

El movimiento de la conciencia histórica, como lo plantea Koselleck con las dos nociones ya señaladas de espacio de experiencia y horizonte de espera, es el espacio de una dialéctica conflictiva. La paradoja es que el pasado ya no puede ser cambiado y el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

futuro es la incertidumbre, luego, lo indeterminado. Pero la paradoja es sólo aparente. *"Si bien lo que ha ocurrido no puede deshacerse, –los hechos son imborrables–, ni puede hacerse que no sucedan, (...) el sentido de lo que pasó, por el contrario, no está fijado de una vez por todas. Además de que los acontecimientos del pasado pueden interpretarse de otra manera, la carga moral vinculada a la relación de deuda respecto al pasado puede incrementarse o rebajarse, según tengan primacía la acusación que encierra al culpable en el sentimiento doloroso de lo irreversible, o el perdón que abre la perspectiva de excención de la deuda, que equivale a una reconversión del propio sentido del pasado. Podemos considerar este fenómeno de la reinterpretación, tanto en el plano moral como en el del simple relato, como un caso de acción retroactiva de la intencionalidad del futuro sobre la aprehensión del pasado"*. (p. 49. El destacado es mío)

La invitación de Ricoeur es, entonces, considerar los aportes del olvido a las distintas formas del conocimiento histórico, desde la perspectiva del daño causado a la vida, salvaguardando la virtud de la justicia desde la conceptualización nietzscheana:

"No se sacrifica por ello la virtud de la justicia, pues esta última es la que interpreta. La fuerza del derecho a juzgar, proviene de la energía del presente. (...) De este modo, la suspensión de lo histórico mediante el olvido y la reivindicación de lo histórico sólo es el reverso de la fuerza del presente. Desde este punto de vista, el olvido vuelve a convertirse en una interpretación del pasado". (p.62)

La interpretación y el uso de este texto de Nietzsche sin dudas mostraría una interesante –y sintomática– heterogeneidad, en algunos casos tal vez con fuertes trastocamientos y limitaciones, como es, por ejemplo, el uso que de él hace Vattimo en los '80 en sus consideraciones sobre el exceso de historicidad que promoverían los medios en la condición contemporánea (Cf. Vattimo). Pero en el marco de las reflexiones y conceptualizaciones de Ricoeur, esta reapropiación del carácter honesto y benéfico del olvido es central para introducir el motivo del perdón, con el que sería posible cerrar las heridas de la violencia histórica en la memoria de las identidades colectivas. Desde la matriz cristiana, el perdón no es olvido sino re-asignación o, mejor, reconversión del sentido de los crímenes cometidos. No es una forma de olvido activo, puesto que las huellas de los acontecimientos deben ser preservadas, sino olvido de la carga paralizante de la deuda. No se olvida el acto criminal sino su sentido, y su lugar en la dialéctica global de la conciencia histórica, por lo que no hay olvido, sino un aumento del trabajo del

recuerdo que reabre la proyectualidad creadora de futuro.

El motivo del perdón entra en la economía del don, y requiere de un tercero, la víctima, que es la única que puede perdonar al autor de los daños, que sólo puede pedir perdón, aun a riesgo de negativa o rechazo.

El perdón de los pecados en la esfera religiosa, no obstante la posibilidad de su mera formalidad y del comercio de indulgencias a las que puede –y pudo– dar lugar, ha operado en la esfera jurídica proveyéndole lo que, en el plano cultual y religioso, significa la gracia.

En el ámbito de lo judicial ese perdón está figurado en la reinserción, cuyo efecto consiste en *"olvidar las incapacidades pasadas y en reestablecer la capacidad del condenado de volverse a convertir por entero en un ciudadano. La gracia, como privilegio o regalía, se funda en la misma finalidad"*. (63)

Pero cuando es la esfera política, y no la jurídica, la que instituye la amnistía, el recurso a la figura del perdón se vuelve discutible, porque procura establecer una amnesia institucional que se sustenta en el borramiento del acontecimiento criminal, como si éste no hubiera tenido lugar.

"Resulta comprensible la finalidad de esta institución: contribuir a la reconciliación nacional. Pero el perjuicio del olvido reside en la increíble pretensión de borrar las huellas de las desaveniencias públicas. El historiador, cuya tarea, por otra parte, resulta especialmente comprometida cuando se produce esa instauración del olvido público, ha de contrarrestar con su discurso y junto a la lucidez de la opinión pública el intento de borrar los propios hechos. Su tarea cobra entonces un aspecto subversivo, en la medida en que, mediante ella, se expresa la mímesis de la huella" (64)

El pretendido ejercicio del perdón como un poder, sin pasar la prueba de la petición, conlleva, entre sus riesgos, el desplazamiento a una instancia de evitación de la justicia, y en tal sentido, está vinculada a la impunidad. En ese caso, se desliga la reinserción del cumplimiento de una condena, precio que hay que pagar por dicha reinserción.

Otra figura del perdón es la de la indulgencia la cual, desde un punto de vista teológico pone en tensión distintas tradiciones. Se inscribe aquí la deuda como término relacional de la acreencia.

"En este caso está en juego el tratamiento en profundidad de la noción de deuda. Considerada en un primer nivel, la remisión de la deuda conlleva la idea de un balance de cuentas, de débitos y de crédi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tos, en la que la columna del débito es borrada mágicamente del panel contable. ***No sólo no hemos abandonado la idea lógica de la retribución, hecha pedazos (...) sino que esa borradura, que acabamos de calificar de mágica, desempeña el mismo papel que el peor de los olvidos, a saber, esa forma del olvido profundo ... que consiste en el desgaste de las señales o de las marcas, en la destrucción de las inscripciones.*** (65)
(El destacado es mío)

El estudio de Ricoeur insiste en la vecindad semántica, no casual, que se establece entre perdón y don en distintas lenguas, señalando en el caso del francés una ausencia de reciprocidad, una disimetría entre quien da y quien recibe; problemática entre la sobreabundancia de la economía del don y la lógica de las equivalencias de la economía de la justicia.

Para Ricoeur el don debe pensarse no fuera de todo intercambio sino como opositivo a su forma mercantil, remitiendo a la oposición entre don y cálculo/interés en Marcel Mauss.

En la matriz cristiana, el don es el amor al enemigo, forma superior del intercambio, dice Ricoeur, mandamiento cuyo cumplimiento es casi imposible. Ruptura de la idea de cálculo, tal mandamiento supone o abre la expectativa de otro tipo de intercambio, que el enemigo se convierta en amigo. La hipérbole evangélica parece sustentarse en la hipótesis de una no reciprocidad y de una no espera, pero, dice Ricoeur, tal hipótesis es falsa, porque no significa que no se espere nada sino que lo que se espera es esa conversión amorosa.

El *"potlach"* quebrantando el orden mercantil por la munificencia (Mauss), el *"gasto"* en Bataille, y el don evangélico, se inscriben en la misma economía no mercantil del don, y cuya legitimidad radica en la reconstitución de un vínculo de reciprocidad. Es este intercambio el que funda la utopía de la hospitalidad universal.

> *"Correré el riesgo de señalar que en la utopía política de la paz perpetua kantiana podemos encontrar algo de la hipérbole evangélica, pues dicha utopía otorga a todo hombre el derecho a ser recibido en cualquier país extranjero –como huésped, no como enemigo–. La hospitalidad universal consiste en la aproximación política del amor evangélico de los enemigos".* (67)

Es en esta lógica del don donde se inscribe el perdón difícil, fuera del cálculo político (uso político del olvido), y, en el orden de la prescripción, fuera de la lógica infernal de la venganza repetida de generación en generación.

El perdón se encuentra vinculado, en este punto, al olvido activo: no al de los hechos, realmente indelebles, sino al olvido de su sentido presente y

futuro. Se trata de aceptar la deuda impagada, de aceptar ser y seguir siendo deudor insolvente, de aceptar que haya pérdidas. Para ello hay que aplicar el trabajo del duelo a la propia deuda, reconocer que el olvido evasivo y la persecusión sin fin de los deudores dependen del mismo problema y establecer una sutil frontera entre la amnesia y la deuda infinita. En este punto el perdón se vincula al trabajo de la memoria a través del trabajo del duelo.

Aquí se despliega la fenomenología abierta del "carácter futuro", en oposición a lo que Ricoeur ha llamado fenomenología del ser para la muerte.

A diferencia de la huella, que significa, la deuda obliga, plantea una prescripción, y repone su vecindad con las nociones de herencia, pretener, cuyo núcleo es la dependencia anterior en que se encuentra la proyección de las posibilidades y por lo tanto de las expectativas.

IV. Notas finales

El pensamiento de Ricoeur parece compelido a reconfigurar el campo problemático de la memoria ante una suerte de urgencia histórica que demanda una práctica ético-epistemológica, cuando no moral. El espectáculo al que remite es en particular el de la Europa de las grandes conflagraciones en el espacio de enunciación de España y su memoria herida, pero, más acuciante, la europa xenófoba que rechaza al inmigrante/otro, asimilable/excluible del que habla Derrida, atravesada por narrativas identitarias donde las memorias colectivas operan como fundamento del exterminio o de la amputación de los tejidos sociales que enfrentan a comunidades religiosas y étnicas ligadas a territorios. En nuestra perspectiva, **los retornos** del/os fundamentalismo/s persiste/n en negar que la hegemonía del capitalismo neoliberal de las democracias parlamentarias esté planetarizando, espacializando, una temporalidad homogénea de un presente idéntico a sí mismo en la dispersión a escala geopolítica global, en el supuesto salvífico de que sólo resta esperar que llegue a la humanidad toda, al mundo todo. La espera de su expansión, pues ya ha advenido. Tensiva condición que a la vez que aparece como probatoria de la frustrada visión de la apertura a la *"armonía"* que evocaba Lefort, al configurarse en la representación de la violencia del exterminio, a la vez, contribuye a la aceptabilidad del relato *"fabuloso"*.

Si la teleoescatología a **lo Fukuyama** y los discursos que acompañan y han acompañado su sintomática aceptabilidad promulgan que finalmente se desarraigan las memorias particulares en esta condición contemporánea (Derrida, 1995), la violencia de los particularismos desmiente el cumplimiento tanto del advenimiento como de su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

carácter de ideal regulador (Said, 1999). Y Ricoeur está pensando desde esas condiciones.

La tensión sin embargo radica en un pensamiento que tiene sustento en el fundamento del origen, ontología del ser, y, por lo tanto, también de la tradición y de **las raíces** de la identidad. ¿Cómo suturar esta aporía entre la raíz/origen identitarios y la resolución del conflicto?

Desde esta ontología y de su imaginario cristiano salvífico, la moral del perdón puede proveer, desde su pensamiento, una narrativa utópica que haga del futuro la espera de una conversión amorosa. El perdón, donado por la gracia, como resultado del duelo, abre la temporalidad como expectativa de reciprocidad. La utopía kantiana del huésped, que Derrida ha planteado en la estructura formal de lo mesiánico sin mesianismo y en la radical indeterminación del otro (1998), aquí se ontologiza en el ser del otro como prójimo de la redención amorosa, en la binaria oposición entre amigo/enemigo, víctima/victimario, donante/peticionante, etc. Este esquema relacional se revierte por la reasignación de sentido, en la lógica del intercambio de una reciprocidad, amigo/amigo, ya que el perdón convierte y suspende la victimación del crimen. Esta reversión es el recurso para el relato que la herencia espera.

Es precisamente la ontologización lo que sustenta la apropiación/extrapolación del psicoanálisis en la conceptualización de la conciencia histórica y en la polisemia de los tiempos disjuntos que toma de Koselleck. En esa operación constitutiva radica la posibilidad, –imposibilidad en Derrida–, de ontologizar los restos, de que dejen de regresar las víctimas, de que se cancele la repetición, el retorno. En la lógica espectral de Derrida (1995), es precisamente la imposibilidad de ontologizar los restos/cuerpos lo que sostiene la lógica de lo fantasmático, del (re)aparecido desde el futuro.

En Ricoeur, la posibilidad del cierre narrativo se actualiza, el trabajo del duelo tiene un término, que es la asunción de la falta/de la deuda que, aunque infinita, es el tercero, la realidad como ley. Si el duelo es cancelable, el perdón adviene como resultado de ese compromiso que una comunidad, como el analizado en la práctica psicoanalítica, acepta como trabajo costoso pero responsable puesto que es el precio para la liberación del asedio del pasado. Colaborar y salir del trauma, de la herida, es salir del dominio de esas fuerzas que se nos escapan, como la compulsión de lo inconsciente, pero es también el trabajo de constricción en el autorreconocimento que una colectividad asume.

La impresión –la huella– de los hechos, inmodificables en su acaecer, es el recuerdo **honesto y benéfico** del crimen, de la victimación. Como imagen, en Ricoeur la huella es ícono, por lo tanto distancia y espacialización, es lo que representa el crimen. A este olvido, se arriba como superación del síntoma, de lo que actúa en tanto incesante performatividad de la repetición, como la compulsión del insconsciente que, en la medida en que no intervenga el tercero, la ley/el otro, es pulsión de muerte. El fin del trabajo del duelo pone término a la repetición y suspende los funcionamientos indiciales de lo sintomático, suprimiendo esa otra escena, la de lo inconsciente, reinstalando una conciencia reflexiva, responsable y por tanto imputable ante la ley, el tercero sociohistórico. La práctica analítica bordea los umbrales del acto confesional, ligado a la serie del perdón como don por la gracia. Hay sufrimiento en el trabajo pero compensación liberadora al obedecer la ley de la realidad.

Hay conminación, la de no olvidar, pero el límite de esa conminación que induce al compromiso de un trabajo, tiene un límite, el ser/la vida como fundamento, el daño o la amenaza a ella. El presente es el lugar del interpretante que juzga el pasado en relación a su campo de experiencia y en orden sobre todo al horizonte de expectativa. La conciencia histórica es el lugar de determinación de la ley, de la terceridad, el tiempo del juicio desde lo que el presente interpreta como direccionado hacia lo posible, hacia lo que se puede ser y hacer, noción honesta del poder, dice Ricoeur. El juicio teológico ha devenido mundano y presente, inmanente a la historicidad. Por lo tanto la justicia es resultante de un campo de decidibilidad, es decidible.

En sus articulaciones y en la genealogía en la que se funda, puede verse la diferencia que instala la promesa judaica del anuncio en Derrida. De lo religioso cultual a lo jurídico político, este imaginario del tiempo y de la conciencia histórica, se inscribiría dentro de las éticas victimarias que recusa Badiou, excepto que aquí la víctima no es re-presentada por otra voz, sino que es la fuente de la decisión del perdón, en espera de reciprocidad.

La herencia entonces es una gravosa carga con el pasado pero que puede ser saldada en la intencionalidad retrospectiva del futuro sobre el pasado, como espera. Por lo que el duelo del trauma, como trabajo del que hay cierre –dado que hay un tiempo del duelo–, funda la proyectualidad de la vida e inviste al presente de sentido en la medida en que es el tiempo de la acción responsable de un juicio interpretativo, es el tiempo de la justicia –por lo tanto inmanente a, y no inminencia de un juicio final, apocalítico–, cuyo fallo es un don: la inversión del sentido del crimen aunque no su borramiento. La temporalidad como expectativa sólo es sustentable en la lógica del intercambio no mercantil, no regido por el cálculo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La triple polisemia temporal sólo parece pensable en la idea del consenso comunicativo de una comunidad. ¿Quién podría determinar si es otorgable el perdón?, ¿no es acaso la víctima la única que puede o no concederlo?, ¿quién ocupa ese lugar de donante, de otorgante de la gracia en un mundo secularizado?, ¿qué noción de opinión pública es pensable en términos de autorizar la donación como resultado de un juicio? En sociedades de alta conflictividad, donde las luchas identitarias –étnicas, religiosas, nacionales, ya ligadas a escisiones político-ideológicas, ya a disputas territoriales que se fundamentan en las **raíces** colectivas, etc.– configuran narrativas de la otredad irreductible, en imaginarios que dan sentido a sus sistemas de creencias, de valores, de prácticas (Bacszko, 1991) cohesionados por la dimensión narrativa, ¿qué dispositivo ocupa la posición de la justicia, del perdón o su negación? Esto presuponiendo que el victimario pidiera el perdón desde la posición del arrepentido, única garantía de la legitimidad del don. ¿No es este acaso el problema de los actuales tribunales internacionales que se vienen erigiendo como puntos/puestos de enunciación de la veridicción y de los enunciados judicativos que producen los nuevos reenclasamientos entre criminales de guerra/víctimas? (Said, 1999). ¿No es este acaso un problema central en la actual dislocación geopolítica donde el derecho internacional ha trasvasado las fronteras de los Estados-nación impugnando, o al menos ejerciendo el derecho a impugnar, la jurisprudencia y la institución de la justicia local, dislocando a la vez la tranquilizadora temporalidad de las figuras jurídicas de **cosa juzgada** y **prescripción de la causa**?

Bibliografía consultada

ABRAHAM, Tomás. ***Batallas éticas***. Tomás Abraham, Alain Badiou, Richard Rorty. Nueva Visión, Buenos Aires, 1995.

ACUÑA, Carlos H., Smulovitz, Catalina, *Ajustando las fuerzas armadas a la democracia: éxitos, fracasos y ambigüedades de las experiencias en el Cono Sur*, en: Jelin, Elizabeth, Hershberg, Eric (coordinadores), ***Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina***, Nueva sociedad. Caracas, 1996.

ANTONELLI, Mirta. *Espacios urbanos: tensiones entre estado y victimizados: Algunos escenarios de (las) Córdoba (s).* Ponencia presentada en Conferencia POSTLASA, Mapping Latino/Latin América, LACASA, Chicago, página web de la University of Illinois at Chicago, setiembre de 1998.

a) *'Tiempos fuera de quicio. El carácter conflictual de la memoria en experiencias postdictatoriales'*. Ponencia presentada al Congreso Latinoamericano de Semiótica, La Coruña, España, setiembre de 1999. Inédita.

b) *'La ciudadanía amenazada. Notas en torno al Estado'*. Ponencia presentada al Encuentro de Fin de Siglo: Latinoamérica. Utopías, realidades y proyectos. Universidad Nacional de Salta, Argentina, noviembre de 1999. Inédita.

c) *'El espacio horaddo o la posibilidad de que algo acontezca'*. Córdoba. ***e.t.c., revista de ensayo, teoría y crítica***, número 10, 2000 . Págs. 19 a 24.

ANSALDI, Waldo. *'Los Derechos Humanos: límites a la arbitrariedad del poder y afirmación de ciudadanía'*. Ponencia presentada al Encuentro de Fin de Siglo: Latinoamérica. Utopías, realidades y proyectos. Universidad Nacional de Salta, Argentina, noviembre de 1999. Inédita.

BACZSKO, Bornislaw. ***Los imaginarios sociales. Memoria y esperanzas colectivas.*** Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

BADIOU, Alain. ***¿Se puede pensar la política?***, Nueva visión. Buenos Aires. 1990.

BENJAMIN, Walter. Para una crítica de la violencia y otros ensayos. ***Iluminaciones II***, Taurus, Madrid, 1991.

BOUSQUET, Jean Pierre. ***Las locas de la Plaza de Mayo***, El cid Editor, Buenos Aires, 1983.

CALVEIRO, Pilar. ***Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina***, Colihue, Buenos Aires, 1998.

DERRIDA, Jacques. ***Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional.*** Trotta editores, Barcelona, 1995.

DERRIDA, Jacques/ STIEGLER, Bernard. ***Ecografías de la televisión***, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

FOUCAULT, Michel. ***Vigilar y castigar***. Siglo XXI, Buenos Aires, 1989.

_____. ***La vida de los hombres infames***, Ediciones La Piqueta, Madrid, 1990.

_____. ***La verdad y las formas jurídicas***, Gedisa, Barcelona. 1991.

GÓMEZ, J.M. *'Eclipse de la memoria, política del olvido: la cuestión de los derechos humanos en una democracia no consolidada'*, en: ***Punto de Vista***, número 36, diciembre, Buenos Aires, 1989.

HIRSCH, Joachim. ***Globalización. Transformación del Estado y democracia***, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1997.

HOPENHAYNE, Martín. ***Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina***, Fondo de Cultura Económica, Chile, 1997.

JELIN, Elizabeth; GINGOLD, Laura; KAUFMAN, Susana; LEIRAS, Marcelo; RABICH DE GALPERIN, Silvia; RUBINICH, Silvia. ***Vida cotidiana y control institucional en la argentina de los '90***. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1996.

JELIN, Elizabeth, Hershberg, Eric (coordinadores), ***Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina***, Nueva sociedad, Caracas, 1996.

LACLAU, Ernesto. ***Emancipación y diferencia***. Ariel, Buenos Aires, 1996.

MARGULIS, Mario. 1996. *'Globalización y cultura'*. En: **Sociedad**, número 9, Facultad de Ciencias Sociales. UBA, Buenos Aires, setiembre, 1996.

MATO, Daniel. ***Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades***, Universidad Nacional de Venezuela, Caracas, 1995.

_____. *"Procesos culturales y transformaciones sociopolíticas en América Latina en tiempos de globalización"*. En: ***América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas***. UNESCO, Caracas, 1996.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

_____. *"Sobre la fetichización de la globalización y las dificultades que plantea para el estudio de las transformaciones contemporáneas"*, en: Tosca Hernández (coord.) *Las Ciencias Económicas y sociales: reflexiones de Fin de Siglo*, CEAP-FACES-UCV, Caracas, 1999 (en prensa).

MOUFFE, Chantal. *Desconstrucción y pragmatismo*. Paidós, Buenos Aires, 1998.

MUMBY, Dennis (comp.) *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1997.

RICOEUR, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Arrecife/UAM ediciones, Madrid, 1999.

SÁBATO, Hilda. *'Historia reciente y memoria colectiva'*, en: *Punto de Vista*, número 49, Buenos aires, agosto, 1994.

SCHMUCLER, Héctor. *'Formas del olvido'*, en *Confines*, año I, número I, abril, La marca/ Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, p.51 a 55. 1995.

TABACHNIK, Silvia. *'Palabras guardadas'*, en: *estafeta 32*, número 0, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Cordoba, 1999.

VEZZETTI, Hugo. *'Variaciones sobre la memoria social'*, en: *Punto de Vista*, número 56, Buenos Aires, diciembre. Págs. 1 a 6, 1996.

YERUSHALMI et alt. *Usos del olvido*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.

Documentos*

* Esta sección fue especialmente preparada por Ana García, Álvaro Montanari, Carlos Perna y Daniela Spósito.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INTRODUCCIÓN
AL DOCUMENTO N°1

Nuestras guerras: nuestra identidad

El documento que presentaremos, pertenece a una serie de textos que aparecen publicados en este número porque creemos que cada uno de ellos constituye un aporte para pensar la noción de guerra en la cultura argentina.

Toda guerra implica necesariamente una declaración, es decir, una puesta en relato para representar procesos significativos que ponen en juego una hegemonía de nominación. Esta puesta en relato posibilita la legitimación por la fuerza ya sea de la hegemonía imperante u otra: *"no hay documento de cultura que no sea documento de barbarie"* dirá Benjamin refiriéndose a estos procesos.

Nos interesara pensar la guerra como proceso que produce y determina la construcción de identidades culturales y no como una serie de acontecimientos mensurables que permitan o den pie a la realización de una cronología de guerras en nuestro país.

Esta lógica nos impide leer la guerra como un mecanismo que se pone en funcionamiento en el proceso de construcción o reafirmación de identidades. En este sentido entendemos la guerra como proceso más que como producto.

No acordamos con ninguna teoría moral de la guerra porque esto implica adscribir a un sistema de valores, a una teoría de los bandos y a una concepción de guerra como acontecimiento que no nos ayuda a pensarla como proceso. Nos referimos entonces, al funcionamiento de una lógica que garantiza en todo conflicto la permanencia de una serie de elementos constitutivos a los cuales se ha denominado *"maquinaria"* de guerra.

Los elementos de esta maquinaria aparecen como significantes vacíos a los que se les atribuye un sentido para poder apropiarse de ellos de acuerdo a las conveniencias y necesidades que requiera cada conflicto.

A partir de la guerra de la independencia, emerge el concepto de Nación Argentina. Esto supone la concepción de una nación moderna de carácter contractual que garantiza la disolución de los conflictos; los cuales sin embargo, permanecen e imponen nuevas relaciones contractuales sobre las que se rediseña el concepto de nación (campaña del desierto; guerra del Paraguay, guerra sucia; guerra de Malvinas, por dar algunos ejemplos).

La noción de territorialidad y los límites geopolíticos de la Nación, son un diseño conceptual del espacio que implican un conjunto de modalizaciones espaciales, vale decir, un adentro y un afuera. A partir de éstas consideraciones, resultará significativo para el lector detenerse en dos aspectos del documento que presentamos:

- Uno, la permanencia del conflicto debido a que: **la guerra aún no ha terminado.**
- Otro, las condiciones de enunciación ya que el reportaje se realiza en el exilio.

Permanecer en el exilio implica, en primera instancia, creer en el conflicto. Esta creencia exige involucrarse y participar, por esto mismo la figura del exiliado se opone a la del desertor y nos permite incorporar una categoría a la que hemos dado en llamar la *ausencia-presente* o la *presencia-ausente*.

Será una ausencia porque hay un desplazamiento espacial, están fuera del territorio nacional. Sin embargo, este mismo hecho les permite reposicionarse en el campo de las relaciones contractuales establecidas, por lo tanto, habrá una intervención diferida. En algunos casos el exiliado funcionará como un referente a partir del que se toman decisiones y se acciona directamente en el conflicto, es decir, dentro del territorio nacional. En otros, la condición de enunciador distante del conflicto le permite proyectar y rediseñar una nueva serie de relaciones contractuales que lo legitiman como estratega.

Vemos entonces, que aunque parezca paradójico se trata de una *ausencia-presente*. La condición de exiliado implica un desplazamiento que le permite constituirse en sujeto de enunciación. Recuperar la voz, romper la proscripción.

En una primera instancia nos propusimos pensar la noción de guerra en la cultura argentina a partir de la publicación de una serie de documentos. La particularidad de este no sólo es que aparece como una declaración de guerra, sino que trata uno de los conflictos que estableció nuevas relaciones contractuales en la cultura argentina del reciente siglo pasado.

A partir de la guerra de la independencia se inaugura una identidad cultural argentina que fue redefiniendose fundamentalmente en cada conflicto. Esta serie de documentos de guerra, nos ayudarán a preguntarnos entonces **qué cultura generan las guerras en nuestro país.**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Conducción política y guerra integral*

Por *Juan Domingo Perón*

Segunda parte:

La formación de los cuadros para la conducción política

Perón: Lo que necesita nuestra juventud es organizarse.En otras palabras, las masas no valen ni por el número ni por la capacidad de sus componentes: valen por la clase de dirigentes que tienen a su frente.

De ahí la importancia de los dirigentes de conducción y de los dirigentes de encuadramiento, Los de conducción se encargan de la conducción estratégica. Y los de encuadramiento de la ejecución de la lucha táctica. Pero todo esto necesita una unidad de concepción y una unidad de acción. La unidad de concepción pertenece al comando estratégico y la unidad de acción pertenece a los comandos de la lucha táctica. Así debe ser, desde un punto de vista ideal, la organización de las fuerzas. Indudablemente que de la clase de conductor que se tenga depende en gran medida el éxito a que debe aspirarse.

Conducir es un arte, como la pintura o como la escultura, que tiene su técnica y que tiene su teoría. Con la teoría y la técnica se puede hacer un buen cuadro como se puede hacer una buena escultura. Indudablemente que sí se quiere hacer una *'cena de Leonardo'* o una *'Pietá'* de Miguel Angel sería necesario Leonardo o Miguel Angel, porque la teoría y la técnica es la parte inerte del arte, la parte vital es el artista. De manera que siendo la conducción un arte es necesario preparar a un artista, dándole una técnica y dándole una teoría. La conducción política obedece a las mismas leyes que las demás artes, como consecuencia de que es también un arte. El conductor –y esto lo digo yo con gran conocimiento de causa, porque yo políticamente soy un aficionado– mi profesión es la de conductor que eso es lo que he hecho y estudiado y trabajado toda mi vida. Naturalmente que dominando el arte de la conducción es más fácil conducir que ignorándolo.

Conducir no es mandar. conducir es persuadir.

* *Cuadernos de Jotapé N° 3* en: *Revista Jotapé N° 12*, Bs. As., agosto 1988

Ahora, el resto depende del *"óleo sagrado de Samuel"* que hayamos recibido como artistas al nacer. Conducir, no es como muchos creen, mandar. Conducir es distinto a mandar. Mandar es obligar; conducir es persuadir, y al hombre siempre es mejor persuadirlo que obligarlo.

En la conducción política ésta es una regla que no se puede romper en ningún caso. Ahora, en la conducción política hay una serie de principios que conforman, diremos así, la teoría de la conducción, de la economía de fuerzas, la sorpresa, la continuidad del esfuerzo, en fin, un sinnúmero de principios que se realizan todos sobre un núcleo central que es el principio de la economía de fuerza que dice que no se debe ser fuerte en todas partes para vencer políticamente: es suficiente ser más fuerte en el momento y en el lugar donde se produce la decisión. Todos los demás principios obedecen a ese, diremos, principio nuclear; sirven a ese principio todos los demás. Porque en esto parece que –como la organización de todas las cosas– es nuclear. Es nuclear la organización del microcosmos y es también nuclear la del macrocosmos.

El estudio y la práctica

Bueno, en esto hay una similitud, la técnica de la conducción, bueno, la técnica tiene unas variantes tremendas que se adquieren mediante el estudio, pero también mediante la práctica. Un ejemplo suele aclararlo todo, como decía Napoleón. Por ejemplo, yo en la conducción, la técnica que he empleado siempre ha sido simple. Jamás en la conducción política hay que obligar a nadie. Hay que persuadir a todo el que se pueda para que hagan las cosas sin forzar los acontecimientos; es decir, cuando yo quería que se hiciera una cosa, ya me ocupaba de que un tercero lo tomara y me viniera a consultar a mí: *"¿Se puede hacer esto?"*. Muy bien: la idea era inicialmente mía, pero claro, en esto satisfacía muchos deseos, muchas ambiciones. Siempre he pensado en este tipo de técnica de la conducción. Yo digo siempre que si Dios bajara todos los días a la Tierra a resolver el problema planteado entre los hombres, ya le habríamos perdido el respeto. Y no habría faltado un tonto que quisiera reemplazarlo a Dios, porque el hombre es así. Entonces hay que copiar en esto a la Naturaleza, que es en la Naturaleza donde está inspirada esta técnica. Lo demás, bueno, los demás procedimientos son similares a esto. En política no hay nada directo, no hay nada violento, no hay nada que llegue a forzar la voluntad de los hombres, sino a promover esa voluntad, concebirla y lanzarla. El conductor político es un hombre que hace por reflejo lo que el pueblo quiere. Él recibe la inspiración del Pueblo, él la ejecuta y entonces pueden tener la absoluta seguridad que lo va a realizar mejor porque los pueblos difícilmente se equivocan.

Para conducir un Pueblo la primera condición es que uno haya salido del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pueblo, que sienta y piense como el Pueblo. Quien se dedica a la conducción debe ser profundamente humanista. El conductor siempre trabaja para los demás. Jamás para él. Hay que vivir junto a la masa, sentir sus emociones y entonces recién se podrá unir lo técnico a lo real: lo ideal a lo empírico.

Bien, la conducción política tiene un sinnúmero de características que llevan a comprenderla. La política no se aprende, la política se comprende, y solamente comprendiéndola es como es posible realizarla racionalmente. Decía el mariscal de Sajonia que él tenía una mula que le había acompañado en más de diez campañas, pero decía también: *"La pobre mula no sabe todavía nada de estrategia"*. Lo peor es que él pensaba que muchos de los generales que también lo habían acompañado sabían lo mismo; hay hombres que toda su vida han hecho política, pero nunca la han comprendido. El éxito será siempre para este que la haya comprendido, no para el otro que pretendió aprenderla. Porque la política es una sucesión de hechos concretos, en cada uno de los cuales las circunstancias varían diametralmente, hay cosas que son semejantes y que pueden dar inspiración, pero igual no hay nada.

En política nada hay igual

De manera que la experiencia está en comprender la política para ser más sabio en todas las ocasiones y no pretender aprenderla porque sabemos que la sucesión de hechos concretos y diferentes, no dan enseñanza para ninguna ejecución política. Es decir, la juventud debe saber, que para poder conducir han de prepararse en esto. La conducción por *amateur* no puede ser proficua en éxito. Es necesario dominar este arte. El que quiera ser dirigente y no domine el arte de la conducción, y bueno, no va a llegar nunca lejos. Por eso es difícil encontrar hombres que sean capaces en la conducción, porque esto no se aprende de otra manera que sometiéndose a una disciplina científica, que dé los grandes conocimientos necesarios para abarcar el panorama, con una sensibilidad que es indispensable y una imaginación sin la cual no vale nada ver las cosas. Entonces con sensibilidad o imaginación, ver, base para apreciar, apreciar, base para resolver; y resolver: base para actuar.

El deber de vencer es indispensable en la conducción. Aquel conductor que no sienta el deber de vencer, difícilmente va a vencer en cualquier acción. El que quiere conducir con éxito tiene que exponerse. El que quiera éxitos mediocres, que no se exponga nunca; y si no quiere cometer ningún error lo mejor es que nunca haga nada.

Conducción estratégica y conducción táctica

Pregunta: ¿Cuál es la misión de la conducción estratégica y cuál la de la conducción táctica y cómo se articulan, General?

Perón: Bueno, eso es muy claro. Lo estratégico, toma el conjunto de las operaciones. Yo en este momento soy el conductor estratégico; tengo cuatro misiones: mantener la unidad del Movimiento; mantener la unidad de doctrina; encargarme de las relaciones internacionales y revisar las grandes decisiones tácticas, que puedan tener influencia en la situación de conjunto. El comando estratégico maneja el conjunto, sin detallar. La conducción táctica maneja la lucha en el teatro de operaciones.

Por eso yo puedo ser el conductor estratégico a 15.000 kilómetros; no podría ser e! conductor táctico. El conductor táctico es el Consejo Superior que está allá, dirigiendo el conjunto de las operaciones de la lucha en el propio terreno de operaciones y él debe estar conectado con todas las fuerzas que accionan en cualquiera de los lugares y en cualquiera de las formas que esta acción táctica se realiza. Táctica es la lucha directa. Estrategia es la conducción de conjunto.

Pregunta: ¿La lucha electoral es táctica o estratégica?

Perón: Bueno, la lucha electoral es táctica. Ahora la orientación de eso lo da la estrategia. No se puede decir cuándo termina la estrategia y cuándo termina la táctica, están ensambladas una contra otra y muchas veces, si no hay tiempo, y es necesario, la conducción táctica toma una medida estratégica y la consulta después con el Comando. Actúa a través de las directivas que él recibe del Comando Estratégico. Pero él actúa, él es el ejecutor de las decisiones estratégicas, el ejecutor en el teatro de operaciones donde no está el conductor estratégico,

Pregunta: Al mismo tiempo hay varios encuadramientos tácticos, digamos...

Perón: ¡Ah, sí! hay varios. Puede haber un comando general para manejar todo cuanto es posible, pero si no es posible eso, hay varios comandos tácticos que actúan por cuerdas separadas. ¿Por qué? Por ejemplo, en la situación nuestra, en la lucha táctica que hemos sostenido: lo que pasa en Córdoba debe ser manejado por un conductor de Córdoba, porque no se puede manejar a 400 ó 500 kilómetros. La lucha táctica hay que manejarla encima. En Tucumán, bueno, ellos tienen una misión, están realizando su misión táctica. Táctica es la lucha directa; estrategia es la conducción de conjunto.

La persecución del enemigo con todos los medios y todas las fuerzas y todas las acciones de lucha

Es indudable que la articulación, tanto del dispositivo estratégico como del dispositivo táctico para la lucha, trae, en algunos sectores, un cierto grado de confusión, porque no todos pueden comprender ni conocer lo que se está realizando a su lado, lo que indica que cuando uno está en una lucha de esa naturaleza, y está conduciendo una lucha de conjunto, cada uno debe

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mirar al frente, no mirar al costado; el compañero está también en una tarea y en una acción. ¿Cuáles son las fuerzas que en este momento, por ejemplo, están en acción? Hay fuerzas sociales, fuerzas económicas y fuerzas políticas, cada una de ellas tiene una misión, están coordinadas y están conducidas, Eso es lo que da el dispositivo. El dispositivo aquí no es esquemático, los dispositivos políticos son de acuerdo a las circunstancias, como surgen las articulaciones,

La sabiduría está en poderlas encaminar coordinadamente hacia un objetivo y una acción común. Es lo que se está haciendo actualmente en la conducción de nuestro movimiento.

Los tres empeños de lucha

Indudablemente que en este momento, dentro del panorama nacional frente a la dictadura, hay tres acciones: una es la guerra revolucionaria, otra es una insurrección que parece proliferar en el ejécito, con los generales y todas esas cosas, y la otra es la línea pacífica de la normalización institucional. Son las tres acciones que se están realizando.

La guerra revolucionaria

Indudablemente, la guerra revolucionaria es una guerra larga, sumamente larga y muy cruenta, donde el sacrificio de los hombres es una cosa penosa y prolongada. Y quizás ése sea un camino si no hay otro camino.

El golpe de estado

Esa insurrección militar que se pretende realizar no ofrece al pueblo las garantías necesarias, ¿por qué? Porque esta es una dictadura, pero lo que los militares quieren después de una insurrección es hacer otra dictadura. Quizá sea peor que ésta, porque ésta es una dictadura vencida, y... puede venir una vencedora, y ésa es más peligrosa, sobre todo por el tiempo.

La vía electoral

Quizás el camino mejor fuera la normalización institucional. ¿Por qué?, y, es la que se puede alcanzar en menos tiempo. Ahora, tiene un inconveniente: la mala intención. E indudablemente se pretende hacer una trampa como nos han venido haciendo en los dieciséis años de guerra que llevamos, porque piensen que estos son dieciséis años de guerra de los cuales hemos ganado nosotros cinco o seis batallas, la última ganada es posiblemente la decisiva. Este enemigo se siente vencido y comienza a retirarse. Nosotros ¿qué tenemos que hacer frente a un enemigo que se retira? ¡perseguirlo! No dejarle levantar cabeza. Es lo que hacemos en esta conducción.

El enemigo se defiende

Pero siempre que un enemigo se siente vencido busca la negociación, busca la mesa de negociaciones, y vean ustedes lo que está pasando en Vietnam; que es un ejemplo de la guerra regular, la guerra internacional. Muy bien, estos señores, están matándose allá en Vietnam todos los días, sin embargo, en París ya están en ciento veinte reuniones de la conferencia de paz; es decir, se va a negociar, y en la negociación cada uno quiere sacar ventaja, y algunos, como nos pasa a nosotros, en nuestra guerra, quieren hacer trampa. Pero para que se pueda hacer trampa en una mesa negociadora tiene que haber un tramposo, pero tiene que haber un tonto que le haga el juego, ¿no?... El secreto está en que ese tonto no exista, y sabiendo... Nosotros tenemos una larga experiencia ¿qué ha venido pasando en el país durante dieciséis años? Cada vez que han hecho una acción nos han querido meter la mula, digan que nosotros no los hemos dejado y seguimos en la lucha. Bueno, pero ahora, esto puede ser un intento más, pero ya tenemos esa experiencia. Los hombres que están negociando ahora del otro lado –enfrente mío– son los mismos que antes nos hicieron trampa. Le hicieron trampa al Pueblo no a nosotros...

Los mismos gorilas con distintos 'modales'

...con los gobiernos seudoconstitucionales y las dictaduras que le sucedieron pero ¿qué es lo que ocurrió? El país estaba en una economía de abundancia, ellos llegaron y lo condujeron a una economía de miseria.Ahora, nosotros si llegamos, tenemos que volver a una economía de abundancia y eso es lo que pondrá en evidencia las consecuencias de esta lucha. Ahora, indudablemente, que frente a este cuadro nosotros tenemos que seguir la persecución. Es decir, en nuestros dispositivos políticos de superficie...

Dispositivo táctico

...hay un sector que está en la mesa de negociaciones, donde no debe haber un tonto, empecemos por ahí, otro sector está en la acción política, persiguiendo, diremos incruentamente a ese enemigo, con medidas, con acciones, ¿Si nosotros no hubiéramos hecho **La hora del pueblo**, qué ocurriría? Que los partidos políticos podrían hacer causa común con la dictadura, y sería un sector de debilidad para nosotros. El otro sector es **El Encuentro de los Argentinos**, que ése está firme luchando, etcétera. Y bien, éste lucha en su terreno, como ese otro lucha aquí, en la mesa de negociaciones, los dos están luchando.

Dispositivo estratégico

Hay sectores activistas que hacen la guerra revolucionaria: ésos están luchando a su manera. Pero todos están luchando por un mismo objetivo. Ahora, eso en el orden político, en el orden económico ¡también!, existen en el orden económico enfrentadas dos grandes fuerzas: una, la Confederación General Económica, que está con la causa nuestra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La lucha en el campo económico

Frente a eso está la Unión Industrial Argentina, que no es ni unión, ni es industrial, ni es argentina. Porque entre ellos andan a las patadas, no solamente son industriales. sino que hay de todo allá adentro... y además, no es argentina, porque son todos los gerentes de las compañías extranjeras que han tomado a nuestro país. Entonces, esas fuerzas también juegan. Por otro lado está la Confederación General del Trabajo, que es la fuerza social, que es la fuerza de toda la organización sindical, ellos también están haciendo su lucha en su faja. Ahora, por ejemplo, allí, dentro de eso hay algunos que defeccionan... Hay otros, en cambio, que son firmes: la lucha que se está librando dentro del organismo, es la misma lucha que libramos nosotros en todos los terrenos, no es que allí haya una cosa diferente, ¡no!, es lo mismo. Hay algunos que defeccionan por los intereses porque creen que pierden su predicamento si no se hacen las cosas como ellos dicen: algunos por convicción, otros por... pero, lo que interesa es que toda acción de conjunto se realice bajo una conducción...

La coordinación de fuerzas y acciones

...esa es la parte estrategia. Claro que los que están en un sector hablan mal de los del otro sector, porque creen que no luchan. ¡Sí, luchan!, luchan por sus medios, no se puede pedir que todos hagan la guerra revolucionaria, ¿no? Pero todos están luchando. En la reunión que hemos tenido aquí, hemos consultado, todo el mundo está luchando.

La lucha por todos los medios

Por eso es que la situación allá no da para más. ¿Qué buscamos con esto?, y, que se haga y que se llegue a una solución, de cualquier manera; y si podemos, llegar por la normalización institucional, si ésta llega a corto plazo.

Pregunta: ¿Sería una victoria táctica, General, ésa o no?

Perón: ¡Natural! ¡Es una victoria táctica! Que se gana allí, o se gana en la mesa de negociaciones, igual, si se saca ventaja.

La trampa de las elecciones sin Perón

Ahora, el secreto está en no dejar triunfar la mala intención y que nos hagan una nueva trampa; sí, que le hagan una mala trampa al pueblo...

Pregunta: Se han hecho muchas ya, ¿no?

Perón: ¡Ya se han hecho muchas!, pero tenemos mucha experiencia, así que es difícil, si ellos no entran por eso. Nosotros tenemos que seguir luchando. ¿Cómo?, con todos los medios. ¿Por qué? Y, si no podemos a corto plazo, será a largo plazo con la guerra revolucionaria.

Pregunta: ¿Qué es el reaseguro?...

El reaseguro estratégico

Perón: Es claro; ellos no pueden aguantar mucho tiempo, de manera que tienen que acortar el tiempo. Por eso hablan de volver las Fuerzas Armadas, salvando, diremos así, su prestigio, ya muy disminuido, por otra parte, frente a todas las macanas que han hecho. Entonces indudablemente que para ellos ya es como en Estados Unidos, quieren salvarse, salvar la ropa, por lo menos en la acción que están realizando allí se quieren retirar, pero con honor. Bueno, déjemoles el honor, con tal de que se retiren. Pero el hecho es que tienen que retirarse.

De la resistencia a la ofensiva

Porque piensen que éstos son 16 años de guerra en la cual hemos ganado nosotros 5 ó 6 batallas, la última ganada es, posiblemente, la más decisiva. Éste enemigo se siente vencido y comienza a retirarse. Nosotros, ¿qué tenemos que hacer frente a un enemigo que se retira? Perseguirle, no dejarle levantar cabeza.

Perseguir al enemigo

Es lo que hacemos en esta conducción. Movilización y organización para una lucha activa y una lucha política.

Pregunta: General, usted dice que el enemigo se retira, pero también es cierto que el enemigo no está dispuesto a perder el poder ni las armas...

El enemigo detenta el poder militar

...así como que sus intenciones políticas se evidencian tramposas.... Siendo así, ¿cómo deben prepararse las organizaciones y bases del Movimiento para imponer la voluntad soberana del pueblo?... o sea... ¿qué indicaciones puede usted darles para evitar otro 18 de marzo de 1962?...

Hay que evitar otro 18 de marzo de 1862

Perón: Bueno, en el campo de la conducción estratégica, las resoluciones no son discrecionales, sino que corresponden a etapas de la conducción... En este momento se ha anunciado que va a haber elecciones y la promesa de elecciones es en el menor plazo posible, sin discriminaciones, sin proscripciones y sin limitaciones.

Elecciones con Perón

Muy bien, nosotros hemos aceptado eso y hemos tomado la resolución de ver si estos señores efectivamente van a llamar a elecciones. El plazo para nosotros es el año 1972, por nuestras exigencias, siendo eso posible desde todo punto de vista, pensamos que si en el año 1972 no se ha llamado a elecciones es porque hay una mala intención de no cumplir las promesas que se han hecho al pueblo. Muy bien, en esas condiciones, para el que hace la conducción estratégica se presentan dos límites: este momento en que nosotros hemos aceptado eso como cier-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

to y el momento en que eso se realice o se compruebe que no se va a realizar. Hay, entonces, un interregno entre este momento y ése. Hemos tomado esta resolución, no podemos tomar otra resolución, hasta eso que no se haya aclarado definitivamente, como que se llame a elecciones entonces habrá llegado el momento de tomar una resolución estratégica; es decir, aceptar el hecho e ir a las elecciones controlando de que sean elecciones serias, limpias y que se entregue el gobieno al que gane. Si comprobamos que no se llama a elecciones, la resolución será otra, será empeñar la lucha con todas las fuerzas a fin de llegar a esas elecciones. O, de lo contrario, forzar la situación para que las soluciones vengan por una línea cruenta que no deseamos nosotros, pero que estaríamos obligados a tomar de acuerdo con las circunstancias. Ese interregno, la conducción estratégica, va a utilizarlo para el reordenamiento de todo el dispositivo de lucha, es decir, tanto los grupos de activistas como el **Encuentro de los Argentinos**, como **La Hora del Pueblo**, como las organizaciones sindicales, como las organizaciones empresariales, de todo nuestro dispositivo. Tienen sus pequeños problemas internos, y enfrentamientos, en fin, divergencias, entre unos y otros dirigentes. Es tarea de la conducción estratégica...

Unirse y organizarse

...llamar a toda esa gente, ponerla de acuerdo, e ir dando un estado de unidad, desolidaridad y de organización; cohesionando a todo el dispositivo de lucha, que no sabemos cómo lo vamos a emplear en esa nueva resolución y en consecuencia debemos prever las dos circunstancias: que se llame a elecciones, para lo cual precisamos una perfecta organización o la mejor organización política posible; que no se llame a elecciones: la mejor organización de lucha. Pero como una cosa no está reñida con la otra, podemos simultáneamente prepararnos para una lucha activa, que puede desprenderse en el caso de que no se llame a elecciones o de una lucha política en el caso de que se llame a elecciones, para lo cual también debemos estar preparados. Yo creo que ese espacio es el que yo estoy aprovechando actualmente.

Pregunta: ¿Ganar tiempo, digamos? ¿Hay que prepararse para lo mejor y para la peor?

Prepararse contra el odio gorila prevenirse contra la violencia y el odio gorila

Perón: Exacto, pero organizar las fuerzas para eso. Si tenemos este espacio de tiempo a disposición utilicémoslo en eso, porque no lo podemos utilizar sino en la persecución que estamos realizando, pero esa persecución no es obstáculo para que nosotros reorganicemos nuestro dispositivo y pongamos nuestras fuerzas en las mejores condiciones de responder a cualquiera de las dos situaciones que puedan presentarse.

Pregunta: Es decir, ¿desarrollar al máximo la movilización y la organización de todos los encuadramientos y las bases?

Perón: Exacto, es en lo que estamos. No solamente el reclutamiento de todo eso y la movilización de todo eso, sino también el ordenamiento, la organización, es decir, que tengamos un dispositivo ágil para cualquiera de las situaciones que se vayan a presentar... y ademas de ágil, organizado y perfectamente cohesionado.

Movilizar activamente a las bases

En este sentido es que se ha hablado con todos los dirigentes del campo político, del campo sindical, del campo activista, en fin, y se van coordinando por, digamos así, contactos a alto nivel, porque coordinar no es la tarea de la conducción estratégica sino es la tarea de la conducción táctica. Eso hay que realizarlo allá, desde acá no se puede realizar esto. Yo hago la parte que me corresponde, los demás harán lo que les corresponda a ellos allá, con todas las dificultades que naturalmente hay en estos casos, pero que son las dificultades que se salvan fácilmente.

En las circunstancias actuales es preciso que todo el movimiento se movilice y se incorpore a la acción. La conducta es bien simple y el deber bien claro: que cada peronista en todo momento y en todo lugar haga más de lo preciso por la liberación de la Patria y de su Pueblo.

Los peronistas han de hacerse la idea de que son ellos y solamente ellos los que han de poner el esfuerzo y si es preciso el sacrificio. La peor de todas las actitudes es permanecer inactivo cuando el destino del país está en juego.

Organizarse activamente seguir la persecución organizar las fuerzas para eso

Si tenemos este espacio de tiempo a disposición, utilicémoslo en eso, porque no lo podemos utilizar sino en la persecución que estamos realizando. Pero esa persecución no es obstáculo para que nosotros reorganicemos nuestro dispositivo y pongamos nuestras fuerzas en las mejores condiciones de responder a cualquiera de las dos situaciones que pueden presentarse.

La guerra revolucionaria o guerra de guerrillas

Se ha hablado mucho de la guerra revolucionaria. Bien, algunos creen que esto es una cosa nueva. La guerra revolucionaria en sus formas, diremos, autóctonas en cada lugar que se realiza, puede tener sus características originales. Pero la guerra revolucionaria es una guerra de guerrillas, se realice en el campo o se realice en las ciudades; es decir, puede ser guerra de guerrilla urbana y guerra de guerrilla rural, según las características de cada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

región donde se la realice. Pero esto no es cosa nueva, nosotros los profesionales sabemos bien que, probablemente, haya sido la primera forma de guerra que ha existido. La guerra de guerrillas –que en el fondo no es otra clase que la guerra revolucionaria– que hoy practican las fuerzas de liberación de los países, porque el problema de casi todos los países del mundo, en estos momentos, es un problema de liberación.

Guerra de desgaste

Bien, hay un principio en el arte de la guerra que establece que cuando se tienen las fuerzas suficientes uno las reúne y las lleva a una batalla decisiva y en esa batalla decisiva juega la suerte de su decisión... pero cuando no se tiene esa fuerza suficiente para vencer en una batalla decisiva, se divide esta gran batalla, que se podría librar en conjunto, en miles de pequeños combates, donde venciendo en cada uno de ellos por las circunstancias especiales que ayudan a esta acción, es en cierta medida y a lo largo del tiempo, como si se diera una batalla decisiva, sumando todos estos éxitos tácticos. Por eso la guerra decisiva es cuando se va a una batalla, la otra es una guerra de desgaste. Al enemigo muy fuerte uno lo va desgastando por partes; eso obedece a un viejo pensamiento de Confucio. Confucio decía que una hormiga no puede matar a un elefante, pero sí se lo puede comer, es decir, es ir sumando esfuerzos, hasta ir desgastando y devorando, diremos así, la fuerza que se tiene enfrente. Esto es normalmente en los conflictos entre la fuerza y la opinión. La opinión tiene mucha fuerza pero como opinión no tiene una fuerza activa para una lucha violenta, entonces esa fuerza de la opinión se va descomponiendo hasta formar las guerrillas. Esto es, la guerra revolucionaria, tal cual se la practica hoy en casi todos los países latinomaericanos, que tampoco es porque sólo sea Dios grande y misericordioso sino que esto es una cosa preparada, organizada, armonizada y coordinada, ¿por qué? Porque el problema es común, entonces la lucha también tiene que ser, en realidad, común... ¿En qué consiste la guerra revolucionaria? En toda acción de guerra, los medios que se emplean son: uno, la potencia, porque la potencia lo ata a los elementos de lucha, en cambio el que no tiene la potencia no tiene otro remedio que multiplicar su acción por la movilidad.

Golpear donde duele y cuando duele

La guerra revolucionaria, en consecuencia, se trata de una guerra de movilidad: donde está la fuerza, nada, donde la fuerza no está, todo, pegando cuando duele y donde duele... ése ha de ser, digamos así, el slogan de la guerra revolucionaria. Ahora, indudablemente, que para que esto pueda realizarse con éxito, porque el que tiene la fuerza, el que tiene la potencia, diremos así, va a seguir persiguiendo a esa acción de guerrillas y a la larga lo

va a acorralar en alguna parte hasta poder aniquilarlo. El secreto está en poder liberarse de ese peligro, para lo cual hay que tener una zona, diremos, que sea inmune a toda la acción de las fuerzas. Eso, por ejemplo, se puede producir por acción territorial, es decir, cuando se hace la guerrilla rural, la montaña, el bosque, donde es posible colocarse detrás de un obstáculo que no pueda ser fácilmente vencido por el otro se puede obtener zonas inmunes a la acción de la fuerza. Y la lucha de guerrillas urbanas: primero la sorpresa, es el factor fundamental, para realizarse en la acción. Y, después, los medios de movilidad para desaparecer inmediatamente de producido el golpe. Si se golpea allí donde duele y cuando duele y, después, cuando concurre la fuerza que ha de reprimir, desaparecer; es decir, la sorpresa y la movilidad, ahí están los dos factores fundamentales...

Sorpresa y movilidad

...de ese tipo de guerra que se desarrolla dentro de las zonas urbanas. Ahora naturalmente que esto presupone que no puede ser una cosa improvisada. En la guerra no hay nada que pueda ser improvisado. La guerra hay que estudiarla bien, prepararla bien y realizarla bien. Cada uno de los grupos que actúan en esto, deben ser grupos que ejerciten estas acciones; se llaman acciones de comando en la guerra regular y éstas se preparan minuciosamente, se elige un terreno igual que donde se va a actuar y se ejercita coordinando las acciones; se hace dos, tres, cuatro, cinco veces.., cuando cada elemento, como un reloj, está en lo que debe realizar, entonces se larga la operación en el terreno real. Esto tiene probabilidades de éxito, es decir, no se improvisa nada. Diremos... una acción de éstas se concibe, se prepara, se ejercita y después recién se realiza. Es decir, el éxito depende de toda la acción, de toda esa preparación y de toda esa organización. El éxito a nadie le sale al paso, no es obra de la casualidad. El éxito es obra de la previsión, de la organización y de la realización. Cada una de estas acciones es una pequeña batalla que se libra y si no se ha omitido nada y si se ha asegurado bien toda la acción que se va a realizar...

Extremar las medidas de seguridad

...no puede fallar. Esto se hace en la guerra regular, se hace frente a unidades en un golpe de audacia. En la noche le copan el comando y desaparece el comando. En una acción de éstas, entran en un campamento, ya con todo estudiado y conocido perfectamente, se liquida todo el comando y le dejan una unidad sin cabeza. Bueno, esto no es nada más que eso aplicado a esta guerra revolucionaria que se está realizando en todas partes, como digo, no allá solamente... en todas partes...; yo leo los diarios... dan todos los días las noticias de acciones realizadas de esta manera. Algunas fallan. Cuando fallan es por falta de preparación o por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una mala concepción o por una falta de organización. Pero si no esto no puede fallar. No puede fallar, ¿por qué? Porque usted pega donde nadie lo está esperando; en consecuencia, usted va preparando hasta los dientes, y armando hasta los dientes, y los otros no. Entonces no puede fallar si se hace bien y, como decimos, esta guerra de guerrillas es hija de esas acciones. Si se realizan 20, 30, 50, 100, bueno, eso equivale a una gran batalla que se da diluída, diluída en muchas partes. Esto es la guerra revolucionaria como se le ha llamado ahora. Se la llama guerra revolucionaria, ¿por qué? Porque se está haciendo una guerra de guerrillas para una liberación de los países y para una liberación de los pueblos. Entonces, es revolucionaria. Pero, esto mismo, es la misma técnica que se emplea en la guerra. Aquí no hay nada nuevo. Cuando la guerra mundial ocurrió lo mismo. Cuando los alemanes avanzaron hacia Rusia y llegaron hasta Moscú y ocuparon toda esa zona de ahí...

Miles de pequeños combates

... a la retaguardia de ellos se armó la guerra de guerrillas... Y, como decimos, esta guerra de guerrillas es hija de esas acciones. Si se realizan 20, 30, 50, 100, bueno, eso equivale a una gran batalla que se da diluída, diluída en muchas partes...

Una acción bien preparada no puede fallar

...diremos, una acción de ésta, se concibe. El éxito no le sale al paso por suerte ni por casualidad. Esto es, se concibe, se prepara, se ejercita y después, recién, se realiza. Es decir, el éxito depende de toda esa acción, de toda esa preparación y de toda esa organización. El éxito a nadie le sale al paso, no es obra de la casualidad. El éxito es obra de la previsión, de la organización y de la realización. Esta es la guerra revolucionaria como se la ha llamado ahora...

Organizar la opinión en fuerza activa

...esto es normalmente en los conflictos entre la fuerza y la opinión. La opinión tiene mucha fuerza, pero, como opinión, no tiene una fuerza activa para una lucha violenta. Entonces, esa fuerza de la opinión se va descomponiendo hasta formar las guerrillas, esto es la guerra revolucionaria tal cual se la practica hoy en casi todos los países latinoamericanos...

Esta es la vieja guerra de la patria y del pueblo

...que tampoco es porque sale de Dios grande y misericordioso, sino que ésta es una cosa...

La guerrilla de la independencia y la guerrilla montonera

...preparada, organizada y armonizada. ¿Por qué? Porque el problema es común...

La heroica resistencia peronista

...entonces la lucha tiene que ser, en realidad, tiene que ser común...

La guerrilla de las organizaciones armadas peronistas

...se la llama la guerra revolucionaria, ¿por qué? Porque se está haciendo una guerra de guerrillas para una liberación de los países y para una liberación de los pueblos. Entonces es revolucionaria...

Guerra integral. La guerra por todos los medios, en todo momento y en todo lugar

Pregunta: General, sería interesante, y dado que usted nos ha hablado de la guerra revolucionaria, que nos aclarara si se trata de una guerra integral o si es aquel concepto que también ha expresado, de *"nación en armas"*.

Perón: Bien, cuando se habla de nación en armas se está hablando de la guerra internacional, es decir, de situaciones estratégicas que enfrentan a dos naciones, que se movilizan total y absolutamente para enfrentar a esa situación de guerra. De manera que dentro del concepto convencional de la guerra, esa lucha se refiere a la lucha internacional. No se puede aplicar eso porque un pueblo se levante, que se levante en una guerra interna, eso no puede ser una nación en armas, porque al decir **nación en armas** uno está indicando el concepto de nación y aquí no es el concepto de nación, es el concepto de pueblo. En cambio, la guerra revolucionaria que realiza un pueblo en la situación en que nosotros estamos, bueno, puede llamarse guerra integral. Guerra integral, porque se hace por todos los medios, en todo momento y en todo lugar. Es decir, cada uno de los que forman esa fuerza popular que está en lucha, desde la mañana a la noche, él hace en cada lugar y en cada momento su acción de guerra, su lucha. Es decir, buscando dañar siempre al enemigo, cualquiera sea la situación en que él se encuentre. Esto da lugar a que se empleen todos los sistemas y métodos para realizar esa lucha, Por eso puede ser una guerra integral, pero, claro, no en el concepto convencional de la nación en armas, que es una cuestión que se refiere a la guerra internacional.

Pregunta: Es decir, ¿es la valorización política y militar de todas las acciones?

Perón: Exacto, exacto, pero dentro del marco reducido de la lucha popular.

16 años de guerra popular

Pregunta: Claro, aunque también dada la situación estratégica de la Argentina y de que el Gobierno que detenta el poder responde a intereses imperialis-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tas, es también una lucha nacional contra un enemigo externo...

Perón: Sí, bueno, pero se realiza en un terreno totalmente distinto, en un ámbito también distinto y con fuerzas también distintas. Es decir, no se le puede aplicar, sino por extensión, quizás, el concepto de guerra integral: pero realmente el problema no responde a la calificación de lo que convencionalmente se llama la **Nación en armas**. Es una lucha, naturalmente, todas las luchas representan lo mismo: son voluntades contrapuestas que emplean los medios a su alcance para imponer su propia voluntad. Para imponer la voluntad de acuerdo a los cánones, diremos así, de la guerra misma, de la lucha, hay que desarmar al enemigo y tenerlo a distinta posición para que él haga lo que nosotros queremos: ésa es la única manera de llegar a una decisión. Para eso, se emplean la lucha activa y todos los demás medios de lucha: desde la acción insidiosa de todos los días, hasta el enfrentamiento activo cuando no hay más remedio, y eso es lo que caracteriza a este tipo de lucha popular. Nosotros estamos en lucha hace 16 años y hemos empleado todos los medios, desde, cuando hemos podido, la lucha incruenta por medios habilidosos, etc.; hasta cuando hemos tenido enfrente a la violencia, también hemos empleado, a menudo, la violencia...

Pregunta: Como usted decía, General, han sido los gorilas quienes iniciaron la lucha cruenta en la Argentina...

Perón: Es claro...

Pregunta: ¿Con el bombardeo de Plaza de Mayo, el 16 de Junio...?

Perón: Sí... y después por todos los métodos represivos que han empleado contra el pueblo. Esto, indudablemente, no son acciones, diremos así, incruentas, son acciones cruentas, matan gente, emplean la violencia en todas sus formas, y la violencia no se puede vencer sino con otra violencia mayor, y en la lucha, los bandos contrapuestos, tratan de emplear la violencia cuando los otros medios son ineficaces...

16 años de guerra integral

En cambio, la guerra revolucionaria que realiza un pueblo, en la situación en que nosotros estamos, puede llamarse guerra integral. Guerra integral porque se hace por todos los medios, en todo momento y en todo lugar, es decir, cada uno de los que forman esa fuerza popular, que está en lucha, de la mañana a la noche, hace en cada lugar y en cada momento, su acción de guerra, su lucha...

Todas las acciones son útiles y necesarias cuando se las valora y se las coordina política y militarmente

Es decir... buscando dañar siempre al enemigo en cualquiera sea la situación en que él se encuentre. Esto da lugar a que se empleen todos los sistemas y métodos para realizar esa lucha.

Para vencer hay que desarmar al enemigo

...Para imponer la voluntad de acuerdo a los cánones, diremos así, de la guerra misma, de la lucha, hay que desarmar al enemigo y tenerlo a disposición para que él haga lo que nosotros queremos. Esa es la única manera de llegar a una decisión. Para eso se emplean la lucha activa y todos los demás medios de lucha, desde la acción insidiosa de todos los días hasta el enfrentamiento activo cuando no hay más remedio y eso es lo que caracteriza a este tipo de lucha popular.

Lucha política y lucha popular; lucha ideológica y lucha militar

...nosotros estamos en lucha hace 16 años y hemos empleado todos los medios, desde (cuando hemos podido) la lucha incruenta, por medios habilidosos, etc., hasta cuando hemos tenido enfrente la violencia, también hemos empleado a menudo la violencia...

Luchamos por el gobierno y por el poder, construyamos nuestro poder de decisión.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INTRODUCCIÓN A LOS DOCUMENTOS N° 2, N° 3 Y N° 4

Malvinas

"Hoy Mario Benjamín Menéndez es general y está en otro frente, en otra batalla. Ahora, como dicen los militares, frente a una guerra más convencional pero tan o más difícil que aquélla (...) Ahora, que el clima de tensión crece, sé que ese hombre seguirá hablando serenamente y seguro del triunfo de sus hombres" (Agustín Bottinelli, revista Gente, 29 de abril de 1982).

Malvinas. Una metáfora más de lo que la Argentina **necesita** para ser una Nación verdaderamente soberana. Cada época ha traído consigo un significante reemplazable, constitutivo de la amenaza de terror permanente que pareciera ser la garantía del orden social. Así, el exterminio del indio, la expulsión del inmigrante, la desaparición de los opositores del proyecto de un país para pocos, fueron diferentes maneras de nombrar lo mismo: la construcción de un nosotros a partir de la eliminación sistemática del otro a través de un discurso bélico. Pero Malvinas tiene una especificidad que la legitima como más eficiente que sus compañeras en el rubro guerras: la disputa por las islas surge como una contienda convencional, capaz de acaparar consenso entre las diferencias y desigualdades sociales. Fetiche ideal para un país diezmado por el terrorismo de Estado; símbolo configurador de un **nosotros** casi absolutamente inclusivo en una nación que, días antes de la declaración de guerra, el 30 de marzo de 1982, estallaba en miles de trabajadores en Plaza de Mayo portando sus estandartes clasistas. Mas en la mañana del 10 de abril, Galtieri habló para *"todos"*. Habló desde ese balcón que horas atrás había presenciado, en medio de una dictadura que se pretendía un reaseguro contra el caos, una escena de la guerra de clases. El entonces presidente habló y dijo: *"Acá están reunidos obreros, empresarios, intelectuales, y todos los órdenes de la vida nacional, en la unión nacional, en procura del bienestar del país y su dignidad"*. Estaba construyendo otra figura del enemigo común capaz de cohesionar a un país que estallaba de pánico y silencio. *"¡Argentina! ¡Argentina!"* gritaban casi todos. Eufórica, la revista ***Gente*** retrataba así la situación nacional: *"En la Plaza, más de 200.000 personas de todos los colores políticos, de todos los niveles sociales, con cánticos opuestos, peronistas, comunistas, y los que trataban de apagar los gritos de los otros con el '¡Argentina, Argentina!' escucharon a su presidente decir que si es necesario, se dará batalla"*. Malvinas se había establecido, así, como el símbolo de lo que le faltaba a la Argentina para ser un país ganador. Gol de medio campo.

Pero, ¿qué otros ruidos retumbaban en los silencios que separan las palabras del Himno Nacional? Malvinas detonó en el corazón de la izquierda y del peronismo y generó, en un sector que se pretendía homogéneo frente al horror común de un país desangrado por los años de dictadura, duras polémicas. ¿Quién era, finalmente el enemigo? ¿La dictadura de Estado? ¿El imperialismo? ¿Los **progres** exiliados? ¿Los estetas vanguardistas? ¿Los que, en aras de mantener una posición comprometida, apoyaban la guerra? ¿Los que aceptaron orgullosos participar de una *"orgía nacionalista"*? ¿Los trágicos? ¿Los irónicos? ¿Los desertores?

Desde la izquierda y el peronismo, muchos intelectuales defendieron la ocupación a las *"remotas islas"*, porque decían que, gracias a la guerra, se reorganizarían las fuerzas internas. Otros, se negaban a dar su apoyo a una guerra antiimperialista iniciada por un país tan imperialista como el que más, que no hacía, con este conflicto bélico, más que continuar subordinándose a los grandes capitales internacionales. Unos y otros se acusaban mutuamente de frívolos o de cómplices con la dictadura.

Polémicas como las que hoy traemos, ilustran el clima de una época que todavía no ha sido pensada lo suficiente en la Argentina, salvo desde una reconstrucción histórica costumbrista. ***Sitio***, revista cultural que apareció entre 1981 y 1987 (ver ***Tramas*** N° 8), funcionó como escenario para que un grupo de intelectuales locales, enfrentados colectivamente a la dictadura, expusieran sus diferencias en torno al apoyo a la causa Malvinas. Una cuestión que sigue hoy –tiempos en que la guerra continúa por vías no tan tradicionales–, como en aquel otoño caliente, planteando el problema de la constitución de un nosotros y la reconstitución de una Nación en la cual, como dijera Néstor Perlongher, *"siempre hubo guerras, pero no siempre (he) estado"*.

La polémica entre el Grupo de Discusión Socialista y León Rozitchner, si bien repite varios de los ideologemas que atraviesan la disputa entre ***Sitio*** y Perlongher es interesante, no sólo por su más extensa y detallada (ex)posición, de la que solamente es posible ofrecer algunos fragmentos, sino también, y principalmente, por haber sido formulada en medio del fragor de la lucha, y por ser ambos contendientes expatriados (en Méjico y Venezuela) que montan sobre la traición y la exclusión de un **nosotros** (los argentinos, los intelectuales progresistas, los exiliados) una dolorosa diatriba: *"Fuera ya de la patria, se nos volvía a expatriar por no pensar de la misma manera respecto de las Malvinas; se nos expatriaba pues, por segunda vez, y ahora, esta exclusión nos llegaba no desde la junta militar, sino desde un grupo de exiliados de izquierda, haciéndonos sentir que, al pensar lo que pensábamos, estábamos colaborando y deseando el éxito de los enemigos de nuestro país al desear el fracaso del ejército argentino delegado en la Junta Militar"*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por la soberanía argentina en las Malvinas: por la soberanía popular en Argentina

Por *Grupo de Discusión Socialista**

Hay dos tendencias dominantes en los análisis políticos corrientes que se erigen en obstáculo para entender el conflicto de las Malvinas y fijar una posición correcta a su respecto. Una, es la inclinación generalizada a explicar el fenómeno exclusivamente por sus orígenes; la otra, es la difundida propensión a atribuirles coherencia a priori a los acontecimientos políticos. En este caso, ambas se combinan con una gran fuerza aparente: Argentina está gobernada por una brutal dictadura militar de derecha (lo que es cierto); este gobierno es, por añadidura, uno de los más entreguistas que ha conocido el país (lo que también es cierto); por lo tanto, la ocupación de las Malvinas agota su sentido en el carácter siniestro de quienes la promovieron y los sectores progresistas del mundo deben oponerse a ella y desear su fracaso. Nos proponemos demostrar aquí por qué las falacias del origen y de la coherencia pueden hacer que dos verdades conduzcan a un razonamiento falso.

Por cierto, la fuerza aparente de ese argumento ya comienza a tambalear ni bien se echa un vistazo a los actuales enemigos de la Argentina. Por un lado, Inglaterra, que descubre a último momento la importancia del derecho a la autodeterminación de los malvinenses, a quienes ha mantenido reducidos a ciudadanos de segunda categoría –la misma Inglaterra que no disparó un solo tiro para defender el derecho a la autodeterminación de 5.000.000 de negros cuando Ian Smith decretó la secesión de Rodesia; o que envía sus tropas para impedir el derecho a la autodeterminación de los católicos de Irlanda. Por el otro lado, Estados Unidos, convertidos en abanderados del no uso de la violencia en las relaciones internacionales con los evidentes derechos que les confieren su sangrienta participación en la guerra de Vietnam o su desembozada intervención actual en Centroamérica. Para quienes reducen un fenómeno a sus orígenes o no pueden tolerar la incoherencia, debiera ser por lo menos difícil tener que elegir entre Galtieri y Thatcher/Reagan. Y, por supuesto, el problema no se resuelve situándose más allá del conflicto so pretexto de que *"todos son malos"* porque, como siempre, desentenderse es también una manera de optar: en este caso, es contribuir al triunfo de *"los malos más fuertes"*, es decir, del frente imperialista anglonorteamericano.

No hay otra alternativa, entonces, que examinar con cuidado y sin prejuicio qué es lo que está en juego en este episodio y cuáles pueden ser sus consecuencias. Esta nos parece la única manera sensata de obtener algunos criterios que sirvan de guía para definirse ante una situación indudablemente confusa. Y, como se verá, tiene la ventaja de que no obliga a elegir entre *"los malos"* sino que lleva a ponerse del lado de los justos intereses populares.

Las riquezas en juego

El 30 de abril pasado, al anunciar que Estados Unidos daría apoyo material a la Gran Bretaña si ésta lo pidiera, el presidente Ronald Reagan acusó a Argentina de ser el primer país que recurre a la agresión *"en la disputa de un rincón de tierra helada"*. En *Newsweek* del 10 de mayo de 1982 se presenta una ilustración de artillería argentina dictaminando: *"una guerra por el honor, una prueba de machismo"*. Por otra parte, y sobre todo inmediatamente después de la ocupación argentina de las Malvinas y otras islas del Atlántico Sur, se insistió en la hipótesis de que la ocupación era un recurso extremo de las Fuerzas Armadas para apuntalar un gobierno que se derrumbaba frente a la disconformidad general. Una vez iniciadas las hostilidades, también en Europa se adjudicó la firmeza e intransigencia del gobierno de Margaret Thatcher a la necesidad de lograr un consenso interno que se hallaba aparentemente deteriorado por la crisis económica y la desocupación.

No cabe ninguna duda que ambos gobiernos, el argentino y el británico, encontraron en la cuestión de las Malvinas un magnífico pretexto para cubrir con el nacionalismo sus respectivas crisis políticas internas. Sin embargo la magnitud que ha adquirido el conflicto tanto como las informaciones existentes respecto a las riquezas potenciales del Atlántico Sur y las hipótesis relativas al valor estratégico del mar austral, inducen a pensar que lo que está en juego es algo mucho más trascendente, complejo e importante de lo que podría deducirse de los comentarios y apreciaciones más generaliza-

* José Aricó, Sergio Bufano, Agustina Fernández, Gregorio Kaminsky, Ana María Kausfman, Ricardo Nudelman, Marcelo Pasternak, Rafael Pérez, Olga Pisani, Gloria Rojas, Norma Sinay, Jorge Tula, Haydée Birgin, Emilio de Ipola, Néstor García Canclini, Mirta Kamimsky, Pedro Levin, José Nun, Ana María Pérez, Osvaldo Pedroso, Juan Carlos Portantiero, Nora Rosenfeld, Enrico Stefani, Carlos Tur, Sergi Sinay en: ***Las Malvinas: de la guerra "sucia" a la guerra "limpia"*** por León Rozitchner. Biblioteca Política Argentina. CEAL, 1985.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dos acerca de esta guerra no declarada.

En primer lugar, está la cuestión de los recursos petroleros de la plataforma submarina del Atlántico Sur. Las prospecciones sismográficas realizadas señalan un elevado potencial de hidrocarburos. No obstante, para confirmar la existencia y el volumen de esa riqueza hay que iniciar las perforaciones, que sólo pueden concretarse si se determina antes la jurisdicción política, requisito ineludible para poder realizar contratos firmes con las compañías especializadas. Argentina ya inició con buen éxito dichas perforaciones en la plataforma continental que le pertenece, la cuenca de Magallanes; pero las prospecciones señalan posibilidades todavía más interesantes en la cuenca de las Malvinas, sobre la que tendrá jurisdicción el país que pueda afirmar su soberanía en el archipiélago.

Las perspectivas de alza de los precios del petróleo señalan que se pueden acometer las exploraciones en yacimientos marítimos aún cuando éstas supongan costos más altos; a la vez, el reemplazo del petróleo por otras fuentes energéticas avanza a paso muy lento, debido tanto a la recesión económica internacional como al costo del petróleo sustitutivo, que es más elevado que el precio de los hidrocarburos en el mercado mundial. (Hace una semana, por ejemplo, la compañía petrolera más poderosa del mundo, EXXON, abandonó abruptamente la construcción del Colony Shale Oil Project, en Colorado, por su enorme costo que había pasado de 3,1 billones de dólares a 6 billones de dólares). En lo que respecta a la Argentina, antes de iniciarse el conflicto la dictadura militar había otorgado especial importancia a la explotación del petróleo de la plataforma submarina para obtener nuevas fuentes de divisas en un futuro más o menos próximo y acrecentar así sus vínculos con Estados Unidos, atrayendo inversiones privadas de ese país y contribuyendo estratégicamente a proporcionar suministros de diferente origen al de la OPEP.

Con todo, el petróleo no es lo único en juego. En la plataforma submarina existen grandes cantidades de **kril**, una de las principales fuentes proteínicas del futuro y, colindando, una fabulosa riqueza en nódulos minerales, sustitutivos de los yacimientos terrestres cuando éstos empiecen a agotarse y a volverse poco atractivos desde el punto de vista de los costos. La apropiación y el control de las cuencas submarinas amenaza desatar una violenta ola de disputas por la posesión de los lechos marinos, reiterando lo que ya sucedió con el reparto colonial de la tierra en pasadas guerras mundiales.

Los intereses estratégicos

Desde el punto de vista estratégico, existen problemas pendientes que involucran a las grandes potencias, a los países industrializados de Europa y a las naciones con litorales en la región, de una manera tan compleja que puede producir asociaciones impensadas o súbitos cambios de posición en las políticas de algunos de los involucrados. En primer lugar está el intento, por parte de Estados Unidos, de conformar un Pacto del Atlántico Sur u OTAS, contrapartida meridional de la OTAN, en la política de formulación de una estrategia global contra la URSS. La OTAS se terminaría de complementar con la OTAN en la medida que cerrara un círculo de aislamiento de la URSS que incluye al Océano Indico. Para ello se debería contar con una base militar equipada con armas atómicas, con un archipélago estratégicamente ubicado como podría ser el de las Malvinas, de la misma manera que ya lo es la isla Diego García. Sólo así se podría asegurar, según la OTAN el aprovisionamiento de petróleo proveniente del Golfo Pérsico a Estados Unidos y a Europa Occidental. En la actualidad, no menos de 10.000 buques tanques realizan con ese propósito la travesía anual alrededor del Cabo de Buena Esperanza. También por esa ruta transitan gran parte de las materias primas (caucho, madera, estaño) provenientes del sudeste asiático con destino a los mismos mercados. El Atlántico Sur es igualmente imprescindible para controlar el paso hacia el Pacífico por el Estrecho de Magallanes, necesario para la VII flota yanqui, cuyo calado no le permite navegar por el Canal de Panamá.

El propósito de lograr una OTAS ha ido encontrando numerosos escollos, a pesar de que hubo operaciones navales conjuntas de Estados Unidos con los países del sur (del tipo de la operación UNITAS) y de que el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) constituye una primera vinculación entre el país integrante de la OTAN y América Latina. Sin embargo, el enlace con Sudáfrica y la integración del conglomerado defensivo ha sido hasta ahora imposible de instrumentar.

Brasil tiene especiales relaciones económicas con el Africa Negra, de las que depende una parte importante de sus exportaciones industriales. El desarrollo de este mercado, al que se le asigna especial significación, hace que las autoridades brasileñas se hayan empeñado en construir una poderosa y moderna base militar frente a la Isla Ascención, isla que está sirviendo de abastecimiento a la flota británica. Por cierto, las relaciones económicas brasileñas con el Africa Negra son incompatibles con una alianza con Sudáfrica. Argentina, por su parte, coloca cerca del 80% de sus exportaciones cerealeras en la Unión Soviética. La integración de un pacto tipo OTAS debilitaría considerablemente ese nexo.

Además está el problema de la Antártida, cuyo futuro reparto será algún

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

día tan ineludible como el de las plataformas submarinas que parece haberse iniciado con este conflicto. Brasil y la Argentina tienen posiciones rivales con respecto a la Antártida y con relación a sus aspiraciones a convertirse en potencias nacionales de alcance continental en el Atlántico Sur. Al mismo tiempo, ambos países no poseen en el Atlántico Sur los mismo intereses que los países de la OTAN, con quienes tendrán controversias en la discusión sobre la Antártida y las plataformas submarinas. Gran Bretaña, mediante el laudo sobre el Beagle, convirtió a Chile en país Atlántico, debilitando así la posición argentina en lo que hace a sus aspiraciones sobre la plataforma submarina y sobre la Antártida. A la vez, y dadas las circunstancias, la Gran Bretaña podría tener muchas menos dificultades que la Argentina para ofrecer las Malvinas como base operativa de una eventual OTAS. Por consiguiente, no es extraño que Estados Unidos se haya inclinado abiertamente a su favor aún a riesgo de poner en peligro sus relaciones diplomáticas y militares con América Latina y de colocar al mundo al borde de la guerra. Y que también se haya sumado a esta empresa la Comunidad Económica Europea imponiendo sanciones a la Argentina.

Todo esto nos demuestra que el de las Malvinas no es un conflicto absurdo o susceptible de ser exclusivamente atribuido a dificultades internas de los países involucrados. Este convencimiento hace más notorio el peligro de que la confrontación de las dos superpotencias se llegue a plantear abiertamente en el Atlántico Sur y por eso mismo coloca en primer plano la necesidad de impedir la extensión de la guerra.

La postura imperialista anglo-norteamericana

Como se ha visto, las Malvinas son mucho más que ese *"rincón de tierra helada"* a que se refirió Reagan, sobreactuando otra vez su viejo papel de yanqui bueno e inocente. La pregunta es obvia: si así no fuese, ¿por qué habría enviado Inglaterra dos tercios de su flota y arriesgado Estados Unidos la virtual liquidación de la OEA y del TIAR?

Sucede que, por las razones militares y económicas que se han explicado, una y otra potencia imperialista colocaron el problema de las Malvinas en el punto preciso en que se intersectan los conflictos Norte-Sur / Este-Oeste; es decir, a la vez como cuestión de utilidades y como cuestión estratégica. Para una y para otra, para explotar las riquezas petrolíferas e ictiológicas y para instalar bases, era necesario resolver ante el asunto de la soberanía, determinar en forma definitiva quién podía firmar las concesiones sin riesgos futuros para los beneficiarios.

Esto es lo que no comprendió suficientemente el **gobierno** argentino. No es que no estuviese dispuesto a cualquier entrega; sólo que al recuperar la soberanía de las Malvinas, de hecho no **la recuperaba** jurídicamente para sí sino para el pueblo argentino en su conjunto. Y Haig tiene una conciencia mucho más lúcida de la fragilidad de la dictadura militar que el propio Galtieri. Aún dando éste las concesiones que se le pidiesen, ¿quién garantizaba, quién garantiza, que un próximo gobierno popular no las anularía?

La dictadura militar argentina se siente tan occidental y cristiana, tan devota de la economía de mercado y tan confiada en el poder de la represión, que ni advirtió plenamente la debilidad que proyecta su imagen, ni pensó por un momento que se la podía situar en el campo antimperialista, ni se dio cuenta que para Estados Unidos la única opción lógica era Inglaterra.

Como en la fábula de Moratín, *"es flaca sobremanera toda humana previsión, pues en más de una ocasión sale lo que no se espera"*. Lo que no esperaban ni Galtieri ni sus acólitos era que la reivindicación de las Malvinas iba a ser ubicada en un contexto que le confiere un nuevo sentido, por completo ajeno a sus intenciones.

Por eso el apoyo de los países no alineados; por eso el apoyo de Cuba o de Nicaragua o del Frente Farabundo Martí. No porque los militares argentinos hayan pasado a ser buenos; sino porque produjeron un hecho cuyas consecuencias ya no les pertenecen plenamente, (aunque sin duda van a esforzarse por controlarlas en toda la medida de sus posibilidades).

La postura anglo-norteamericana es de una nitidez que no admite confusiones: resulta absolutamente coherente con la política exterior de Reagan y de Thatcher y se llama colonialismo. Un colonialismo que, enceguecido por su presunta fuerza, no vacila en poner en su contra la opinión pública de toda América Latina. (Recuérdese que Reagan y Haig son de los que hoy lamentan la retirada yanqui de Vietnam; y no la repetirían, costase lo que costase. Recuérdese, también, que ambos son los paladines no ya de la paridad, sino de la superioridad bélica de Estados Unidos frente a la Unión Soviética).

Esto es lo que hay que tener muy claro: la soberanía argentina sobre las Malvinas abre la posibilidad de una lucha popular en el interior del país para impedir que los gobernantes de turno la desbaraten en los hechos mediante la entrega en cambio, la pérdida de esa soberanía implica la consolidación a largo plazo del dominio imperialista sobre un área cuya importancia Inglaterra y Estados Unidos vienen a confirmar con sus acciones. En el primer caso, se trataría de un triunfo parcial que las fuerzas progresistas de la Argentina se encargarán de completar; en el segundo caso, se trataría lisa y llanamente de una gravísima derrota

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no ya para el gobierno que se lanzó a esta aventura sino para la nación en su conjunto.

Los derechos argentinos sobre las Malvinas

También es cierto que la aventura de la junta militar se corresponde con una posición inglesa anterior, no por más disimulada menos violenta. Nos referimos a la prolongada e irritante renuncia de Gran Bretaña a cumplir una resolución de las Naciones Unidas que tendía a dar solución pacífica al conflicto en torno a la soberanía de las Malvinas. Esta disputa había tenido a su vez un comienzo violento que los británicos gustan olvidar o justificar con datos históricos muy poco convincentes.

En 1833, una corbeta inglesa despojó por la fuerza a los argentinos de las islas que habían heredado como resultado de su independencia del dominio español. Los pobladores argentinos de las Malvinas, con su gobernador y comandante militar, fueron forzados a abandonarlas y sólo quedó en ellas, por algunos años, la resistencia armada de un puñado de gauchos. Desde entonces, y pese al inmediato reclamo argentino en Londres –renovado anualmente sin excepción hasta el presente–, la ocupación inglesa se mantuvo. Ella se tradujo en el desarrollo de una exigua población, que alcanzaba a cerca de 1.800 habitantes en vísperas del actual conflicto, cuyo derecho a la autodeterminación es esgrimido como argumento en contra del reclamo argentino. Pero es sabido que la usurpación no puede ser fuente de derecho.

En este punto, es lógica la respuesta argentina en el sentido que, para un territorio cuya población original fue desalojada por la fuerza y en el que el ocupante posterior prohibió –como lo hizo Inglaterra–, la adquisición de propiedad a quien no fuera británico, no puede invocarse la doctrina de la autodeterminación. Es también cierto que la súbita preocupación británica por la opinión de los isleños contrasta con el secular abandono al que tuvo los relegados, política, cultural y materialmente. Las islas carecían de asistencia hospitalaria, de enseñanza media, de comunicaciones telefónicas y comerciales con el continente cercano, al punto de que su abituallamiento dependía de cuatro viajes anuales de un navío británico. El único interés de los ingleses por los isleños tenía nombre: la Falkland Island Company, que los contrata como mano de obra para la producción de lana, en condiciones que estudios británicos han considerado deplorables.

Es llamativo, decíamos, el actual fervor británico por el cumplimiento de una resolución de Naciones Unidas –la 502 del Consejo de Seguridad– cuando se lo compara con su tibieza y morosidad para ajustarse a otras disposiciones del mismo cuerpo. Nos referimos a la resolución 2.065 de la Asamblea General que reconoció en 1965, la existencia de una cuestión de soberanía sobre las islas Malvinas y recomendó a los gobiernos de los dos países la búsqueda de una solución pacífica. Desde entonces, la postura inglesa consistió en eludir el cumplimiento de esa resolución, pese a la paciente insistencia argentina, que fue apoyada en 1966, en 1967, en 1969 y en 1971, por nuevas recomendaciones de la Asamblea General que urgía que se acatase la resolución 2.065. En ese menosprecio británico al espíritu y a la letra de otras disposiciones de las Naciones Unidas lo que hace particularmente sospechoso su actual entusiasmo por la resolución 502. No sólo los argentinos, que viven ahora las consecuencias dramáticas de lo que, en buena medida, es responsabilidad de ese soberbio menosprecio inglés ante sus reclamaciones; no sólo los isleños cuya cuota en los perjuicios del conflicto no pueden menos que atribuir en parte a la ligereza de su lejano gobierno; sino hasta los propios aliados de la Gran Bretaña en el litigio actual, han advertido la responsabilidad que le incumbe en su estallido: *"...mi gobierno comprende el profundo sentimiento nacional de Argentina por recuperar las islas, así como su frustración luego de largos años de infructuosas negociaciones"* declaraba el 4 de mayo el propio Reagan a su colega panameño (***Excelsior***, 5/V/82). Palabras de tono extrañamente contrastantes con la posición norteamericana de apoyo a los británicos, quizás atribuibles a la preocupación que ha causado en Estados Unidos el repudio latinoamericano a su conducta.

La responsabilidad de la Junta Militar

Reivindicar en la actual situación la indiscutible soberanía argentina sobre las Malvinas no implica, como lo quieren algunos y en primer lugar el propio gobierno, echar un manto de olvido sobre su política desde 1976 hasta el presente. Por el contrario, para dar su sentido cabal a esta justa reivindicación se requiere como condición indispensable asumir una posición resuelta y clara de repudio a dicha política.

La dictadura militar no es menos dictadura por el mero hecho de haber ocupado las Malvinas e izado en ellas la bandera argentina. En este sentido, la represión brutal y la opresión económica contra el pueblo llevadas al paroxismo a partir de marzo de 1976; los crímenes políticos de Videla, de Viola y de Galtieri tanto como los crímenes económicos de Martínez de Hoz, de Sigaut y de Alemann; la inexistencia de libertades y derechos políticos y la avergonzante, y a veces desvergonzada intervención en Bolivia, en El Salvador, en Guatemala y en Honduras; la censura y la persecución culturales y el desempleo y el hambre: todos esos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hechos y muchos otros, marcan íntimamente la coyuntura actual y, por tanto, definen también su significación objetiva. Decidir olvidarlos bajo la figura generalizante de la *"unidad nacional"* supondría no sólo renunciar a la necesaria labor de esclarecimiento que el momento exige, sino también suscribir **la versión política de los hechos** que la propia junta militar pretende imponer y los objetivos que persigue con ella.

Si los nuevos **paladines de la soberanía nacional** aspiran a recuperar el prestigio perdido y hacer olvidar los daños causados al pueblo y al país porque han ocupado las islas, es tarea nuestra y de todos impedir que esa maniobra cuaje, separando por una parte aquello que la junta pretende confundir (la cuestión de las Malvinas y su política) y uniendo por la otra aquello que la junta pretende separar y dividir (las fuerzas populares). No caben dudas –los hechos de todos los días lo muestran– que el pueblo argentino, espontáneamente y a través de las organizaciones políticas, sindicales y de derechos humanos, ha sabido y sabe separar y diferenciar. Está en las manos de todos impedir que una justa reivindicación popular sea explotada en beneficio de la política entreguista y antinacional.

Al comienzo de este documento hicimos hincapié en la falacia: que consiste en confundir los orígenes de un hecho político con su desarrollo y con sus resultados. Cabe ahora añadir que evitar esa confusión e imposibilitar que las consecuencias de este hecho político sean aquellas esperadas por quienes lo originaron, no es algo que va de suyo sino que depende también de una tarea colectiva de esclarecimiento y de las iniciativas políticas que se impulsen.

La Madre de Plaza de Mayo que, agitando una bandera argentina, defiende nuestra soberanía sobre las Malvinas al tiempo que sigue reclamando por su hijo desaparecido; el obrero cesanteado por Mercedez Benz que denuncia a la vez la agresión inglesa y la política económica del gobierno militar; las multitudes que en sus estribillos atacan al imperialismo anglonorteamericamericano sin dejar por ello de pedir el fin de la dictadura de Galtieri; he ahí hechos y acciones concretas que son mucho más que simbólicos. Hechos y acciones que señalan el camino, que expresan concretamente la madurez y la lucidez política que las fuerzas populares y los intelectuales progresistas necesitan, hoy más que nunca, para comprender el proceso actual e incidir eficazmente sobre él.

Detener de inmediato la agresión imperialista

Decíamos al principio que no se trataba meramente de optar entre **los malos**. Esperamos que haya quedado claro por qué. Después de 149 años de reclamos continuados y de 17 años de negociaciones infructuosas, la dictadura militar argentina tomó imprevista e inconsultamente entre sus manos una reivindicación nacional que no por eso ha dejado de ser justa. Luego de un simulacro de mediación, Estados Unidos ha cerrado filas con Inglaterra para impedir por todos los medios que la Argentina recupere los territorios que le fueron arrebatados por un acto de rapiña colonial. En un gesto que sólo puede ser calificado de demencial, esos medios incluyen el envío al Atlántico Sur de armas nucleares, que el almirante de la flota inglesa puede utilizar si lo considera necesario. (El mismo almirante que no vaciló en hundir el crucero General Belgrano, cuando navegaba a varias millas de distancia de la zona de guerra; que ordenó el ataque al aviso Sobral, un buque que estaba destinado a las tareas de salvataje). Por otra parte, la propia presencia en la zona de submarinos de propulsión nuclear extraña riesgos ecológicos gravísimos: si ellos fueran hundidos, la riqueza ictiológica del Atlántico Sur se malogrará por décadas.

Ya se han perdido vidas jóvenes de uno y otro lado en este enfrentamiento. Ya se han perdido también cuantiosos recursos cuya reposición supondrá enormes sacrificios, especialmente para un país en crisis como la Argentina. No hay que dejar que esta situación se prolongue ni un segundo más. Hay que marchar, peticionar, denunciar para poner fin al conflicto.

LLAMAMOS a todas las fuerzas progresistas del mundo para que se movilicen por el inmediato cese de la agresión imperialista en las Malvinas: debe negociarse de inmediato la paz, con el retiro de las fuerzas colonialistas inglesas y el mantenimiento de la recuperada soberanía argentina sobre las islas.

ADHERIMOS a todos los sectores populares de la Argentina que luchan para que no sea entregada una soberanía que se está reconquistando con la sangre y el esfuerzo del pueblo, mientras el gobierno sigue haciéndoles pagos a los ingleses para preservar su **buen nombre** y ni siquiera ha roto sus relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Continuemos sin claudicaciones la lucha por la plena autodeterminación. Hay que exigir la inmediata nacionalización de las empresas inglesas y norteamericanas que siguen medrando en la Argentina. Debe irse el gobierno militar que nadie eligió y, con él, un ministro de economía que está al servicio de los mismos intereses que ahora agreden militarmente al país. Debe cesar la represión en todas sus formas y deben aparecer los desaparecidos. Debe restablecerse la democracia en la Argentina.

México, D.F. 10 de mayo de 1982

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las Malvinas: de la guerra "sucia" a la guerra "limpia"*

Por *León Rozitchner*

Ilusoria. La lógica del proceso militar

El que a hierro mata adentro, a hierro muera afuera: tal fue, corregida, la lección. Y con esto sólo queremos decir que la derrota de la dictadura militar en las Malvinas se inscribe en una lógica estricta, que en el terror impune del comienzo de su implantación tenía inscripto ya su final. Creemos que ese desenlace, imprevisible en los términos precisos en los cuales se desarrolló, no es sólo fruto del azar; por el contrario, esta guerra **limpia** constituyó la prolongación de aquella otra guerra **sucia** que la requirió. Pero al mismo tiempo –y es lo que quizás más nos interesa– queremos extraer de aquí las consecuencias de una lógica política que la izquierda, atada aún a las categorías y a la mentalidad de derecha, debería retener. Y es precisamente en estos acontecimientos cruciales donde se muestra sintéticamente, en su convergencia, la densidad contradictoria antes dispersa que vuelve por sus fueros para organizarse en su verdad. Y su verdad la alcanzó a través de esta prueba contundente e implacable que es la guerra.

De allí que nos interesara, durante el desarrollo de la guerra misma, y antes de que alcanzara su definición, cuando aún prevalecía el pleno triunfalismo ingenuo adentro y afuera del país, retomar esa lógica que comenzó con mayor evidencia en la guerra **sucia** interior, para plantear desde allí la comprensión del proceso político, y una toma de posición. Ligar esa primera **guerra** –un **como si** de tal, impune y asesino– con la otra, e incluir a ambas en la misma impunidad que las planteó. Esta manera de enfrentar las cosas contrariaba aquella que en su momento se impuso en forma general, y en la que se inscribieron muchas de las fuerzas políticas en el exilio –y, naturalmente, dentro del país. No era fácil expresar, y publicar, frente a ese triunfalismo vertiginoso que lo arrollaba todo (ya conocíamos otros que también en su momento avasallaron la capacidad de pensar y discriminar) una posición que se manifestara opuesta a esa **reconquista** de la soberanía en las Malvinas y opuesta también a ese triunfo de las fuerzas armadas argentinas. Y no porque deseáramos el triunfo inglés, sino porque sólo deseábamos la derrota de nuestro enemigo principal: la Junta Militar y todo lo que estaba, detrás de ella, empujándola para ratificar con ese posible triunfo su propia salvación. Porque el éxito del poder militar del ejército de ocupación argentino significaba la derrota del poder –moral y político y económico– del pueblo argentino.

Pero casi no quiere decir nada esta reflexión, porque había una certidumbre previa que nos sostenía; en realidad estábamos diciendo desde el comienzo mismo de la guerra que esa victoria era, por la misma lógica en la que se inscribía, imposible. Y sólo a partir de esta imposibilidad previsible y necesaria, con la cual se debía ineludiblemente contar, era pensable por anticipado su término. Fue aquí donde se puso en evidencia un cierto tipo de coherencia que habitualmente desdeña y niega el **realismo** político: la que mantiene la coherencia del pensar subjetivo como lugar donde también se elabora la verdad, y su convergencia con la coherencia que organiza la realidad objetiva. Y es en esta convergencia, sostenemos, donde se descubre y verifica el sentido del pensar y la razón. Porque de eso se trata: haber fantaseado lo real como para poder pensar desde el propio lugar subjetivo un desenlace que la realidad en su término contrarió de manera tan feroz, debe ser éste el índice de que algo andaba mal en el cuerpo y en la cabeza del que piensa. Que en ese lugar personal y subjetivo desde el cual se dictaba la lección de verdad objetiva y patriotismo a los demás, algo fallaba: que permanecía habitado aún, como persona, por una contradicción y un acuerdo no resuelto. Que estaba dominado aún por la fantasía y la ilusión.

El modo de enfrentar la guerra de las Malvinas puso de relieve una vez más la crisis en la que se halla un modo de pensar la política y la historia, aquel que se regula sólo por las condiciones estratégicas, económico-políticas, alejadas de la puesta en juego –y en duda– de la subjetividad y de lo imaginario, que en nada contribuirían, según se cree, a dar sentido más cierto a nuestra inserción en cada acontecimiento: como si no fuesen constitutivos de la realidad real. Una diferencia radical nos separa de ese modo de pensar y de su metodología, y es esa diferencia la que nos lleva a formular la tesis que sostenemos aquí: reafirmar que la coherencia subjetiva es también núcleo de verdad histórica, índice de realidad donde su dialéctica se elabora y prolonga.

De allí tal vez la tensión con la cual enfrentamos las declaraciones de ese grupo de exiliados en México que nos ponía tan en juego, y el tono de nues-

* Documento publicado en: ***Las Malvinas: de la guerra "sucia" a la guerra "limpia"*** por León Rozitchner. Biblioteca Política Argentina. CEAL/1985.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tra respuesta. Todo eso pertenece al momento en el cual, pese a su formulación teórica, experimentamos una negación tan profunda que acentuaba una marginalidad, que aún desde el exilio, y ahora desde los mismos compatriotas, se nos imponía. Fuera ya de la patria se nos volvía a expatriar por no pensar de la misma manera respecto de las Malvinas; se nos expatriaba pues por segunda vez, y ahora esta exclusión nos llegaba no desde la junta militar sino desde un grupo de exiliados de izquierda haciéndonos sentir que, al pensar lo que pensábamos, estábamos colaborando y deseando el éxito de los enemigos de nuestro país al desear el fracaso del ejército argentino delegado en la Junta Militar. Pero algo más preciso y sutil: se nos expatriaba de la verdad al no pensar de acuerdo con **la objetividad científica** que era la de ellos, y calificaban a la que sustentaba lo contrario como **falacias.** Y con la designación de **falacia** se nos quería expatriar también de nuestra memoria y de nuestro sentir, al tener que dejar de lado como contradictorio y no científico el origen histórico y vivido de nuestra comprensión. Y todo eso, una vez más, en aras de una presunta y certera verdad científica que oficiaba, a su manera, como un garrote más, como un arma poderosa asumida también impunemente –la verdad científica también pretende ser impune– contra quienes osábamos situarnos en otro lugar. Era demasiado de una sola vez.

Insistimos en la coherencia de la subjetividad porque le asignamos una importancia primordial: la consideramos como una prueba y una verificación de qué es lo que está en juego aún en el pensar político, y la prueba está dada por la situación –la guerra– en la que el pensar se expresa. No cuando se piensa en el vacío ingrávido del campo teórico o desde el lugar neutral y aséptico de la formulación académica. Lo que se elaboró y pensó en esa coyuntura dramática e inesperada, que volvió a desencadenarse sorpresivamente sobre el pueblo argentino con su promesa de muerte, muestra algo muy importante en el campo del pensar teórico, porque adquiere el carácter de una verificación de los contenidos subjetivos y objetivos que están en juego cuando se piensa. No se piensa ni se sabe nada impunemente, ya lo sabemos. Pero queremos mostrar que sólo la activación de los contenidos subjetivos es el desfiladero entrañable por donde circula la posibilidad de ver o no ver la realidad en su verdad. Es en ese compromiso de coherencia personal con lo vivido donde se elabora el sentido que trata de aprehender la coherencia de lo real y que se llama saber objetivo. Por eso hemos tomado a esa experiencia que fue la **guerra de las Malvinas** como una verificación de nuestra posición teórica. Asistimos allí a la prueba en los hechos de la experiencia histórica inmediata de lo que se dice y se piensa, cuando somos sorprendidos de pronto por la complejidad inesperada de una situación que debe ser asumida, y en ella se despliega ese fundamento informulado que es el sustento del pensar, y que es tan difícil discernir y aislar cuando son los procesos de larga o mediana duración los que se consideran. Así la guerra de las Malvinas, precisamente por la brevedad de su desarrollo, actuó al modo de una ampliación en la captación de esa experiencia. La certidumbre de coincidir con la verdad, que la realidad de pronto nos revela en el estallido de ciertos hechos, nos lleva a echar el lastre de las precauciones, y es el deseo realizado el que esplende en lo inesperado de la realidad que lo daría por realizado. Aquí la espontaneidad de nuestra reacción visceral barre con las barreras del acomodamiento crítico en el mismo momento en que lo ejercemos, y pensamos, tal como somos, en nuestro más claro y profundo modo. Y así acceden a la luz, como si se tratara de ideas ciertas y verdaderas, nuestras propias creencias desdeñadas; son ellas las que se filtran y se ponen de relieve mostrando el fundamento de lo que, por inverificable, habitualmente permanece invisible. No es lo que pensamos en frío, sobre la vida, sino el modo como vivimos, en nuestra espontaneidad sentida y pensada, en ella.

El hecho de que ambos trabajos, el *'Manifiesto del Grupo de Discusión Socialista'* y el mío, hayan sido escritos durante la guerra misma de las Malvinas, y antes por lo tanto que su resultado fuese conocido, sirve también a los fines de la verificación teórica que proponemos. Y además diríamos algo más: es una verificación también del arraigo efectivo de la teoría en la subjetividad: hasta qué punto, sospechamos, los fundamentos filosóficos que sostienen la teoría se verifican en el pensar, es decir en el modo como han sido modificados por este conocimiento los sujetos mismos que piensan. Máxime cuando, como veremos durante el desarrollo, las dos falacias denunciadas por los autores del *'Manifiesto'* se refieren ambas a los contenidos subjetivos presentes, como deformación se dice, en los sujetos que piensan. (...)

De cómo hay que pensar para no ser un traidor

(...) Pero tal vez sea necesario comenzar a situar las cosas donde debieran estar. Reconocer, más modestamente, que viviendo en el extranjero sólo estábamos en la platea de esos acontecimientos, y que nuestra declaración no es la de un combatiente en el conflicto: convidados de piedra queriendo hacer valer nuestra carnalidad, no podemos más que sugerir y sumar fuerzas simbólicas en las pocas páginas de una declaración trazada en el papel. Pero sin embargo algún poder les da: la traición circula por la palabra, estamos también nosotros en una guerra de posiciones donde la frase es barricada y el epíteto un misil. El proyectil de acero y fuego estalla en la batalla

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con su poder real que aniquila la vida; la palabra escrita para no ser menos, estalla a su manera con su terror simbólico y aniquila al opositor con la sugerencia de su traición. (...)

(...) Las cosas fueron bien planteadas por ustedes desde el comienzo: el problema es el de la culpa por desear. *"Desear su fracaso"*, nos señalan: el fracaso de la ocupación de las Malvinas. Pero ustedes también han tenido que desear, han tenido que hacer que una prolongada reflexión crítico-epistemológica se convierta en deseo, y por ello han podido desear su éxito. ¿Deseo subjetivo y a priori contra un deseo objetivo, y trabajoso y fundado, a posteriori? Razón de más para decir tal vez que la razón estaba de más, y que es necesario volver a encontrar, tanto para ustedes como para mí, la permanencia de un deseo no negado en la apreciación de la realidad. Así entonces, deseo por deseo, ustedes también han tenido que desear: sólo que han deseado su éxito. Y como buenos intelectuales que nos movemos tratando de justificar nuestros deseos en el papel, reconozcamos que no estamos haciendo otra cosa que justificarlos y a veces hasta alienarnos al deseo ajeno. Pero vayamos más lejos aún y pongamos las cartas sobre la mesa. Lo confieso: yo desee la derrota de la Argentina en el mundial de fútbol, cosa que ustedes no. Yo desee que los militares argentinos no ganaran la guerra de las Malvinas, cosa que ustedes no. Mido todo el abismo que se abre entre nuestros deseos y aún siento, les confieso, un no sé qué de culpa y de desazón, la vergüenza de quien se queda solo. Porque habría coincidencia entre el deseo vuestro con el deseo del pueblo argentino y el de los militares, cosa que en mi caso no sucede. Mi deseo me condena a caer fuera de la realidad deseando y sintiendo y pensando contra ella y en oposición a ella: traicionando desde mi pequeña y mezquina corporeidad que no sabe sino desear el mal. Y lo que sería mucho peor: no puedo sino pensar el mal. Que por lo tanto es falaz en un campo –en el del pensamiento– y mezquino en el otro –en el de su deseo. En suma: objetiva y subjetivamente un traidor. (...)

(...) A riesgo de pecar de ingenuos en estos tiempos de desgracia, de desconfianza e incertidumbre diríamos más aun: creemos que hay una lógica compleja y aún oscura que liga al mal con el fracaso y al bien con la verdad. Que nuestra posición ética es nuestra posición política, pero al mismo tiempo proclama algo más fundamental: que la verdad del acontecimiento, inscripta en la realidad, anima y se refiere a la densidad de todo lo que en él se produce. Y que la eficacia –la utilidad podremos decir– de la lucha política no puede inscribirse en la realidad a costa de ocultar la presencia de algunos contenidos como si, formando parte de ella, pero no siendo comprendidos por la masa pudieran ser excluidos. Para decirlo en otras palabras: creemos que la eficacia pasa por la verdad. Pero no de la verdad que se le enseña que hay que decir a los niños, sino de otra más particular: aquella que debemos decírnosla a nosotros mismos. Porque no se trata aquí simplemente de reconocer la existencia escrita, proclamada, proferida –¿simbólica se dice ahora?– del hecho mencionado sólo como una presencia en el papel de aquello que reconocemos como habiendo, sin embargo, existido. Vuelvo a hablar del deseo. Si se trata de algo más, en lo que se refiere a su contenido, que un mero reconocimiento formal (como cuando ustedes dicen: *"no olvidamos"*, *" no implica echar un manto de olvido"*), esto quiere decir que el sentido de ese contenido debe también estar presente determinando la significación y la lógica que de él resulta – el origen– en todo el proceso político que tratamos de comprender. Afirmamos: el sentido de lo que los autores del documento dicen no olvidar –el terror militar, si lo mantienen así– no pasa a dar sentido cabal a su propuesta política. Está presente en el papel, es verdad, pero como lo está el saludo a la bandera de las ceremonias donde se expresa la hipocresía patriótica del militar. Porque no se conserva en el fundamento teórico con su significación plena, que demuestre y que señale que su existencia como hecho crucial en el origen y el desarrollo del Proceso es algo más que su presencia simbólica en la memoria, por eso su contenido imaginario se escindió separándose, y aún oponiéndose, a lo conceptual (...).

Cómo el deseo subjetivo puede alcanzar la verdad histórica y objetiva

(...) Vean ustedes: la propuesta que sostienen los lleva a confundirse en el plano político con las posiciones que abarcan sin distinción todas las gamas, desde los partidos de derecha demócrata-cristianos, Fraga en España inclusive, hasta la posición de Cuba y la URSS pasando por la social-democracia, sin ninguna distinción. Porque para estos partidos, en realidad, es poca o ninguna la importancia que tiene el proceso político de represión y de terror –al cual por otra parte han acudido, acuden o acudirán cuando el momento les llegue de tener que actuar. Dentro de esa confusión –quiero decir en este confundirse con todos sin distinción– ¿qué queda de vuestra diferencia política que se expresa, como matiz, manteniendo presente otra propuesta, digamos la marxista, digamos la de izquierda nacional, digamos aquella que mantiene presente como índice de un proceso político lo que las otras no: la evidencia que desde la experiencia del terror se desarrolla como una diferencia substancial que nos separa de todas las demás, es decir aquella que plantea la soberanía nacional desde los cuerpos de los hombres que en cada nación la constituyen? Si us-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tedes ceden, en honor a lo que denominan falacia, su poder de esclarecimiento en el mismo momento en que se afirman como una guía para evitar emprender el camino que lleve a pensar mal, terminan, en honor a lo que denominan política, por ceder el índice más importante que haga posible pensar una política como diferente a la de los demás. Y eso es lo que ceden cuando abandonan como índice de la política la propia experiencia, digamos el índice subjetivo, de vuestra inserción en lo real, pasando por encima de aquello que ha sido despreciado por la política y el **socialismo real**: el valor del hombre como criterio de toda decisión política.

Parecería que no abandonan nada, nada más que una categoría teórica, al hacer la crítica de la falacia. Pero sospechamos que aquí el método científico está –¿inconscientemente?– al servicio de la represión y, como diría Freud, la crítica cree que está dirigiendo su pensar por el mejor camino, agudizando sus antenas para regular su pensamiento teórico, en alerta crítica, por medio de la pura razón. Pero en realidad la crítica se presta también para refrenar que aparezcan aquellas conexiones que lleven al sujeto que piensa más allá de lo que sería riesgoso pensar, y obtendría ese resultado paradójico: que en el momento mismo en que cree alcanzar la verdad está encubriendo en quien piensa el núcleo del dolor y de mayor significación y de mayor compromiso consigo mismo y con los demás. Ninguno de nosotros, ni tampoco por supuesto quien esto escribe, queda excluído de esto. De allí la necesidad de explicarnos, de escribir: de cotejar nuestras perspectivas con la de ustedes, por ejemplo. Y entre las muchas condiciones que se pueden descubrir para acercarse a la verdad hay una, sobre todo, que a veces nos da la garantía de haber ido más allá: soportar por un momento al menos no contar con la aprobación inmediata de los otros para afirmar lo que difícilmente se abre camino en las propias convicciones, que vienen alimentadas en uno como una difícil conquista desde muy atrás. Me refiero a la soledad, esa intemperie que constituye tal vez, en el pensar, el acto de encontrarse en la mayor soledad, sin soportes externos para apoyarse y que le den la razón: sin tener ni siquiera los deseos populares de su parte. Ese acto, el de querer pensar la verdad del acontecimiento sin acudir al artificio de la política donde los demás, en tanto colectivo, actuarían como criterio de certidumbre y de objetividad. La trampa que tiende la política a la verdad son las transacciones multitudinarias del populismo, donde el pueblo reunido como en foro y coro parecería reunir por fin nuestras oscilaciones subjetivas con el lugar productor de la verdad social, y resolver la ecuación en el reencuentro alborozado de la subjetividad aislada con la objetividad histórica. Porque a veces la verdad es lo intolerable, y nos

quedamos solos, y no podemos –ni siquiera en esta oportunidad crucial– estar con lo que el pueblo quiere. Tal vez sea este un acto de coraje que tiene que ver muy poco con la soberbia y sí con la coherencia del que debe pensar más allá de la apariencia: aparecer señalando dentro de la realidad que lo niega ese margen que, de tan intolerable, no puede ser integrado por los demás. Ese residuo que le confiere, como hemos visto, su efectiva densidad. Pero que por las trampas y las acechanzas y las determinaciones ideológicas, impide que se haya convertido en una experiencia profundamente política, y le impida al pueblo entonces integrarlas y mantenerlas presentes como índices de su propia realidad. Entonces nos corresponde a nosotros –y de allí el valor de la experiencia llamada intelectual; pero nada extraordinario: nos pagan directa o indirectamente para ello– mantener ese índice que los demás quieren relegar (...).

Los "justos intereses populares" y la verdad de la historia que vivimos

(...) Los **justos intereses populares** no debieran hacernos cambiar las categorías que nos permitan comprender la realidad que lleva a facilitar su realización. Y estamos en que la guerra, es cierto, parte de una paradoja: no es el atacante quien la desencadena, sino el defensor. Inglaterra fue el atacante hace ya mucho tiempo, pero en esta guerra actual no. Y ese hecho lejano no nos sitúa ahora a nosotros como defensores sino como agresores. Es quien resiste el ataque el que comienza la guerra: el que no se rindió. Los militares argentinos penetraron por la fuerza, rompiendo la paz, en el recinto dominado por Gran Bretaña, y con su justa razón de viejos derrotados (y apoyados por la fuerza) dijeron: son nuestras. Hasta aquí no hay guerra, se dirá. No hay guerra porque tenemos la razón en ocuparlas, y no hay guerra porque si bien exterminamos a 30.000 argentinos al ocupar el país, no matamos a ningún súbdito inglés al ocupar las Malvinas: de caballeros a caballeros es la cosa cuando se trata de un país superior. Pero al montar esta comedia militar, con el guiño de ojo a su patrón, los EE.UU., esperaban que esa invasión armada quedara sin respuesta. Y sin respuesta militar inglesa quería decir: no habría resistencia del Imperio, no habría por lo tanto guerra. Quiere decir: habría otra vez impunidad, eludiendo la muerte y el riesgo, como lo hicieron adentro.

Pero no seamos ingenuos: la paradoja de Clausewitz supone que el ejército entre en el campo del enemigo no como entraron los militares en la casa de los ciudadanos secuestrados y asesinados. Si fuera así no habría, es verdad, guerra. Triunfaría la prepotencia impune sabiendo, como sucedió entre nosotros, que el enemigo civil no podría oponer resistencia. Pero cuando se inicia una guerra de verdad, y se sabe

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que se encontrará resistencia hay que estar preparado con los medios adecuados –calculables– de la resistencia. Si trasladamos la categoría de la impunidad de la llamada guerra interior a la exterior, quiere decir que los militares argentinos cayeron en su propia trampa. Para enaltecer su cobardía y ocultarla, a la masacre interior impune y frente a un enemigo desarmado la llamaron también **guerra**. Y con esa ilusión pasaron de la guerra **sucia** interior a la guerra **limpia** exterior.

Caracas, mayo de 1982

*Entredichos**

Por *R. Alcalde, H. Grisafi, E. Grüner, L.Gusmán, J. Jinkis* y *H. Savino*

• I •

Casi en su totalidad, el material que contiene este segundo número de *Sitio* estuvo redactado y se comenzaba a componer tipográficamente el mismo día, 2 de abril, en que se invadían las Malvinas. Supimos que habíamos entrado en guerra, y que *Sitio*, durante un tiempo que no podíamos calcular, pero imaginábamos largo, era imposible, revista literaria. Setenta y cuatro días después, la guerra había terminado. Apenas comenzábamos a pensar qué lugar le tocaba –o tenía que hacerse– una revista literaria en el seno de un pueblo en guerra.

¿Qué cambio de sentido le cabría a la literatura en un país, que para nuestra memoria histórica, para nuestra corporalidad, para nuestro estar en el mundo, fue espectador neutral de todas las guerras que durante este siglo alteraron sustancialmente la estructura material y cultural de la humanidad? Para nosotros, las guerras habían sido, fundamentalmente, testimonios orales o hechos literarios. Ahora nosotros, en guerra, pasábamos a ser un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta. La guerra –imaginábamos–, forzosamente nos dejaría en **relaciones sociales nuevas** (por momentos las suponíamos fundantes, inaugurales), y nos preguntábamos qué función dentro de ellas nos tocaría cumplir. Materia nueva clamando por formas nuevas; nosotros no seríamos los mismos, habría otros lectores, otras conciencias, otro acceso a ellas; otros objetivos; ¿quizás una nueva eficacia? Ciertamente, un nuevo deber ser.

Estos celajes se desvanecieron, como tantos otros. De la guerra nadie debe preocuparse: sus secuelas están en manos competentes. Hay quien evalúa y juzga responsabilidades militares; hay quien sutura desgarrones diplomáticos, hay quien excogita los procedimientos más convenientes para que paguemos cuanto antes y con intereses razonables los atrasos incurridos, por la guerra, con los bancos ingleses. Hay quien concierte. Hay una democracia moderna, fuerte, eficiente y ordenada a breve plazo, que fue la que todos nos propusimos en 1976. Hay quien ni si-

* Publicado en revista *Sitio* N° 2, Bs. As, noviembre de 1982.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quiera esto puede aceptar y manotea para impedirlo.

¿Se justifica publicar ahora algo escrito en una coyuntura tan distinta? Hemos vacilado largamente. Dos razones nos decidieron: la **impotencia** en que nos debatimos todavía para imaginar qué y cómo escribiremos cuando hayamos terminado de asumir lo que el país vivió durante setenta y cuatro días oniroides; y el haber caído en la cuenta de que por el momento es el único modo que tenemos de **negarnos a olvidar**. Que es lo que se nos sugiere, se nos suplica, se nos intenta imponer por todos los medios. Recordar nos causa angustia, miedo y –si la palabra tuviera todavía algún contenido en Argentina– diríamos que terror. Pero es un terror distinto del que aterra a los que **necesitan que olvidemos** a las Malvinas para que todo vuelva a ser como antes. Tal vez en este momento se feliciten, en tan pocos días de posguerra, de haber avanzado, o sea retrogradado, tanto. Les reconocemos, sin ninguna dificultad, que lo que tenemos es muy distinto de lo que se prometía durante la fraternidad de la guerra y con lo que acaso se logró ilusionarnos. Pero sabemos que la decepción de los combatientes (civiles movilizados o militares profesionales), vencidos o triunfadores; la de los familiares de los difuntos; la de los mutilados; la de la población, es el estado emocional inevitable en cualquier posguerra.

Hay otra decepción objetiva, que es infinitamente más importante: la de los "triunfadores" en la guerra. Estados Unidos y Gran Bretaña. El triunfo de las potencias imperialistas en la Primera Guerra Mundial le costó el trono a los Romanov e implantó el socialismo en Rusia; la victoria de la Segunda dejó a Gran Bretaña sin imperio y la URSS llegó a Berlín Oriental. Las Malvinas, ya, le han costado a Estados Unidos el T1AR y la OEA. Que se logre o no éxito en lograr nuestra amnesia histérica (todo indica lo contrario) tiene, frente al proceso nacional e internacional desencadenado, muy poca relevancia.

• II •

Decíamos que el 3 de abril nos enteramos de la ocupación de las Malvinas. Con otros 80 millones de súbditos británicos y argentinos, más 2.000 kelpers, tuvimos que inferir: *"Entonces, estamos en guerra"*. Literatos nos dijimos: ¡El Aplazamiento! Más que ninguno, no menos que cualquier otro proyecto argentino que no fuera matar o morir, la literatura quedaba aplazada. O por lo menos la literatura en el sentido habitual del término, la que ***Sitio*** hasta ese momento en pequeña parte generaba y la asumía toda: la de la exacción, la de la atrocidad, la del oprobio, la de 1976-1981. Toda ella: la intersticial; la que impávida; la amorosa del ***Fatum***, la cifrada; la ladina; la autografiable en **Expolibro**; la subvierte-discursos; la de exhibición reservada o prudencial; la exilial; la tontuela; la coeditable; la jackobsina; la neobarroca; la laconniana; la antibúmica; la capitular: la Nuestra.

Pero *Littera horret vacuum*. Con las páginas de los suplementos, ¿qué hacemos mientras tanto? A los de la OEA, a nuestros propios pardos, ¿qué se les dice? Sus almas, ¿cómo las confortamos? De una movilización total, ¿puede la escritura estar ausente? Tuvimos **infraliteraturas de guerra**. Canallescas, en general, moviéndose en esa zona letrinal de los massmedia, la publicidad, los semanarios, los servicios. Como *exocets* y *kamisakis*, tuvimos nuestra Rosa de Tokio que, *"par de los leves vientos / al volátil simílima sueño"*, masajeaba a la semana los tractos medulares de *tommies* y *gurjas* juntamente. Un error de cálculo hizo que, a pesar de la cortina musical de campanadas de *Bing Beng* y *Let it be*, su eficacia emoliente fuera menor de la prevista: a bordo del **Queen Elizabeth**, decrépito **Sheraton** flotante, los *tommies* traían sus propias kinesiólogas y taquígrafas. En cuanto a los gurjas, según ***Crónica*** preferían dictarse entre sí, o mejor aún, que les dictaran nuestros mocetones criollos.

La infraliteratura escrita no pudo, sin embargo, horadar el esteticismo de nuestros exigentes, alienados como siempre: *"Pasatismo, caducidad"* –gruñían–. Ensayos de Paul Groussac y de Alfredo Palacios, sonetos y octavas reales de poetisos y poetisas, la mayoría clínicamente seniles. Y en verdad no faltó quien metiera su zambita en Mesa de Entradas de Propiedad Intelectual dejando placé, por una nariz apenas, al bardo más cercano.

Irreprochada, en cambio, ubérrima, el *ars dicendi*, la oratoria, silente desde la época de nuestros Grandes Tribunos, de Juan Domingo Perón. En todos sus géneros y especies, pre y posquintiliánicos: deliberativo, por Costa Méndez; homilético, por R. P. Fernández; castrense, por M. Benjamín Menéndez; epitáfico, por Woijtila y Marcinkus. ¡Y qué consolación, por las mañanitas, qué iluminación excelsa, qué acendrado celo anticolonial, en los diálogos de Neustadt, vía satélite! ¡Gracias, Neustadt por ser como es! La guerra, sin usted, ¿habríamos podido deletrearla? Con Calíope se consorció Euterpe: *rock* nacional y Vueltas de Obligado (*"¡La pucha tantos gringos, venirse al cuete!"*) nos hicieron redamar a los que diez años antes, cuando adolescentes, ellos, pisoteábamos contra el asfalto por toxicómanos, o sentirnos, en el colectivo, de *bota 'e potro* y *chiripaes punzóes*. Literaturas de disfraz para una realidad con antifaz y dominó.

• III •

Nos sobrecogió, decíamos, la guerra. La Nuestra. No como entre Lapitas y Centauros; no por los respectivos coños de Helena y Dido; no por el Sepulcro Santo ni por el Grial; no en la que tempestivos heraldos introducen carteles de desafío o arrojan guantes de malla ante damiselas demudadas en cámaras del trono retumbantes; tam-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

poco de las burguesas: parlamento mayoría un tercio aprueba declaración hacerse efectiva 0.1 próximo lunes. Todas ésas se pronostican, se ciernen, se temen, se imaginan, se desean durante meses, años, lustros. La nuestra se ajustó más bien al modelo intergaláctico o *Batman*. Las Excelsitudes, deshibernadas tres milenios después en sus tres nichos de topacio por el rayo de megapositrones de la computadora autoprogramable, intercambian entre sí ósculos de enternecimiento y sonríen: *"Eran de siempre nuestras; ahora son nuestrísimas"*. Y fuimos en guerra.

En guerra fuimos. Para pensarla, para sentirla, los letrados vimos que no nos servían los enquiridios de cabecera: ni *La araucana*, ni ***Sin novedad en el frente***, ni ***El viaje al fin de la noche***, los *invictos*, ***La guerra y la paz***, ***Trampa 22***. Lo que en nuestra guerra podíamos reconocer era nada más que lo puramente genérico, lo accesible a cualquier humanismo enajenado en lo abstracto, lo que realismo y naturalismo desmenuzaron sin clemencia hasta la última posibilidad, y el expresionismo resintetizó en hipérbole. Lo que el cine nos refregó contra las pupilas en ***Mash***, ***Franco Tirador***, ***Apocalipsis Now***.

Los dos límites antropológicos de la guerra: Leónidas muriendo hermosa y noblemente en dáctilos y espondeos (*"Extranjero, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos, obedientes a sus palabras"*) y el Thenardier que repta en el crepúsculo del Waterloo de ***Los miserables*** despojando de anillos y arrancando dientes de oro a sus compatriotas semivivos. Es verdad que entonces las bombas estallaban todas y Thenardier no había llegado más que a sargento. La logística era rudimentaria, los cañones se fundían con bronce de campanas, en vez de encargarlos por número de catálogo, y ninguna fragata de Napoleón navegaba con motores *Rolls-Royce* y *fuel oil* de la *Shell*. Reyertas pastoriles, por unos ojos bellidos, de Títiros y Melibeos.

• IV •

Desembarcar, no podían: desembarcaron; consolidar una cabecera de playa, era imposible, la consolidaron, a Puerto Argentino, no llegarían: llegaron; jamás nos rendiríamos: con tachaduras, nos rendimos. La guerra había terminado. La primavera sudamericanista, anticolonialista, unión nacional, huyó al primer soplo del cierzo de la derrota. Ahora, a enmendarnos.

Lo primero esto, a las ocho horas fue el **discurso de la guerra**, escrito y oral. No es mucho mérito: se toma un secretario de redacción, un columnista, un comentarista de radio y televisión, se aprieta el botón *stop-eject*, se saca el rollito **Antiimperialismo**, se introduce, digamos, **Mundial España**, se aprieta el *start*.

La literatura está otra vez sola con su silencio. Puede comenzar a hablar.

La literatura está otra vez sola con su silencio. Puede comenzar a hablar. Se demora todavía, replegada sobre sí misma, tentada de acogerse a la amnesia, rumiando sus propias culpas y las de todos los demás. Dos poemas *'Cambalache'*, de Osvaldo Rossler, en ***La Nación*** y *'Juan López y Juan Ward'*, de Jorge Luis Borges, en ***Clarín***, son su primera elocución. Conjuntamente, Borges prodiga declaraciones políticas, cada vez más **radicalizadas**. Osvaldo Rossler, en una *'Carta del Lector'*, informa que, poco después de publicado el poema, fue agredido una noche, en ***Adán Buenosayres***, por un coronel en situación de retiro. No da su nombre.

Nos identificamos con la seriedad ética, con la fidelidad al testimonio en favor de los que no tienen palabra o no tienen donde decirla, de ambos poemas. Con el **contenido político** implícito en ambos, tenemos esenciales desacuerdos. Una misma ideología, a nuestro juicio, sigue hermanando, como desde sus orígenes, por la vía de dos estéticas diferentes, a Florida y Boedo. Martínez Estrada se habría solazado: *"invariantes históricas"*.

• V •

Rossler para designar sincréticamente la situación argentina de 1982, busca una metáfora. Y elige una que, por estar codificada, ya es un símbolo: *"cambalache"*. Si a lo que quiso aludir fue a *"anomia, subversión de valores"*, pudo haber recurrido a otra, codificada también: *"tugurio de esclavos negros"*, quilombo. Porque tugurio fétido, la Argentina indudablemente lo es. Y hiede con un olor mucho más nauseabundo que la **catinga**. Hiede a *Blonde Bestie*, bestia blonda, extracto importado, de fragancia muy persistente, destilado y patentado por Nietzche en lo más oscuro de su Selva Negra.

El vocablo **quilombo** con la acepción que se emplea actualmente en el Río de la Plata, significa aproximadamente *"lupanar tumultuoso"*. Es, pues, como el cambalache, un lugar revuelto. Pero aseable y ordenable. Sólo hace falta una regencia experta. (Rosarinos de edad muy provecta recuerdan que, hasta que llegó Saphó, su establecimiento era una Casa de Tócame Roque. En dos semanas se convirtió en un modelo de eunomia y sophrosine. Los Niños Bien retornaban matutinos a sus hogares con paquetes de manteca intactos o habiéndoselos ingerido *in situ* por sugerencia del conserje. La casa era una tacita de plata; las pupilas dejaron de comerse las uñas y las eses de plural, rezaban el *Angelus* al mediodía y el rosario por la tarde, y andaban derechitas como juncos. No ha podido dilucidarse la especie de que sor Agustina, la superiora de las Adoratrices de a la vuelta, tomó con Saphó clases particulares de administración de empresas). Países quilombo o países enquilombados hubo más de uno

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en la historia. Hasta que llegó alguien (o muchos), mandó parar, y acabó la diversión. Y, al final de cuentas, un quilombo no es tan dantesco. Los cambalaches, en cambio, desde ***La piel de Zapa*** y ***Old Curiosity Shop***, son, como diría Cortázar, deprimenciales.

Admitimos que esto último es cuestión de gustos. Lo que realmente importa, semiológicamente, es que un cambalache, en cuanto cambalache, no es **ordenable**. Además de ser una contradicción en los términos, se fundía en una semana. ¿Se imagina, Rossler, a los don Chicho y San Martín, Don Bosco y Napoleón, clasificados en estanterías y según tamaño? Salvo que pensemos en los cambalashes de San Telmo, los de la placita Dorrego, tan amorosos. Pero esos son *pra os garotos,* Rossler.

Un cambalache en serio es como Discépolo y usted lo imaginan. Y me temo que lo deseen (si el que imagina desea siempre) *"para el 202 y para el 2000 también"*. Para nosotros, el 2000 está ahí. Para Discépolo, *"2000"* era como *"cincocientos mil millones"* para un nene que está aprendiendo a contar, o 10.000 para los griegos, es decir, el número infinito, que en unidades de tiempo es: siempre, **eternidad**. ¿Desea esto Rossler? Nosotros preferimos, para 1986 digamos, un *"quilombo argentino"* en buen orden, donde Rossler fuera hacerse sus nochecitas donde le dé la gana y los Mavortes briosos - en situación de retiro - tengan sus surcos que cavar o sus tubérculos que plantar - si son incapaces de imaginar un ocio más productivo - con más provecho para su presión arterial, menos ridículo para su institución y menos vergüenza para el país.

• VI •

Rossler, *ex post factum,* reivindica militantemente el sentido político de su poema. Así, anuncia una conferencia con el título *'Cambalache 82, poema de denuncia'*. Borges presenta su *'Juan López y Juan Ward'* sin ninguna clase de comentario. Quiere que el poema hable por sí mismo, que diga su propuesta política. Tratemos de saberla escuchar.

> *"A Juan López y Juan Ward les tocó una época extraña (...) el planeta había sido parcelado en diversos países (...) su arbitraria división era favorable a las guerras" (...) "Ward había estudiado castellano para leer el Quijote (...) el otro profesaba el amor de Conrad (...) que le había sido revelado en un aula de la calle Viamonte (...) "Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez (...) en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel. Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen".*

Dice el poeta que el hecho que refiere *"pasó en un tiempo que **no podemos entender**"*. Nos deja, con ello, frente a una primera tarea: establecer

quiénes son los **nosotros** apelados por la desinencia verbal. Descartamos, por obvio, que se trate de un **plural mayestático** o de un **plural de autor**, un sujeto singular mentado en plural. Hay que rastrear algún sujeto colectivo. Pero este **nosotros** no remite ni anafóricamente a alguien previamente mencionado e incluido en la función de relatar; ni deícticamente a **un nosotros los que estamos aquí**. Tampoco es un **plural de encubrimiento**, un yo que quiere disimular su nombre. Parecería que sólo nos queda interpretarlo como alguna forma de **plural de generalización**, que abarcaría al poeta y a todos los miembros de alguna clase lógica en la cual el poeta pueda ser congruentemente incluido. Aquí, el **nosotros** podría designar **a todos los poetas, todos los argentinos, todos los argentinos y los británicos, todos los humanos**. En cambio excluye infinitas clases virtuales, tales como: **los cojos de ambos pies, los cíclopes, las Hijas de María, los que no colaboramos en el suplemento literario de *Clarín*.**

Tenemos que inferir que el **nosotros** –la clase lógica que el poeta constituye mediante la acción de enunciar– es la de **todos los que no pueden entender el tiempo** en que les cupo morir a los dos Juanes. Nuestra primera tentación es reconocernos como pertenecientes a esa comunidad de no entendedores: los que no entienden del todo; los que creen entender, mas no están ciertos.

Pero un malestar difuso nos arredra, y decidimos primero escuchar más y con mayor cautela. Advertimos que el poeta no habla de un hecho contingente, de una falta de intelección por insuficiencia de datos o porque no se han descubierto aún las conexiones que los articulan. Parecería hablar de un tiempo **necesariamente** imposible de entender, porque no se puede y aun **no se debe**, comprender. Si esto fuera lo que intenta persuadir, la operación del **nosotros** generalizador sería empráctica, performativa, **política**. La misma que se consuma en las interrogaciones retóricas *("¿Pasaremos en silencio este agravio?")* o en los mandatos en indicativo, como los que se dirigen a los pequeñines *("Ahora hacemos pis, y nos vamos a la cama")*. A un **nosotros** así, no aceptamos que el poeta nos lleve.

No por ello nos separamos de él: seguimos escuchando. Ahora, eso sí, con prevenciones. De los políticos (sobre todo cuando democráticos y mucho más si populistas) durante décadas nos ha enseñado Jorge Luis Borges a desconfiar: son fértiles en ardides. Hay que sopesar cada una de sus palabras. En la más intrascendente –como *"una víbora entre las hierbas"*– puede estar oculto el *entimema.* Un oportuno *"¡Compañeros!"* tiene, de pronto, más eficacia persuasiva, motivadora de acción, que el más riguroso de los polisilogismos en *"Bárbara"*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Descondensados sus entimemas, el raciocinio del poeta discurre así: *"Dos hombres, que se llamaban Juan López y Juan Ward, estaban recíprocamente interesados en el lenguaje y la literatura del otro; ergo pudieron ser amigos, al encontrarse. Si no lo fueron, es porque algo ajeno a ellos lo impidió"*. Y el *locus* que funda este raciocinio es el que ya Aristóteles enseñaba a Nicómaco: la verdadera amistad es amor entre *iguales*, y se funda en la *virtud* que cada uno de ellos reconoce en el otro.

La **igualdad** (que no es lo mismo que la identidad, sino la síntesis de lo idéntico y lo otro) se prueba entimemáticamente aquí porque ambos comparten el mismo nombre propio, *"Juan"*, que, junto con *"Pedro"*, es el más difundido en los países occidentales de cultura cristiana. La **diferencia** objetiva reside en que uno es inglés y el otro argentino. Es lo que quieren demostrar sus apellidos **progenéricos**.

Y aquí nos reaparece el mismo malestar: si el poeta quiso **caracterizar** inequívocamente desde el eje de la nacionalidad, los apellidos progenéricos que eligió no resultan eficaces. **López** no es más peculiarmente argentino que Pietrafessa o Goldenberg. Distinto, si se hubiera llamado **Fierro**. Y **Ward**, semiológicamente, no puede rivalizar con **Bull** ni, estadísticamente, con **Jones** o **Smith**. Para peor, los semas que porta no son muy alentadores para un proyecto de amistad. **Ward** es *"tutor, guardián, vigilante, carcelero"*.

Tal vez el malestar se disipe si consideramos el modo como cada uno adquirió competencia en el idioma del otro. Ward **estudió** castellano para **leer** el ***Quijote***. No se aclara cuándo, dónde, ni cómo. Si de niño, si de adolescente, si de adulto. (Siendo Ward **mercenario** pudo tener entre 18 y 35 años, ser *Fellow* de Oxford o autodidacta.) Si solo; si con *Linguaphone*, si con un profesor particular. El poeta prefiere no informarlo: Ward lo quiso, trabajó activamente *(studere)*, lo logró. En cierto momento el ***Quijote*** fue suyo.

El acceso de Juan López al anglosajón fue un Sendero Espiritual, como el de Christian en el ***Pilgrim's Progress***. López devino el receptor de una revelación, en un lugar preciso, *"un aula de la calle Viamonte"*. El poeta asigna tanta importancia a la localización, que *"calle Viamonte"* es el único **topónimo** que aparece en el poema. Todos los otros lugares, Londres, Buenos Aires, Malvinas, son mentados sólo **perifrásticamente**. La precisión del lugar hace que también el **momento** pueda establecerse (por lo menos dentro de términos *post quem* y *ante quem)* mediante inferencia directa: **ni antes** de que en la calle Viamonte hubiera aulas **ni después** que dejara de haberlas. Antonomásicamente, aulas de Filosofía y Letras.

Lo revelado a Juan López fue algo concerniente a Józef Konrad Korzeniowski (a) Joseph Conrad, escritor **polaco**, que tras haber tenido que renunciar por razones políticas a su patria y a su lengua materna, se convirtió en uno de los máximos estilistas del inglés. No el único: uno de ellos. Y lo que se le reveló a López es que Korzeniowski es *"alguien al cual se debe profesar amor"*. Modo reverencial, **pasivo**, latréutico del amor.

El nombre del **revelador** tampoco consta. Pero si ese hierofante actuaba *"en una aula de la calle Viamonte"*, lo hacia con las debidas licencias, y la iniciación se consumó dentro de la asignación burocrática de incumbencias, la ostentación mistérica tuvo lugar con más probabilidad en el aula de literatura inglesa, no en la de geografía física ni la de psicología experimental. Aulas de Letras en la calle Viamonte existieron desde 1941 a 1969. Luego fueron trasladadas a otras calles. Y en esas aulas, literatura inglesa la enseñaron Rafael Alberto Arríela y Jorge Luis Borges, con sus respectivos adjuntos. Entre ellos habría que buscar el Juan Bautista de Juan López.

Pero, el iluminado, ¿habrá sido efectivamente Juan López? El poeta vuelve a desconcertarnos, lo cual es indicio de que quiere decirnos algo más de lo que parece decir, o que es algo que dice a pesar suyo. **No nombra** al iniciado por su nombre y apellido, como acaba de hacerlo con Ward, lo **alude** como **el otro**. Un bautismo al revés: López no recibe un nombre nuevo, simbólico de su nacimiento a la gracia, sino que pierde el que lo singularizaba (aunque con la tenuidad que hemos visto): renace como **El otro que Ward**, cualquiera no-inglés capaz de pasmarse ante Conrad.

Si López y Ward hubieran llegado a conocerse, su amistad no habría sido simétrica, sino **complementaria**. ¿Dice eso el poeta cuando relata que *"los enterraron juntos"*? Para saberlo, tendríamos que saber **quién** los enterró y si *"la nieve y la corrupción los conocen"* juntos en una fosa común con la multitud innominada de otros caídos. Porque el enterramiento por parejas en una misma tumba es de alguna manera **conyugación**. Abelardo y Eloísa.

• VII •

Muchos otros pares de guerreros jóvenes pudieron ser amigos y encanecer ejercitando la amistad. En Niso y Eurífalo *"un mismo amor había y a la par se lanzaban a las guerras"*. Hostigaban a los mismos rótulos. Pero Niso muere sobre el pecho de Eurífalo muerto y *"descansó, por fin, allí con una plácida muerte"*. También a ellos les *"tocó una época extraña"*. Ya el *"planeta había sido parcelado en países"*: helenos, troyanos, cartagineses, latinos, rútulos. Y *"esa arbitraria división era favorable a las guerras"*. Antes no era así. Cuando las hojas de las encinas sudaban miel y por el cauce de los ríos fluía la leche; cuando

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

reinaba Saturno y no había Abeles y Caínes.

Alonso Quijano, *"después que hubo satisfecho su estómago / y / tomó un puñado de bellotas en la mano"*, filosofando sobre los orígenes de la caballería andante y de la cultura, explica a los cabreros que en *la "dichosa edad y siglos dichosos (...) a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados (...) los que en ellos vivían ignoraban estas dos palabras de 'tuyo' y 'mío' "*. Hay quienes consideran que estos dos pronombres tienen que ver con la parcelación y la arbitraria división del planeta. En tal caso. López y Ward hubieran sido **partes interesadas** en la posesión de esas *"islas demasiado famosas"*, como Gungha Din o los jinetes de ***La carga de la brigada ligera.*** Previamente a la amistad, habrían tenido que ponerse de acuerdo sobre la tenencia de dicho accidente geográfico. Como en cualquier juicio sucesorio: la cónyuge supérstite, por ejemplo, y los huérfanos del occiso. Son bien conocidas las enternecedoras escenas de consanguínea piedad a las que puede dar origen una discrepancia por una parcela en este trámite rabulesco.

El poeta prefiere que Ward y López mueran inocentes del tuyo y mío, con la **inocencia del devenir**, y esas muertes, esa **temporalidad**, le resulta, lógicamente, incomprensible. Sólo que abarca la totalidad del tiempo humano, la **historia**. Por eso el poeta **no se rebela**, sino que se limita a **quejarse** de la inhumanidad de ese tiempo humano. Quejarse es aceptar: lo inhumano es, además, **inhumanizable**. Un tiempo así, hay que negarlo como **maya**, suspenderlo como sueño, deshumanizarlo en eterno retomo. Rossler –ya lo hemos visto– piensa algo semejante, sólo que su Musa tiene un poco menos de Mala Pata.

Buenos Aires, 5 de noviembre,
15.30 horas

La ilusión de unas islas *

Por *Néstor Perlongher*

Estábamos lejos de las remotas. ¡Y en compota! La penitencia de esa distancia (acaso, impenitente) nos ha estragado la escucha de esos glaciares ululares, derretidos, en esta calidez, reducidos a lo (sub)literario. Desde donde parecía más nítido cuan hondo los repliegues, los bordes de los fiordos (y aquí la mano lamborghiana: *"la de dibujo era la mejor"*) habían calado en la imaginación de los educandos. Nefandos idus. Así, la inspectora de primaria, cuando arrebujada en sus tapados de piel de nutria, o foca, bajara del coche, vería resplandecer (ecos del himno sarmientino: *"La niñez tu ilusión y tu contento"*) el mapa de un patriotismo infanto-juvenil acneico (*"y en tu pecho, la juventud de amor un templo..."*).

El tapado de piel de la inspectora les hubiera venido bien a los reclutas (sedentarios en un desierto del que no se deserta). Empero –obsesión de la buena letra– habrá de preferirse revestirlos de endechas (algunas a medio hacer, otras ya hechas). Se discute, se va a las manos, por la posesión de unos desiertos (de los que al parecer no puede desertarse). Se despierta, en el desierto, el vate: legañoso, ilusiónase: *"la guerra –imaginábamos– forzosamente nos dejaría en **relaciones sociales nuevas** (por momentos, la suponíamos triunfantes e inaugurales)"*.

La identidad de este **nosotros** –ya que no del borgiano– es clara: es la de los firmantes del unitario *'Entredicho'*: Alcalde, Grisafi, Grüner, Gusmán, Jinkis, Savino.

El *'Entredicho'* se eleva fugazmente al didactismo, cuando revela que el Estado Argentino **–espectador neutral–** no ha conocido en este siglo, guerras. Debe referirse, pensamos, a las guerras **limpias** (libradas, según las reglas de las artes marciales, entre Estados Soberanos). Soberanos, nos tienta. Pero no hay por qué suponer –en honor al localismo– que el fango de las trincheras de Ganso Verde ensucie, o manche, más, que el barro de las zanjas de Victoria, o el Tigre. Sólo que en el primer caso la pantera bélica ruge más estentórea, sin clandestinidad aparente. Lo que velaba, empero, la retórica es –y, peor, era– ya manifiesto.

Empero, una ilusión (*"con lo que acaso se logró ilusionarnos"*) deviene *"decepción"* –y *"objetiva"*. ¡Habíamos Sido Engañados! Los Vates –que nos preguntábamos qué función (...) *"nos tocaría cumplir"* en esas *"nuevas relaciones"* –nos reencontrábamos con *"el cierzo de la derrota"*– la *"soledad esencial"* del barranco. Ello tal vez nos ha salvado del dudoso oficio de, vestidas de chinas, y trenzadas, payar en los vivaques –*"Ahora nosotros, en guerra, pasábamos a ser un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta"*. De darse cuenta (o vuelta) nadie, en cambio, se salva.

Pero –reconozcamos– *nuestra* guerra no tarda en transformarse en *Nuestra* –mayusculizando una Ironía– del destino. Que nunca es tan transparente como cuando alude a la *"democracia moderna, fuerte, eficiente y ordenada a breve plazo"* que *"todos (¡) nos propusimos en 1976"*. Así nos va.

Así partían los vates, en una chalupa, a la deriva (*"adamados caballeros"*, diría Quiroga). No importa tanto que el cambalache de Rossler vacile en enquilombarse (protestando, de paso, nuestra brasilera pasión por la catinga), ni que el profesor de Viamonte no aclare qué funebreros, ni en qué féretros se entierra a las víctimas de

* Publicado en revista *Sitio* N° 3, Bs. As., diciembre de 1983.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una deliciosa *conyugación* –cuanto el escalofriante atrevimiento de los que escenifican, arbitrando la desmesura de una lidia entre un David y un Goliat equívocos, la pequeñez de un término medio. A medias entre Florida y Boedo, nos situaremos, ya que no en Libertad, en Cochabamba. Todo muy familiar, demasiado cercano. Y ya que mentamos a la *conyugación*, acotemos, por si las moscas, que la idea de la libidinosidad de los vínculos militares (¿acaso debería separárselos?) hacía ya las delicias de la clásica ***Psicología de las masas***. Rengueamos en este punto: ya que nuestra distancia nos ha impedido leer, más que de ojito, el *'Juan López y John Ward'*. Nuestra crítica no será, por lo tanto, literaria. Pero resumiremos nuestra impresión así: *OK, boy*, siempre hubo guerras, pero no siempre (he) estado.

Ya que el recurso a la guerra (¿máquina de guerra?) no oculta la torpeza de las territorialidades que, para desatarlas, se invocan (¿guerra de máquinas?). Soberano (de nuevo), el Estado zanja en la lámina de hule el linde de unos fiordos fantasmales. ¿Nos repetimos demasiado? Es que de demasiada repetición se trata: repetición de tableteos, los mangos de quienes los enuncian no han –ni acaso– mudado. Entonces, la inmediatez de una convocatoria que nos disloca de la reclusión al reclutamiento, requiere en su auxilio el silogismo de una tortuosa mediación. *"La culpa no la tiene el Comandante, sino la Reina de Inglaterra"*, diría el letrado payador al gaucho alzado y estaqueado. (Con la misma fragilidad acotemos, Puerto Rivero pasaría a llamarse Puerto Argentino, evitando, en honor a la plata, el homenaje a un cimarrón muy simbólico o muy imaginario.)

"Amargo el mate se le ha lavado al vate". Una ilusión de yerba que –no hay que olvidar– desvanecíase, se persigue al final en la ilusión –accidental– de un suelo: *"Previamente a la amistad* (López & Ward), *habrían tenido que ponerse de acuerdo sobre la tenencia de dicho accidente geográfico"* (un cabo, un estrecho, una península...). ¿Es ése un problema de los juristas, de los poetas, de los soldados, de los amantes, de los accidentados? *"Mano que escribe trazará una raya"*, decía, sobre su nombre, la acuática Alfonsina Storni. (¡Esos deslices de vocales!). La escritura, por salvaguardar la Historia, zambúllese en las marcaciones de una Geografía colorinche (*"Ningún trapo a cuadros podrá reemplazarla"*), de una Geopolítica enseñante. Que se diseña sobre un desierto sedentario, del que no se puede desertar.

¿Se puede? Aparentemente no es un problema para algunos de los firmantes de este *'Entredicho'* colectivo. Un *'Entredicho'* atrás escribía Jinkis (***Sitio*** N° 1): *"El intelectual que se ha arrancado de su origen, que lo ha 'traicionado', tampoco pertenece a ninguna otra parte"*. Y luego advierte: *"Este desarraigo encontrará el consuelo de algún reconocimiento"*... ¿Acaso un faro?

La desolada guerra, ¿nos ha cambiado el Sitio de lugar? ¿Lo ha acercado a unas islas? ¿Anclado en *"aguas territoriales"*? De tan glaceada en primavera –*"sudamericanista, anticolonialista, unión nacional"*–, la Musa acaba Coja en un glaciar. No hay que aflijirse: para enderezarse, guarda el consuelo de unos **derechos**.

Retengamos, por último, el inocente verso alfonsiniano:

"En el fondo del mar
hay una casita de cristal.
A una avenida de madréporas
da."

Sao Pablo, Enero de 1983.

A la tibia musa, de un vate desencantado *

Por *Jorge Jinkis*

Perlongher **habla** y **dice**. Aprecio cómo habla Perlongher, porque hablando se dirige... y demuestra así, una vez más, que aunque se quiera derivar no hay más remedio, hablando, que dirigirse a. Pero además aprecio que no evite dirigirse a quien su habla se dirige. Envía entonces su carta a ***Sitio***, y le agradezco que simule hablar de **él**, de **nosotros**, de **mí**, para tal vez hacer posible hablar entre nosotros. Cuando pregunta: *"¿La desalada guerra nos ha cambiado el Sitio de lugar?"*, ese *"nos"* nos gusta. ¿Nos será posible un sitio para hablar?

Hablar Perlongher, no es quedarse en un lugar. Hablar es siempre cambiar de lugar, aunque esto no vuelve equivalentes a todos los lugares. Hay gente que busca **el** lugar, cree elegirlo, para luego echarse un parrafito. También hay gente que va a parar donde lo mandan sus palabras. Pero hay palabras que hacen lugar. La palabra es tiempo, Perlongher, la palabra es tiempo y hace lugar. Si la revista ha *"cambiado"* de lugar, esto sólo significa que ha hablado... allí donde esperabas su silencio. Pero **no** "se ha dado vuelta" Perlongher, aunque haya que darla vuelta para leer: *"La localización termina, como corresponde a todo método intelectual, en la interrogación que pregunta por la ubicación del lugar"*. Habremos entonces de escuchar qué **dice** Perlongher.

Ante todo, su insistencia en el territorio: *"el mapa de un patriotismo"*, *"la torpeza de las territorialidades"*, *"tenencia de dicho accidente geográfico"*, *"zambúllese en las marcaciones de una Geografía colorinche, de una Geopolítica enseñante"*, *"la ilusión de un suelo"*, *"¿nos ha cambiado el Sitio de lugar, lo ha acercado a unas islas, anclado en aguas terri-*

* Publicado en revista ***Sitio*** N° 3, Bs. As., diciembre de 1983.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

toriales?". Así pues, para Perlongher, sufriríamos la torpeza de unos lazos que nos atan a un suelo ilusorio, sufriríamos de una cierta obsesión del espacio, de un deseo que marca los límites mezquinos de una geografía terrestre. Para siempre anclados en nuestro cuerpo ¡Ay!, exiliados de la Ciudad de Dios ¡Ay!, arrancados de la vida del Espíritu ¡Ay! ¿No es esto Perlongher lo lamentable? Ese lamento que escucho: ¿lo invento, lo exagero? Veámoslo despacio.

Pero no sin antes aclarar que lo **geográfico** nunca es tan sólo lo geográfico. Cuando eso ocurre, se incurre en folklorismo, y lo geográfico deviene tópico, tema sustituible. Pero lo geográfico, en especial si es un accidente, también puede tener **sentido**, convertirse entonces en lo que se llama un "problema"; y un **problema** Perlongher, es algo intransferible, algo no tan fácil, como lo hacés, de delegar en los expertos: *"¿Es ese un problema de los juristas, de los poetas...?"* Si el problema es de los juristas, los poetas no tienen problemas. Al menos los poetas de las películas que te gustan, los que se **mueren** cuando Alfonsina se mata, los que **flotan** cuando ella se hunde. Y que cuando salen del cine se suben las medias para no perturbar a un mundo tan ordenado por las jurisdicciones de los oficios.

"Siempre hubo guerras, pero no siempre (he) estado", aforiza Perlongher. Pero invocar los tiempos anteriores a la creación del Estado moderno, tiene la función actual de hacer pasar un gesto moral por estética, elevar una estética del gesto amoral a moral, para terminar en la vieja moral del gesto estético. De tantas morisquetas, la cara se llena de tics. Hay un tic de la vanguardia que se llama **transgresión**; si el acento es romántico, el pasado es la causa perdida que me alienta; si el acento es lógico, el pasado es un límite imposible. En los dos casos, el retorno de esos pasados tiene la rara virtud de colocarme a la cabeza del futuro, y la dimensión del héroe es una función de las magnitudes de los obstáculos que su imaginación interpone a su marcha transgresiva. No es pues mera indiferencia, sino argucia imprèmeditada: parece desentenderse de las fronteras entre los estados, para traducirse en el trabajo diligente de levantar fronteras alrededor de cada estado... del alma esta vez. El cuerpo del poeta se espiritualiza en un universo donde cada discurso tiene indicada su parte.

Perlongher **no** nos dice: *"Soy amante cuando me arriesgo, accidentado cuando tropiezo, poeta cuando invento, un niño cuando me aburro o cuando me divierto, un cobarde cuando me traiciono, un soldado cuando obedezco (¡ay que también me pasa!)"*. Perlongher no lo dice porque él **sabe** qué es un amante, qué es un accidentado. Y sabe entonces qué puede pasarles a cada uno de ellos, qué **debe** ocurrirles, qué ilusiones tocarles.

Sin embargo, alcanza con advertir que me toma como **contraejemplo**, para darse cuenta que **también** él —no sé si quiere o no enseñar— tiene un discurso enseñante. Enseñar nada más que *"lo que se puede"* y nada menos que lo que *"no se puede"*. Como esas torpezas que en el final de la contorsión se disfrazan de saludo, una desenvoltura para con la moral termina siendo una moral de la desenvoltura. ¡Tan juguetón, y tan serio para equivocarse! Pero nunca fue necesario ponerse serio para equivocarse en serio.

Perlongher se protege, podríamos decir que arriesga protegerse, y nos advierte: *"Nuestra crítica no será literaria"*. Pero en *"siempre hubo guerras..."* hay toda una estética. Cuando digo **lugar**, Perlongher, **tiempo**, estoy diciendo: **particular**. No peculiaridad elevada a rango universal como valor exótico; **particular** nombra las coordenadas mitológicas en las que está anclado mi cuerpo y que pueden arrastrar desde los ecos de una tradición ignorada de mí mismo hasta los fantasmas más singulares que viven en una literatura. Y esto es lo que aplasta o lo que ignora, pero es lo mismo, esa homologación de cualquier cosa como caso de lo general: *"Siempre hubo guerras..."*. ¡Y al fin humanos!

"Hay una gran diferencia —nos dice Goethe— *entre el poeta que busca lo particular con miras a lo general y el que ve lo general en lo particular. El primero da nacimiento a la alegoría, donde lo particular vale únicamente como ejemplo de lo general; el segundo nos entrega la naturaleza propia de la poesía: ésta enuncia lo particular sin censar en lo general, sin apuntar a él"*. Homologar, y contra tus propias palabras, *"el fango de Ganso Verde"* con *"el barro de Victoria"*, es aplastar lo mismo contra lo mismo desconociendo todas las diferencias, es apoyar la moralidad de la alegoría en la oposición **limpio/ sucio**, y es incluir lo **manchado**, estremecedor escándalo, en los dominios ahora extendidos del Bien. ¿Todas las guerras, la guerra? Pero no toda es vigilia, la de los ojos abiertos. Ni poesía un verso que se quiere despierto.

Hasta aquí, lo que el discurso de Perlongher dice. Sólo que Perlongher agrega lo que cree comprender. Y en esto, Perlongher es ilimitado. Así que abrevio: no entendiste ni jota, Perlongher, de Jinkis, ni del **nosotros**. La ironía que marca a un enunciado, Perlongher, divide entre el autor, el firmante, y la enunciación de ese enunciado. Al no leer la ironía, me identificás a un enunciado, imaginás lo que pienso y te mostrás en desacuerdo. Yo me encontraría entonces en la situación de estar de acuerdo con tu desacuerdo. Pero nada de esto. Y precisamente porque, entre otras cosas, el *'Entredicho'* del 2 fue escrito contra una modalidad del izquierdismo ideológico que reducía la guerra, como lo haces vos, a un **recurso para** convertir a los esclavos en soldados. Reducir la guerra a un **recurso** es convertirse en psicólogo del motivo y de la intención. (En cuanto a la freudiana mosca, hay que recordar que Freud se negó a ha-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cer una condena global de la guerra, en plena guerra, diciendo que no eran todas equivalentes).

Cuando se le confía el argumento a la ironía, se extiende esa confianza a la lectura. Es esperable que el lector discrepe, o rechace el modo, o conceda a la ironía un lugar inesperado para aquel que escribe. Pero también es esperable que el lector **lea** la ironía. Dos veces Perlongher la ha dejado pasar inadvertida. Casi otra ironía, pero no diré del Destino que es otra figura. La primera explica —presumo— su simpatía por el *'Entredicho'* 1, la segunda, su crítica del *'Entredicho'* 2. Su imaginación lo ausenta de esa figura que llamamos **lector**: lamentable, pues **lectura es** el nombre de ese sitio que haría posible hablar entre nosotros.

Puedo ahora, en ese portorriqueño básico que tienta a Perlongher, resumir también mi impresión: Es cierto chico, no hay como *"leer de ojito"* para meter la pata, y no alcanza la disculpa *"rengueamos en este punto"* para hacer acabar la Coja, **musa**, como por acá se dice.

La localización entonces, termina en la interrogación que pregunta por la ubicación del lugar. Un *"nosotros"*, dice Perlongher, está encerrado en las fronteras de un patriotismo ilusionado. Perlongher se encuentra más allá. Pero ¿dónde precisamente? Su **pasión brasilera**, ¿no localiza esa pasión en *"las marcaciones de una Geografía colorinche"*, en *"las torpezas de las territorialidades"* según *"el mapa de un patriotismo infanto-juvenil acneico"*?

Vayamos al grano: la brasilera pasión es una pasión no menos argentina, argentinísima, un lugar donde el alma delicada del liberalismo **progre** ha encontrado en estos últimos años el clima tibio en el que pueden florecer sus manifestaciones expresivas. Es, también, otra política.

Retengamos por último, esta inocente letrilla gongorina:

Lo artificioso que admira,
y lo dulce que consuela,
no es de aquel violín que vuela
ni de esotra inquieta lira;
otro instrumento es quien tira
de los sentidos mejores.

Buenos Aires, junio de 1983

Ilusiones de isleño *

Por *Ramón Alcalde*

Sitio publicó poemas de Néstor Perlongher en sus dos primeros números (más improvisados). Lo hace en éste (menos ingenuo). Lo seguirá haciendo mientras Perlongher lo quiera, si –como todo lo indica– mantiene su rango de uno de los mejores y significativos poetas argentinos actuales. Le agradece que se haya jugado al criticar en esta mística estafeta. Hay algo más importante: Perlongher —como me lo hizo ver una de mis Aristarcos, Susana Cerdá— quiere **contrastar** su visión de la Guerra con la nuestra: pudo publicar su crítica en otro lugar. Mi respuesta aspira a ser una vuelta de tuerca más sobre una cuestión pendiente y mantener a ***Sitio*** como recipiente abierto y lo más osmótico posible. Perlongher me motiva a ejercitarme en una **dialéctica de la inclusión**, para la cual todos mis vicios de formación y mis surtidas psicopatologías me habilitan parcamente.

Perlongher ha sido duro con nosotros. Explota sin compasión todos los rigores que su código le permite. Nos viste de chinas vivaqueras y nos envía en chalupas estultíferas tras nuestros hombres que bogan al combate. O nos fabrica, como la Storni, una casita de cristal, en el fondo del mar. Un acuario inverso, desde el cual veamos flotar los cadáveres de los ahogados del Belgrano o del Sheffield. Tampoco fue honestísimo. Nos asigna **intenciones** que sabe no podemos tener, como la *"obsesión por la buena letra"*, al servicio de Galtieri, Anaya & Lami Dozo, o sus presentes y futuros representantes en el Estado, dictatorial o democrático. Nos **subvalora** como arrastrados por un *"patriotismo infanto-juvenil acneico"*; como *"ilusos vates legañosos"*; como capaces de *"darnos vuelta"* ¡...! Nos cita, además, de un modo tan descuidado (o mañoso) en el uso de las comillas, que quien no haya leído el *'Entredicho'* del número 2° puede quedar completamente mal informado. Tanto, que decidí apelar a notas o postdatas (la ficción es que nos intercambiábamos cartas) para corregir esas citas sin cortar el hilo de mi ideación.

Para rebatirnos, Perlongher recurre a una elección estilística difícil de caracterizar, pero cuyos instrumentos principales son: 1) una **libre asociación ficta** (porque su carta no es el protocolo de un gabinete de psicología experimental ni de una sesión analítica); 2) cuya **función es disociar y/o encubrir** las relaciones lógicas que articulan los enunciados parciales (porque Perlongher no hace, clínicamente, *"ensalada de palabras"* ni tampoco *"dadá"*); 3) organizada sobre el modo del **delirio**, 4) **meliorativamente ideologizado**, que se vuelve más atáctico, y casi descontrolado ya, en los cuatro párrafos finales, aquellos donde parecerían insinuarse **sus propuestas** alternativas, teórico-prácticas.

A esta técnica de Perlongher quiero que mi texto oponga una escritura algo más estructurada, que me dificulte (y dificulte a los lectores) tirar la piedra y esconder la mano o puentear el audífono. No es por caridad. Perlongher no la necesita ni la merece, sino porque cuestiono su **código político, ético y estético**, que es quien le recomienda o prescribe la **forma** que eligió. Pero más que nada porque lo

* Publicado en revista Sitio N° 3, Bs. As., diciembre de 1983.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sino porque cuestiono su **código político, ético y estético**, que es quien le recomienda o prescribe la **forma** que eligió. Pero más que nada porque lo de Malvinas sigue siendo para mí algo demasiado patético como para resbalarme hacia lo que desde mis referencias no puedo sentir sino como frivolidad. Aun sabiendo que el delirio –el real, y peor aún el ficto– marca un comienzo de desintegración del sujeto frente a una realidad que le resulta demasiado intolerable o, lo que es más grave aún, un intento de **reconstruirla**. Es decir, de remodelarla imaginariamente, **nominándola** en vez de intentar **modificarla**. Otras literaturas y escrituras, ilusas ellas, lo pretenden. Modificar aquello que lo dado tiene de modificable. No que un meridiano pase por Greenwich, por ejemplo, sino la decisión humana de tomarlo como cero en la medición de las longitudes terrestres. O la presunción de que, si pasa por Londres, debe ser más serio y fidedigno que si pasara por otro lugar. Cambiar lo cambiable. En primer lugar, homoplásticamente, la (propia) literatura, borde más cercano de lo real.

Además de subvaloraciones y tergiversaciones, la carta contiene dos modalidades de enunciación situadas en un nivel lógico diferente, arduas de entresacar de entre los juegos de palabras, las paradojas, los saltos pindáricos y otras bonitas **subversionesdelenguaje**, donde, lamentablemente, Perlongher no da su **Do** de pecho.

Me refiero a las **enmoralizaciones** a las que sesgadamente nos somete, recompensándonos o puniéndonos *por el grado de realidad y honestidad de nuestras ilusiones*, evaluadas desde su ideología política, un anarquismo estetizante; y a las **teorizaciones** ultracondensadas sobre el sentido del Patriotismo (el término es suyo, no nuestro); la Guerra; el Estado; la Literatura; la Historia. Esta última, con la mayúscula ironizante o con la minúscula afectuosa de nuestra común pertenencia a parroquiales vicisitudes literarias. Inmediatas (los dos primeros números de ***Sitio***); cercanas (la década, alboral o inaugural, para Perlongher, del ***Fiord***); míticas (la trajinada Alfonsina).

Y aquí percibo el más dolorido de los reproches, por no expresado *(das Ungesagte)*, lo **no-dicho** o lo **sin-decir**, (ya que en este número convivimos con Heidegger). *¡Cómo, muchachos? ¿No habíamos quedado en que...? ¿Cómo, han cambiado desde que me fui?*

Es verdad. **Cambiamos**. En parte, nos cambiaron; pero, mucho más, **quisimos** cambiar o dejarnos cambiar. Si no lo hacíamos, nos quedábamos solos. Solos de quienes **nos interesan**. De lectores reales o imaginados. Solos, en esa monserga del *"exilio interior"*, de la *"catacumba"*, novedosísima argucia, que no define nunca el lugar de la **expulsión** (o del irse a baraja); una especie de jubilación reversible, de la que afloraremos algún día, *"los puños llenos de verdades"*, tan rizaditos como Alicia del Pozo de Melaza. Y mucho mejor legitimados por nuestro martirologio que los mersas eyectados hacia los Pontos no tan brumosos de París, Barcelona, Rio de Janeiro, *M.I.T.*, México D.F.

Pero tengo que preguntarme hacia dónde exactamente viré o cambié yo, si es que lo hice, porque aquí no puedo hablar corporativamente por los demás de ***Sitio***. Hacia asumirme mejor como **vate**, antiironizando a Perlongher. La palabra me parece hermosa. Y reaparece, ella misma o bajo algún visaje sinonímico, cada vez que la literatura no duda de si misma, usurpa irreverente los vocablos más litúrgicos, birla el podio a pontífices y augures, invade, imperializándolos, los discursos ya vanos o insuficientes de la religión, la ciencia, la filosofía, se tutea con los Grandes de la Tierra *(audi, tu, filia Sion)*, los amonesta, los hace y deshace a su gusto, como lo que son, como figmento. La literatura de Isaías, de Hesíodo, de Esquilo, de Horacio, de Dante, de Moliere, de Schiller, Víctor Hugo, Zola, Sarmiento, Hernández... Eso quiero. Cosa distinta —y más que dudosa— es que me salga bien, que logre hacerlo en mínima decorosa medida, plumífero de fin de semana, bala perdida temperamental que siempre fui.

Pero Malvinas no me deja otra instancia. ¿Qué haría, si no? ¿Cazaría rimas y antónimos en el ***Gradus ad Parnassum***, me documentaría en Charcot o Kraft-Ebbing; me dejaría quemar el pico, trabado por mis alas de albatros; increparía a Amarillis, *"sorda cual mármol a mis quejas"*; fabricaría con Hugo Savino, María Carranza, Florencia Dassen, *cadavres exquis?*

No sonreíd tan pronto, alacranes: no es que propicie ningún retorno enmoralizante al *"compromiso social y político de la literatura"* no me precipito a la más cercana Mesa de Trabajo. Tampoco quisiera adoctrinar a nadie. Opino, no más, que la literatura en la Argentina (o algunos escritores argentinos a los que les interese) tenemos que aprender o a **reaprender**, a ser **trágicos**, si no queremos terminar en bufonescos. Algo parecido, creo, sintió Raúl Gustavo Aguirre ya en 1979, cuando, en el *'Prólogo'* a ***Malditos los gallos***, de Raschella, escribía: *"Importa en este tiempo, en que el lugar de la literatura, y el más sagrado aún de la poesía, está siendo ocupado por los artífices de la distracción, por técnicos del lenguaje, que voces como ésta* [del prologado] *vuelvan a recordarnos la seriedad y la gravedad de la poesía"*.

Tragedia tiene muchas acepciones y muchas modalidades. Las de Antígona, Hamlet, Pascal, la apócrifa de Unamuno. Más cercanas en el tiempo (y hago una deliberada paradoja), las de Faulkner, de Dos Passos, la de Céline. La del *'Daisy'* de Néstor Perlong-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

her, en este mismo número de *Sitio*. En este camino de acceso o de recuperación de lo trágico, sin cuya presencia no conozco literatura nacional que haya ascendido al interés y la perduración universales, los escritores argentinos de 1976—1983 tienen una ventaja: la de haber sido sumidos y haber quedado atrapados en la tragicidad transubjetiva de una historia que parece cerrada como destino de deshumanización. El Proceso, Malvinas, y (aunque no quiero ser grajo de mal agüero) todo lo que nos queda por pasar.

(Daniel, marinero conscripto c/63, obtuvo finalmente que lo embarcaran en el General Belgrano. Hasta entonces, era asistente del Capitán de Fragata y paseaba los afghanos de su esposa por la Base. No es un lumpen ni un villero. Vive en una *Tarzán* muy decorosa, sobre un lote propio, o propio de un tío o un compadre que faltó un día. Manotea con la lectoescritura y la *Klassen-bewusstsein*, su conciencia de clase, a pesar de que él y sus correntinos progenitores hablan, con ocasionales *añamembüíes*, uno de los castellanos más castizos que jamás escuché, incluido el de mi abuela, que era de Santillana del Mar, donde tenía fincas, y hermanas en las Huelgas de Burgos. Vive allí, en un pseudopodio rural del conurbano, desde donde se viajan dos horas para llegar a la fábrica o a la obra, cuando las hay. La Capital, a la que el padre de Daniel, que tiene 45 años y hace 20 que llegó de la chacra tabacalera de Goya, no conoce sino por haberla cruzado una vez, cobra ahí perfiles de Catay o de Tierras del Preste Juan. Los chicos de primer grado, en sus casas, toman la sopa íntegra, se dejan vacunar contra la parálise o se lavan sin chistar los pieses (las niñas las partes pudendas) antes de meterse en la cama, con el compromiso de que, cuando sean grandes y cumplan 15 años, irán a conocer el zológico y la escalera mecánica del suterráneo. Por promesas a la Virgencita, en cambio, la familia camina en una noche los 30 kilómetros a Lujan, los tres últimos trechos con garbanzos en los zapatos, y sube de rodillas la escalera del Camarín, menos doña Tarsila, por la artrosis. Dice Daniel que, cuando oyeron el sacudón y la explosión, y empezó a salir fuego de la sala de máquinas, todos corrieron a las balsas. El llegó cuando no quedaban, y tuvo que tirarse al agua para que lo alzasen. Pero en una de las dos a las que llegó nadando, un oficial, con la 45, no dejaba subir, porque estaba repleta y si subía uno más, se hundían todos al carajo. En la otra iba un flaco santiagueño, que había viajado con él desde Constitución cuando los incorporaron, y lo alzó. Anochecía. Al ratito empezaron a oír los gritos de los que estaban en la otra balsa, que venía suelta porque no la habían podido amarrar a las demás con los cabos que se tiraron. Había nada más que dos o tres tripulantes, que no podían calentar con la irradiación de sus cuerpos la carpa hermética, y tenían mucho frío. *"Viera como gritaban. Nosotros no podíamos hacer nada. Después se hizo oscuro del todo. No los veíamos, pero los seguíamos oyendo. A eso de las cuatro, dejamos de sentirlos. Entonces me dormí, aunque se me helaban los pies. Al principio, soñaba todas las noches. Pero el dotor de la Base me dijo que no tenía que pensar más. Ahora no sueño casi nunca"*.

Daniel volvió indemne al Barrio. En el *Pul* de la estación, los sábados que se corre hasta allá, lo saludan como un Agamenón; la Perla, el rosquete que durante lustros le negó, lo entrega ahora de buen grado. Un cuerpo *taragüi*, que ningún año olvida el vasito de caña con hojas de ruda los 21 de junio (tiene que ser ruda macho), no es fácil de gangrenar, y no necesita que le amputen piernas sin anestesias, como hubo que hacer en Puerto Argentino, dos horas antes de la rendición de Menéndez, porque se había acabado.)

Cuerpos supervivientes como el de Daniel son los que me interesan para lectores. Ilusionadamente, siento que para ellos hay que escribir, como hay que hacerlo para los mutilados, los torturados o para esos nietos de mis amigos a los que algún día los abuelos tendrán que contarles que, *"Bueno, resulta que un día estábamos mirando la televisión y nos hablaron de la comisaría. Que te pasáramos a retirar del Patronato de la Infancia. "—¿Y yo cuántos meses tenía? —A ver, déjame pensar... y tendrías 18 porque..."* Y no basta escribir para ellos Solicitadas o Hábeas Corpus. Eso, por supuesto. Pero también habría que escribirles, de alguna manera especial, de lo que la literatura escribe, es decir, de *todo:* de Aquilea, de Clitemnestra, del piadoso Eneas, de Beatriz y de Laura, de las cloacas de París, de la *Walpurgisnacht*, del perro Cipión y del perro Berganza (sin olvidar al compendioso Kater Murr), de las *catleyas* que Swann y Odette hacían juntos después que aquél encontró la primera en el corsage de ésta, y hasta de lo que le aconteció a Sancho la noche de los batanes, o a Estrepsíades cuando vio llegar a las *Nubes*. De la rosa, también, ¿por qué no?. Y de la *"gota de agua donde se ve el universo entero"*. Los sobrevivientes ¿no lo somos todos? **necesitan** que se les hable de esto. No he de ser yo quien los deje solos con esa **cancelación de sentido del mundo**, esa pérdida de orientación que, argentinos, vivimos y seguimos viviendo. Y no es la misma que la de Eva Gardner, Raskolnikof, Gregorio Samsa.

Para hablarles como necesitan oír y como necesito escribirles, mi mano tiene que apretar la pluma o pulsar la tecla de la *Lettera 22* con un pulso distinto, que todavía no sé cuál es. Me va mucho en descubrirlo, y sé que dejando **territorio** argentino no lo he de encontrar, o por lo menos que el abandonarlo no me lo garantiza ni me lo facilita. A otros posiblemente sí. Eso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se sabe **después**. O en el ínterin. De todas maneras, si me fuera, no estaría mirando con el rabillo del ojo hacia atrás. Como Orfeo o la señora Lot.

Y comprendo que a Perlongher, que optó por lo contrario, le resultemos patéticos los de ***Sitio***, con nuestras ilusiones tan gélidas, tan desérticas, con nuestros guardapolvitos blancos cantando *"Salviargentina"* en Puerto Riberino o tomados de la mano con nuestras noviecitas de Parque Lezica, cambiando Nerudas por Alfonsinas. Perlongher, retrotraído a **un Estado en el que no está**; si no mira mucho a su alrededor, ni se dará cuenta del Escuadrao, de Macunaima, de Joáo das Mortes Matador do Cangaceiro. No necesitará correr como nosotros, iluso, tras **imposibles** ilusiones de *"relaciones sociales nuevas"*. Fuera de **su** Estado (el de su pertenencia originaria), escribe **como si** viviera fuera de **todo Estado**. Como los animales y los dioses (diz Aristóteles) como el filósofo (diz Nietzsche). No como Demódoco, que cantaba las hazañas de los aqueos a cambio de un pernil de cerdo bien dorado, chorreante de grasa y de sangre. Tal vez como Epicuro: *"Ibi patria, ubi bene"* (donde bien me va, ahí está mi patria). No vivió nuestras ilusiones. Tampoco el odio, la humillación, el dolor reales, que vivimos los de ***Sitio***. Manténgase en su ínsula, Perlongher con su ilusión extraterritorial, pero acepte, aunque más no sea como hipótesis, que podamos haber cambiado, y no por mala fe.

La preocupación por la literatura y cómo escribir me ha distanciado demasiado de la política concreta, cuya evaluación es el fulcro semitácito de la evaluación que Perlongher hace de nuestras ilusiones como infantiles –por ser de **realización imposible**– y, consiguientemente, ilegítimas, **inmorales**. La enajenación en que incurrimos no hubiera sido factible, si no nos hubiéramos encontrado incluidos en una **política incorrecta**. En una guerra perdida de antemano, por la desigualdad de fuerzas entre los contendientes; lanzada por un Estado siniestro (el argentino) contra otro Estado (no se aclara si no siniestro o menos siniestro) que, si por él hubiera sido, nunca habría recurrido a la guerra para retener la *undis-turbed possession* (la posesión incontrovertida o *"pacífica"*, como dicen los jurisconsultos) sobre unas tundras subpolares. Perlongher ni siquiera toma en cuenta que, para que haya guerra, tiene que haber dos bandos, que cualquiera fuera el desatino del gobierno argentino al invadir las islas, el gobierno inglés pudo haberse **abstenido** de la guerra y el estadounidense pudo no haberlo ayudado, política y militarmente. Sin Ascensión, sin satélite, sin espionaje de CIA en Argentina, sin armamento y materiales avanzadísimos, la recuperación inglesa de Malvinas hubiera sido mucho más difícil, y acaso impracticable. En

cualquier caso, infinitamente más costosa.

Borges condena las guerras por parcelas territoriales, en última instancia, **cualquier guerra**, pues siempre hay un territorio en juego. Acrata consecuente, *"con la tripa del último fraile"* –como Riego– *"ahorcaría al último rey"*. Perlongher, **elípticamente**, exceptúa: hay guerras y guerras. Si ***Sitio*** se hubiera hecho cargo de **otra guerra** en Argentina, la que alude mediante zanjas, ***Sitio*** hubiera estado históricamente en lo cierto y políticamente **en lo recto**. Su opinar sobre Malvinas habría sido menos progobiernos militares del Proceso.

Por ahora, Perlongher, no voy a hablar de esa guerra que usted dice que obliteramos. Pero le propongo un trato. Usted viene a Buenos Aires y explica públicamente las coincidencias que ve entre Prado del Ganso (o Ganso Verde) y Tapiales o Azul. Me comprometo a exponer mi punto de vista en igual número de páginas, para ver si y en qué discrepamos al respecto. Pero con una condición: usted me presta por un tiempo su deptito de Sao Pablo, por si las Tres Moscas.

Con estas aclaraciones previas, intentaré explicar mis **ilusiones personales**, no la de los otros integrantes de ***Sitio***.

Ante todo, me parece imperdonable que se nos presente como si en algún momento hubiéramos creído que la intención de la Junta fue llevar hasta sus últimas consecuencias el *enfrentamiento contra el imperialismo* estadounidense e inglés y contra sus aliados de la NATO, o que estuviera dispuesta a cumplir en lo interno las *transformaciones políticas y económicas* que ese enfrentamiento, para tener sentido y alguna posibilidad de éxito, requería. Todo el *'Entredicho'* (aunque con palmaria ineficacia, puesto que un lector como Perlongher pudo leerlo al revés) plantea exactamente lo contrario. Es verdad que lo hace por la vía preferencial de la litote, el sarcasmo, la oblicuidad. Pero también por la **aserción** directa. Decimos abundantemente que la guerra fue puesta en marcha por razones imposibles de conjeturar y que un año después siguen siendo desconocidas; movilizando lo peor de los medios de manipulación masiva para engañar a la opinión popular; poniendo de manifiesto la miseria moral más tremenda por parte de personajes clave en su conducción.

Sólo que nos negamos a que **se encubra todavía más el sentido** que para Argentina, Hispanoamérica, el mundo colonial, las clases oprimidas de los mismos países centrales, **cobró la guerra una vez trabada**. Cuestionábamos a Borges y Rossler porque contribuyen a ese encubrimiento a través de la ideología que sustenta sus poemas. Pero ellos, de todas maneras, convivieron con nosotros, aquí, la guerra. Perlongher no estaba en Austria-Hungría, sino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a dos horas de avión o 48 de ómnibus de Buenos Aires. Con irreprochable derecho decidió quedarse, mientras en la embajada argentina y en los consulados se anotaban voluntarios brasileños (psicópatas, sin duda; ilusos, ni que hablar, muchos de ellos) para combatir por Argentina contra Gran Bretaña y Estados Unidos. También, si tanto era su desacuerdo, pudo regresar para tratar de **impedir** la guerra. No necesariamente quemándose como bonzo. Hubiera bastado un poema.

Mis personales ilusiones sobre la guerra, en las cuales, sin embargo, sé que no estoy solo, son dos: 1) cualesquiera hayan sido las intenciones, las circunstancias y el modo como se la inició y se la llevó a cabo, la guerra **pudo ganarse y estuvo a punto de ser ganada, pero fue vendida**, 2) esta guerra entre un país dependiente y las dos mayores potencias imperialistas, más sus aliados de la NATO, implicaba forzosamente **la aparición de condiciones sociales nuevas**. Pude creer que esas condiciones serían promovidas, lo más limitada y contradictoriamente que fuera, por quienes estaban conduciendo la guerra. Pero lo creí porque imaginé –sobre todo en las fases iniciales– que la guerra se iniciaba **para no perderla**. Puedo haber sido ingenuo. Pero esto no me parece lo importante. Sí, en cambio, que las nuevas condiciones sociales **están dadas**, y que lo están como consecuencia no querida de la guerra. Que se las desarrolle o se las aborte (o que se las intente abortar) es algo que ya no depende del Triunvirato que decidió la invasión. Depende **de todos los argentinos**. De lo que políticamente hagamos.

Personalmente no soy belicista. Las guerras no me gustan. Pero si mi país se encuentra embarcado en una prefiero que la gane y no que la pierda. Me consta que más de un argentino –civil, militar, financista, ejecutivo multinacional, vate o bardo–, en el caso de Malvinas, prefiere y hasta **necesita**, objetiva y subjetivamente, lo contrario. Se lo imponen sus intereses, materiales (y esto, en definitiva, es menos preocupante) o ideológicos, y esto sí que es grave, por lo gratuito y suicida. Creo que esta última actitud es la que se oculta bajo los *"pecados originales"*, las *"invariantes históricas"*, los *"seres nacionales"*, etcétera, en cuya extracción, con obstinación alquímica, está empeñado el *irracionalismo idealista*, de *droite* o de *gauche*. O algunas *avantgardes*.

Aun mal planteada, la guerra pudo ganarse. Por lo que hasta ahora sabemos sobre el desarrollo **real** de las operaciones (no por las versiones de la propaganda argentina y británica), con sólo que los torpedos del *San Luis* y los exocet y bombas convencionales que hicieron impacto en las unidades más importantes de la fuerza expedicionaria hubieran estallado, la flota anglonorteamericana habría tenido que retirarse y renunciar a la recuperación.

La otra alternativa que le quedaba, ampliar la escala de la guerra bombardeando el territorio continental sin posibilidad de ocuparlo, le era **política y militarmente imposible**. Todo esto, sin necesidad siquiera de que Argentina recurriera al apoyo de la ex aliada de Gran Bretaña y Estados Unidos en la II Guerra Mundial, es decir, la URSS y sus asociados.

Sobre cómo fue posible el desembarco, la cabecera de playa, la descarga de la inmensa cantidad de materiales que la Flota puso en tierra; sobre la marcha hasta Puerto Argentino y sobre todos los otros detalles de la defensa terrestre, me abstengo de opinar. Esperaremos el "informe". O nos informaremos por propia cuenta, antes o después.

Lo cierto es que el *"león británico"* resultó bastante de papel, de gasa, gaseoso. Sus últimos rugidos, o estertores, los había dado por boca de Churchill; por boca de Maggie Thatcher, babea senil o a lo sumo, eructa. No sé si esto es triunfalismo revisionista, pero es una convicción que se me impone, no a partir de un cómputo de acorazados, fragatas, portaviones *"tocados"* o *"hundidos"*, como cuando jugaba a la *"Batalla Naval"* en la escuela, sino a través de la evaluación de todos los enfrentamientos ocurridos en el mundo colonial desde 1914 hasta la fecha. Menos David fueron, sucesivamente. Cuba, Argelia, Vietnam, Irán, Nicaragua, etcétera, y más Goliath era Estados Unidos, nuestro ex *Big Brother* de la OEA y el TIAR. Porque lo comprendió así, interviene política, económica, militarmente en la guerra al lado del Coloso democrático, desafiado por un pueblo de pigmeos desconcertantes, que tres días antes enfrentaban al fascismo con una huelga general y ahora se dejan llevar entusiasmados a una degollina...

Hay más. Perdida la guerra, tenemos que elegir si **la damos o no por perdida** definitivamente. Y en cualquiera de los dos casos qué tenemos que hacer. Alsogaray, Mucich y todos los **recomponedores de relaciones**, locales o extranjeros, presentes y futuros, elocuentes, sibilinos o susurradores, **quieren** que demos el asunto por terminado, que **olvidemos** el desvarío. Porque las guerras sólo terminan de perderse cuando **los vencidos** lo eligen así. O cuando la victoria inicial va seguida del exterminio, el genocidio, el arrasamiento del territorio. Como los muchos que Gran Bretaña y cualquier potencia colonial tiene en su haber. Esta vez no nos sucedió, ni podía sucedemos, porque a Gran Bretaña **no le hubiera convenido**. ¿Cómo matar la gallina de los huevos de oro que ha sido siempre, para ella y sus testaferros o socios locales, la Argentina?

¿Usted está proponiendo una nueva aventura bélica? No exactamente. Lo que propongo es **retomar el enfrentamiento emprendido** para que se vuelva eficaz. Algo en la línea de Li-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sandro de la Torre, de Scalabrini Ortiz, de FORJA. Pero actualizado. Que utilice la lucidez de conciencia surgida por la guerra en todos los sectores de la población. Hasta en la literatura. No exclusiva ni primordialmente en los campos de batalla. Que no descarto tampoco en nombre de ningún principio. El lujo del pacifismo humanista, abstracto, me lo podré permitir cuando **mi país se haya liberado**, lo hayamos liberado.

Tampoco exclusivamente en los *"Foros Internacionales"*. Si lo ignorábamos, hemos aprendido suficientemente qué podemos esperar de esos antros. Con mucho menos esfuerzo para nosotros y más segura efectividad. Por ejemplo, expropiando, para empezar, sin indemnización, o con alguna indemnización simbólica o razonable –a nuestro juicio, por supuesto–, la estancia El Cóndor de su Majestad la Reina, sita en Cabo Vírgenes, (Provincia de Santa Cruz), con 60 kilómetros de costa, sobre el Atlántico y el Pacífico, y frontera interna con Argentina y Chile a 600 kilómetros de Malvinas. Por supuesto, negando lisa y llanamente la deuda con los bancos ingleses, o decretando una moratoria *sine die*, hasta que nos convenga pagar lo que **realmente** debamos. Ejemplifico. solamente. Cuando llegue, que llegará, la hora de la Verdad de la explotación británica de la Argentina, desde la Colonia hasta nuestros días, más de un Vate se sorprenderá de lo mal que leyó su Shakespeare.

Como ahora voy a coincidir –muy tangencialmente por cierto– con el discurso de Perlongher, el cual, a su vez es **una modalidad** del discurso **del exilio** y con el antimilitarismo del 95 por ciento de la adorable clase media a la cual, con menos marginalidad de la que quisiera, pertenezco (las clases populares, terminemos de aprenderlo, antimilitaristas en abstracto no lo son); tiemblo. Tengo, inevitablemente, que hablar de **nuevas relaciones sociales** en la Argentina, y no podré evitar algunas categorías políticas, como **nación** y **patria**, que han servido tanto para un barrido como para un fregado, pero que me parecen insustituibles. Algo me tranquiliza recordar que el Filósofo de Tréveris, hablando en 1847 sobre fantasmas que recorrían Europa, decía: *"Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del poder político, su exaltación a clase nacional, a Nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida, ni mucho menos, con el de la burguesía"*. Al citar así, me siento un poco *demodé*, lo confieso, aunque intuyo que el año próximo lo seré un poco menos. De todas maneras prefiero quedar fuera de moda, y no obsoleto, como a mi entender ha quedado **todo discurso de exilio** que no se haga cargo de la **novedad** introducida por Malvinas en las relaciones sociales internas e **internacionales**. Aunque sea difícil percibirlo desde los recaladeros prestigiosos de la Diáspora. Y más difícil desde el **exilio** o la expatriación **internas**.

(Hay una variante del discurso exiliar 1976-1983 que merecería ser analizada con detención. Me refiero a los *reportajes a exiliados*. Algunos de nuestros Medios han logrado hacer de ellos casi un género literario, de tanto rigor estructural y pureza de estilo como un Apólogo o una Canción de Amigo o un Rigodón. De la misma monotonía, por cierto El Reportaje se presenta bajo dos formas: 1) Lúcido Reporteado-Actualmente-Residente-En + Interrogante, por lo general con propensiones literarias; 2) Lúcido Reporteado-de-Paso-por-Buenos Aires (por razones particulares o, por ejemplo, para *premiére* de película o presentación en feria de su nuevo libro, édito en Cataluña) + Interrogante, igualmente propenso que *ut-supra*. En ambos casos, con mayor o menor frivolidad, se pregunta, se contesta, sobre casi todo lo humano y lo divino. La dictadura, la censura, el monetarismo, los desaparecidos, las torturas, las penurias de la ausencia, el trémulo apetito del retorno, la tenaz memoria de la infancia, el barrio, ese Buenos Aires que tiene un no sé qué, ¿viste? Lo que Interrogante e Interrogado se cuidarán como de la enuresis de mencionar es la Guerra de Malvinas.

Me he preguntado por qué. Entiendo o creo entender lo que le pasa al exiliado: se fue de la Argentina premalvinas y a ésa quiere retornar. Esa la conoce bien, su certeza opinativa lo demuestra. La otra, la posmalvinas, ni él, ni el interrogante, ni los sumisos lectores, ni nadie, la conocen, ni pueden conocerla, porque todavía no **es**, no está constituida, como lo estaba la preexiliar o la coexistente con el exilio, por lo menos bajo la congelación con que el exiliado que define su exilio como político necesita imaginarla. Una Argentina de *imposible permanencia en ella*. Imposibilidad política, por supuesto, donde no hay tarea política posible salvo (¿por qué no?) morir. Y la Argentina posmalvinas **parece** haber perdido esa condición. Quizas no del todo ni para todas las personas, pero si **para casi todos los discursos**. De ahí ese singular fenómeno, inconcebible en la España de Franco, para no retroceder demasiado en el tiempo, o en la Argentina de Rosas, de la **presencia del ausente** a través de aquello que sera la causa misma de su no querida (?) ausencia, su **palabra**. Y no una *Iskra* clandestina introducida por los pasos de frontera por barbudos militantes disfrazados de buhoneros o de Hermanitas de los Pobres, sino en tiradas dominicales de supersuplementos. ¿Puede evitarse el duro término de **complicidad**? Me cuesta imaginar cómo. Y me interesa menos el Interrogado que el Interrogante, porque con éste convivo. Este tiene el po-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

der, y lo puede utilizar conmigo. Aunque sea el triste poder de una pluma alquilada. No para ganarse el arduo pan en *'Policiales'* o en *'Deportes'*, *'La mujer y el hogar'*, sino para fabricar ideología, o para ponerla al día, no preguntando, por ejemplo: *"¿Qué hiciste allá con Malvinas?"*

La derrota específicamente militar, **tecnocrática** latente en el solo hecho de decidir la invasión sobre el modelo de las Operaciones Comando, con un sigilo que fue riguroso sólo para la totalidad de la población civil y **la inmensa mayoría de los cuadros** de las tres armas, pero no para los servicios de inteligencia de EE.UU. e Inglaterra es, efectivamente, inseparable de la estructura actual de nuestras fuerzas armadas y de la **ideología** que se ha ido imponiendo en ellas desde el fin de la II Guerra Mundial, concretamente, de la subordinación a los proyectos e intereses nacionales de EE.UU. De la misma ideología dependen, en última instancia, la dictadura impuesta en 1976, los métodos empleados para contrarrestar a las organizaciones insurreccionales armadas (secuestro, tortura, ajusticiamiento, confinamiento clandestino, etcétera), la política económica iniciada por Martínez de Hoz y continuada casi sin modificaciones hasta la fecha, los intentos de traspaso condicionado del gobierno, la perduración de los grupos paramilitares, los negociados, la censura, la política cultural y educacional...

Otras fuerzas armadas, o las nuestras, en otra etapa histórica, aun adueñadas del Estado, o no hubieran decidido la invasión, o la hubieran ligado con una **causa nacional** mediante la cual pudieran contar con el **consenso previo** de la mayor cantidad de sectores sociales internos, ya que nunca, y menos en un país dependiente, es posible contar con la unanimidad. Ese consenso no sólo es necesario para lograr la movilización eficaz de los efectivos militares, asegurar la logística y sostener la guerra un tiempo prolongado, sino para que los propios combatientes profesionales, los cuadros de oficiales y suboficiales, se sientan **legitimados** subjetivamente para ir a morir y hacer morir.

Esa causa nacional, en principio, **pudo articularse legítimamente** en torno de las Islas, mal que le pese a Borges y a Perlongher. Siempre, claro está, que no se la hiciera girar en torno de un mito histórico, que no se la redujera a la recuperación de un territorio más que marginal, aunque geopolíticamente clave, sino que se la incluyera en el **rescate pleno y conquista** de la soberanía política y económica.

Pero esto implicaba –¡nada menos!– crear la conciencia de que en el siglo XX, **colonialismo** significa **imperialismo**; que el imperialismo inglés y estadounidense, sobre todo, es nuestro **enemigo estructural** y permanente, en la medida en que sus intereses nacionales y los de las clases que en

ellos ocupan el Estado son **necesariamente** opuestos a los nuestros, en todas y cada una de las dimensiones de nuestra vida social y nacional. Obviamente esta prédica, esta creación de conciencia generalizada, no podía estar a cargo de Galtieri, Costa Méndez, Alemann.

Y esto me lleva otra vez a mi ilusión de relaciones sociales nuevas. El enfrentamiento eficaz con el imperialismo, en la medida en que requiere comenzar por el **enfrentamiento interno** con los representantes y beneficiarios locales de la sumisión, supone necesariamente la participación decidida de todos los sectores populares (clase obrera, capas de la clase media, burguesía con intereses relativamente autónomos), y esta participación sólo puede pedirse con sentido si a cada uno de estos sectores se le ofrece una situación económica y social mejor de la que poseen. Desde la Cruzada de los Niños, a ningún pueblo se lo puede movilizar para una guerra sin asegurarle alguna ventaja. Por eso Gran Bretaña, que lo sabe, no emplea conscriptos sino mercenarios o gurjas. A los conciudadanos *punk* los mantienen para atraer turismo japonés. Si no, ya estarían convertidos en abono nitrogenado. *"La Argentina después de la guerra no puede volver a ser la de antes"*, decía Lami Dozo, profético.

La democratización precaria y condicionada, incierta, que estamos viviendo; la creciente integración (reversible, por supuesto, en cualquier momento) en los No Alienados; la revisión profunda que se está produciendo sordamente en el seno de las fuerzas armadas; el peso de una tarea nacional no resuelta (recuperar las Malvinas), son todos efectos de la guerra y expresiones incipientes de relaciones sociales nuevas, ya constituidas, cuyo desarrollo nos implica a todos los argentinos.

Presentes o ausentes del territorio, estamos incluidos en una nueva estructura de problemas o en una nueva fase dinámica de la estructura consolidada alrededor de 1880. Dentro de esta estructura reformulada, la Literatura tiene que moverse. O para no hacer metonimias, los que en ella de alguna manera, de muy distintas maneras, estamos. Su curso, por supuesto, no es determinable, ni mucho menos exigible, desde ninguna estética. Cada cual elegirá –tiene que reelegir– para quién, en dónde, cómo, sobre qué escribe. Cuidándonos todos, pienso yo, de no girar en el vacío. De no encontrarnos otra vez frente a la **sorpresa** que a algunos los llevó a la expatriación, exilial o no, a los otros a la permanencia impotente frente a una guerra terminada casi antes de empezar, de la cual la literatura, convidado de piedra, sólo puede hacerse cargo posthumamente. *Sero uenientibus, ossa, "para los que llegan tarde, los huesos"*.

Buenos Aires,
1° de septiembre de 1983

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Posdata

Párrafo 3. El *'Entredicho'* de *Sitio*, Nº 2 dice: *"La guerra –imaginábamos– forzosamente nos dejaría en relaciones sociales nuevas (por momentos las suponíamos fundantes, inaugurales), y nos preguntábamos qué función dentro de ellas nos tocaría cumplir"*. Perlongher reemplaza dentro del paréntesis *"fundantes"* por *"triunfantes"*, simpática paronomasia irónica, pero lo hace dentro de comillas de transcripción textual. No, Perlongher: el carácter de *"fundantes"* para nosotros no supone el de *"triunfantes"*. ¿Para usted sí?

Párrafo 5: Lo que decimos que *"fue expectador neutral en todas las guerras que durante este siglo alteraron sustancialmente la estructura material y cultural de la humanidad"* es el país, la Argentina, no el Estado, como intenta hacernos decir. No nos referimos a guerras ni limpias ni sucias, entre naciones o entre metrópolis y sus colonias, guerras entre estados o guerras civiles. Las englobamos a todas. ¿Por qué a usted le parecerá que **nosotros** hablamos sólo de Estados y de guerras según el *De iure pacis et belli o* la convención de Ginebra? ¿Somos tan oscuros o sibilinos? ¿O usted no puede imaginar algo distinto?

Párrafo 7. ¡Perlongher! ¡Perlongher! ¿Por qué un golpe tan bajo, de *savate, di furca, de capoeira?* ¿Me va a decir que la alusión a la *"democracia, fuerte y ordenada... que todos nos propusimos en 1976"* puede entenderse de otra manera que como sarcasmo?

Párrafo 8. Gracias por la rememoración. ***Psicologia de las masas***. Se lee en Introducción a la Psicología, en primero de la facultad. Habla sí, de la *"libidinosidad de los vínculos militares"*, pero entre los miembros del mismo ejército, no entre enemigos. Si el poema analizado *conyuga*, es en el nivel de la metáfora, lo cual es mucho más terrible. Relea bien.

Tramas Bibliográficas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Contra la borradura del tiempo. Una lectura de "Así, todavía", un posible cruce con los planteos de Saer (la guerra real /la guerra de la escritura contra lo real).

'Así, todavía.' En Andrés Rivera, **La lenta velocidad del coraje.** *Alfaguara, Bs. As., 1998.*

El arte es ante todo la conciencia de la desgracia,
no su compensación"

Maurice Blanchot

Una vez más, Andrés Rivera ha escrito un texto significativo. *"Así, todavía"*, relato que encabeza el volumen ***La lenta velocidad del coraje*** pone en evidencia la desgarrada escritura que cobija otras escrituras, las propias y las ajenas, sobre un sitio constante y crucial en la literatura argentina: **el desierto**.

Rivera se aleja, desde el aliento inicial, del bucólico paisaje de Echeverría y de la amable llanura de Güiraldes para recobrar el signo que une los disímiles textos de Sarmiento y Hernández, es decir, el **desierto como maldición**, aunque la barbarie que señala el Facundo se reduzca, en Martín Fierro, a la *"tierra de indios"*, pero ambas prefiguran y designan un **lugar maldito** en la tierra propia. En las páginas de Rivera, ese sitio se evidencia como **destino**, acercándose a la mirada de Martínez Estrada (la pampa como fatalidad) y se resuelve como territorio de la nada, del vacío sin sentido, como cifra del dolor y el amor perdidos, como espacio del más cruel de los olvidos, con lo que, finalmente, se aproxima –desde una experiencia narrativa muy distinta– a las figuras concéntricas, a los vórtices que diseña la mirada de J.J. Saer en *'El viajero'* y ***Las nubes***. Allí donde Saer dice: *"Esa monotonía adormece las cosas... terminan adaptándose a esa ilusión de repetición, las cosas flotan más allá de la experiencia, más allá, incluso, del conocer"*[1], Rivera dice: *"Cuando la interminable noche del desierto giraba sobre sí misma"* o *"...la inmutable eternidad del desierto"*.

El *"rugoso universo patagónico"*, espacio de lucha entre el ejército y los indios, concentra su desolación profunda en los fortines; allí, en uno de ellos, la escritura de Rivera se detiene para contar la historia del Capitán Gustavo Hantín, joven militar de placentero pasar en Buenos Aires, enviado por castigo al sur y al frío, al mando de algunos soldados *"que envejecen"*. Cuando Hantín llega al fortín el centro del relato se desplaza: el espacio (el desierto que adquiere las formas de *"un infierno que ni el mismo diablo es capaz de concebir"*) y el tiempo (*"que demolía, lento y despiadado, a forti-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nes anónimos...") allanan el texto minimizando las figuras de esos tristes hombres, que se desvanecen en la desolación y la desmemoria: el tiempo, silencioso, opera su borradura.

El final encontrará a Hantín embargado de ausencias: su prestigio, su juventud, los favores femeninos, sus ilusiones, quedaron en un lejano Buenos Aires. En el desierto, sólo podrá enorgullecerse de un par de lustrosas botas, motivo de una confusa disputa final que terminará con su muerte a manos del ayudante Ramón Vera, *"el que nunca tuvo"*, soldado que repite la relación amo-esclavo de ***La sierva*** y que termina con la *"sorda victoria del oprimido"*, isotopía que aparece en toda la obra de Rivera, una verdadera escritura de la resistencia estética, política y existencial.

Ambigüedad y sentido

El relato de Rivera, fiel al estilo personalísimo de sus textos anteriores, opera como una daga que se desliza silenciosa por el **cuerpo textual** y se detiene allí donde el escritor necesita reiterar los nombres que el tiempo se obsesiona en borrar. Rivera narra y repite, y vuelve sobre los mismos nombres con la insistencia de quien se sabe en una lucha desigual **contra la borradura del tiempo**.

La ambigüedad de los datos habla de esos olvidos: el fortín está en un lugar impreciso, los personajes del desierto no poseen historias ciertas; es que Rivera parece desconfiar de la exactitud de la crónica y descreer de las eficacias cronológicas porque, en medio de una ola de publicaciones de novelas históricas, indaga en **el significado de la experiencia nacional**, no en sus recovecos anecdóticos. Castelli, Sarmiento o Rosas dicen, desde sus tiempos, el tiempo presente, cobran actualidad porque ayudan al escritor y al lector a tomar **conciencia de la desgracia**, como designaba Blanchot la función del arte.

Cercano a los planteos de Juan José Saer en cuanto a las posibilidades de la escritura para contar la historia desde una *"organización significante que diga cómo debió ser o pudo ser lo real"*, Rivera avanza mejor que ningún otro escritor argentino por la cornisa que separa la invención y la historia sagrada, escribiendo desde esa misma cornisa, desde ese borde, desde ese pliegue que, finalmente, las sintetiza.

En *'Así, todavía'*, que no incluye personajes históricos, la trama convoca a la historia desde un eficaz manejo de la ironía: como filosos puñales se clavan en el **cuerpo textual** algunos registros políticos, lacerantes por sí mismos, que evidencian ese vínculo: *"Se sabe, una Escuela Militar enseña disciplina y hace de la obediencia un culto, y forja, en sus alumnos, preceptos de ética imprescriptibles y luminosas pautas de consideración hacia el mundo civil"* / *"la clase vagabunda que no tiene hogar, ni profesión, y que importa una amenaza permanente contra el orden social y político"*. La ética militar, la **obediencia (debida)**, la concepción del otro, del gaucho, del pobre, no son discursos irrelevantes en la experiencia argentina y Rivera deja aflorar su vigorosa actualidad desde una enunciación sutil, apenas implícita, pero contundente. Cruza esos registros en su propia trama para expandir su posición rebelde, su resistencia cabal, su personal manera de dar cuenta de las frustraciones colectivas y los sueños postergados.

'Así, todavía' recupera, en este aspecto, la esencia del mejor texto de Rivera (***La revolución es un sueño eterno***) que cuenta la desgracia y las ilusiones de un Castelli preso y agónico que lee –no por casualidad– el Quijote de Cervantes.

Escritura en expansión

En una zona fascinante del relato, el Capitán Hantín susurra imprecaciones y luego se duerme. Los soldados, que rodean los ronquidos del capitán, se envuelven en sus ponchos y hablan de los generales *"que daban nombre y fronteras al país que amaban..."*. Ese relato circular, esa escritura en espiral, reúne a los hombres que viven y sueñan con un país deseado y distante, pero los sueños ceden terreno a la ironía: *"los generales, cuando enfermaban, subían y viajaban a Francia, patria de los hombres cultos... para visitar a compatriotas que cultivaban el exilio"* Y el texto vuelve, como desandando el espiral, a los soldados *"de mala muerte"*, esos que *"no eran senadores ni diputados. No eran estancieros. No fundaban diarios. No eran jueces..."* Esos paisanos, siempre anónimos, son rescatados por la palabra de Rivera, que se convierte en poesía para decir sus muertes en medio de la muerte que el desierto configura: *"Allí se pudrirán sus cuerpos, sus vagos recuerdos, su remota juventud, en la que cuajó algo de cariño y algo de clemencia, que una boca quiso donarles cuando la ausencia es corta, cuando el día conserva, aún, la transparencia de la creación"*.

La mimetización de los cuerpos como **nadas** en la **nada** del desierto le sirve a Rivera para vincular esas muertes con la palabra más significativa y dolorosa del léxico contemporáneo de los argentinos: *"Desaparecido en acción. Desaparecido. Desaparecido"*.

'Así, todavía', finalmente, se interroga por un destino que vacila entre el milagro y la perversidad, entre la voluntad y la fatalidad, cuestiones éstas que exceden la cuestión histórica y local para plantear la situación del hombre en el mundo, como la del Capitán Hantín, cautivado por la *"yegua de la noche"*, ese símbolo que conjuga el destino inescrutable, el desierto circular y profundamente oscuro, y el sexo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como placer, misterio y arrullo, entre la muerte y la salvación.

El concepto de ficción:

La reciente publicación de ***El concepto de ficción***, de Juan José Saer[2] reactualiza el programa y las ideas de un escritor obsesionado con la construcción de un texto futuro, un relato que enlace con la tradición (con una tradición: Sarmiento - Arlt - Macedonio - Borges - Di Benedetto...) y opere, adivine, presagie la escritura por venir, el texto produciéndose. (Pensemos en ***Las nubes***; pensemos en *'Así, todavía'*).

Una de las ideas que Saer vuelve a desarrollar se vincula con el nombre mismo del libro; descentrar el concepto de **ficción,** desedimentar el pensamiento que emparienta lo **ficticio** con lo **falso** y lo **real** con lo **verdadero** se constituye en su dispositivo teórico más relevante. Su propio espacio de reflexión, construido por el ensayista y el escritor que introduce el ensayo como forma narrativa en sus relatos es una clave de su programa: la ficción no elude la realidad, por el contrario, la busca desde caminos múltiples, entendiéndola en su complejidad; el ensayo, entonces, plantea su carácter doble: empírico e imaginario en sus contenidos y también en su contexto genérico (ensayo o ensayo *"novelesco"*).

En uno de los textos, *'La canción material'*, diferencia **biografía y narración**; al no cuestionamiento de la *"apariencia de lo real"* que muestra la primera se opone la actitud crítica de la segunda. Ese cuestionamiento que la narración ejerce provoca la construcción de una *"nueva realidad"* (que cambia según las épocas: epopeya, novela, nueva narrativa, ¿relato futuro?). Esa *"organización significante de lo material dice cómo podría ser lo real"*, concluye Saer. Por eso narrar no es copiar (biografiar), es inventar; no es reflejo de lo real sino *"significación de lo material"*. En ***El concepto de ficción***, trabajo que abre el volumen, arremete contra los dogmas del realismo tradicional: *"la definición de verdad integra elementos dispares y contradictorios"*. A partir de Solienitsin argumenta contra los presupuestos del realismo interrogando al interior mismo de esa estética: *"para su tarea, informes y documentos hubiesen bastado"*. Sin embargo, el escritor ruso se vale de la ficción pero como *"sirvienta de su ideología"*. A este gesto Saer opone la *"apología de lo falso"* que advierte en la novelística de Umberto Eco y sintetiza: *"ni lo verdadero ni lo falso como opuestos"* y recurre a Borges y su ***Ficciones*** como maquinaria más apropiada para tratar las relaciones complejas de lo real y nunca como exaltación de lo falso a expensas de lo verdadero.

En el relato de Rivera, estos planteos cobran nuevo sentido cuando los hechos históricos (y muchas veces también los nombres de la historia) reclaman otro formato, otra zona de enunciación, porque la rigidez de la **crónica** y las limitaciones de la llamada **novela histórica** no bastan para expresar la intensidad de la experiencia narrativa que, a su vez, piensa e indaga la experiencia nacional.

Sergio G. Colautti

Notas

1 Saer, Juan José, ***Las nubes***, Seix Barral, 1997

2 Saer, Juan José, ***El concepto de ficción***, Ariel, Bs As 1997

Una zona misteriosa

Cuentos Completos 1 y 2 por Manuel Mujica Lainez, Alfaguara, Bs. As. 1999, 429 y 436 páginas. (Prólogo de Jorge Cruz)

La revista ***Contorno*** se ocupó de Mujica Lainez en al menos tres trabajos: en el nº1, Adolfo Prieto se encarga de él en *'A propósito de **Los Ídolos**'*; en el nº3, David Viñas lo incluye en su trabajo *'Otros tres novelistas argentinos por orden cronológico'* junto a Leopoldo Marechal y Silvina Bullrich; en el nº5/6 (dedicado a la novela argentina), Rodolfo Mario Pandolfi (seudónimo de David Viñas), arremete en *'Mujica Lainez y el gran cambio'*. ¿Qué tienen de común todas estas notas de los contornistas? La perspectiva de una crítica que busca ubicar a los escritores **mayores** en un nuevo sitio, en un nuevo canon. Hoy podemos decir que aquellas lecturas fueron **eficaces** con Manucho... Y quizá, también con Marechal y Bullrich. Pero el telón de fondo, esto es, la maciza obra de Borges no se adaptó al esquema.

En el nº1 de ***Contorno*** (1953) Adolfo Prieto anticipa con Mujica Lainez el uso de las tesis sartreanas de ***¿Qué es la literatura?*** que un año después descargará con toda su fuerza en su lectura sobre Borges (***Borges y la nueva generación***, Letras Universitarias, 1954). En ambos casos, Prieto afirma de Mujica y de Borges que son *"literatos sin literatura"*, escritores sin obra. Claro que Prieto se cubre de Borges con pasajes como estos: *"... el deslumbramiento* (que los lectores sienten) *del orbe borgiano; la rara imaginación, la sutileza, la amplitud, la erudición y el encanto del estilo"* (***Borges y la nueva generación***). Con Mujica Lainez, en cambio, será más radical: *"En este capítulo de nuestra historia literaria, se hablará con alguna morosidad de Mujica Lainez (como de Borges, Bioy Casares, Mallea), pero no creo que se pueda decir nada de **Los ídolos** ni de alguna de sus obras anteriores"* (***Contorno***, nº1, pág.5)

David Viñas, manteniendo la perspectiva sartreana, señalará al igual que Prieto, la decadencia, el ocio y la literaturización que impregna la novelís-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tica de Manucho, pero irá más allá, proponiendo una hipótesis *"sugerente"* (recuerde el lector que hablamos de 1954): Mujica Lainez es *"fatalmente"* borgiano: *"Ser borgiano era la única posibilidad de Mujica Lainez: no quiso serlo ni se lo impuso ni sintió vocación, fue borgiano por* ***gravedad.*** *Tenía que caer en eso"*. Pero Viñas no se detiene allí: Si Mujica es alguien, lo es en la medida en que escribe las novelas que Borges no escribirá: *"Correlativamente: si Jorge Luis Borges hubiera tenido que confeccionar una novela, hubiese escrito* ***Los ídolos*** *o* ***La casa****..."* (***Contorno***, n°3, 1954, pág.8).

Es notable como estas lecturas inspiradas en aquel existencialismo sartreano que envolvía la crítica literaria de nuestro campo intelectual en los '50 lograron afianzarse y, aún, permanecen sin ser totalmente revisadas. Llama la atención cómo Adolfo Prieto y David Viñas ignoran que Mujica Lainez era a esa altura de los acontecimientos un narrador/cuentista con un libro de relatos tan importante como ***Misteriosa Buenos Aires*** (1950). Y la omisión no es menor: en estos ***Cuentos Completos*** hay casi novecientas páginas llenas de cuentos, y que precisamente nos son borgianos, sino **fatalmente** *"lainezeanos"*. ¿Y cómo decir que cuentos como los de ***Misteriosa...*** presentan caracteres **ociosos**, que son *"biografías de extraños personajes minados por la vacancia de sus vidas?"* ¿Cómo decir de esas historias de argentinos azotados por el hambre, las creencias, el dolor y la escasez que *"viven, hablan y mueren a contramano de los millares de argentinos que conocemos en el comercio social?"* Todo lo dicho para caracterizar a sus novelas, ***Los ídolos*** o ***La casa*** definitivamente parecen relativizarse para posibilitar una descripción más ajustada de la cuentística de Mujica Lainez.

Era necesaria esta edición de Alfaguara porque nos permite recuperar en su conjunto a toda esa **otra** obra de nuestro autor. Sobre todo, por dos razones: la primera, de carácter intrínseco a la propia escritura de Manucho ya que al recorrerla comprendemos hasta qué punto Mujica Lainez estuvo toda su vida escribiendo y re-escribiendo siempre un único y definitivo cuento. Segundo: porque hace apenas unos años la novelística de este autor ya había sido puesta a disposición de las nuevas camadas de lectores, ignorándose esta veta de un autor cuyo rasgo más notoriamente argentino es haber escrito cientos de cuentos. En definitiva: ¿no resulta paradójico –y casi artificial— que en un país de cuentistas (de Echeverría a Borges) los cuentos de Mujica nos hayan parecido "extraños?" Paradójico o no, estos cuentos nos invitan a salir de nuestro aturdimiento e internarnos en una verdadera **zona misteriosa**, que como siempre, resultan ser las más interesantes de recorrer...

Carlos Gazzera

¿Cuál es la delgada frontera que separa a un héroe de un asesino?

Kelper, por Raúl Vieytes, Clarín Aguilar, 1999, 237 págs.

"Analicé el problema en el que estaba metido: una misión de tres continentales, por lo menos uno de ascendencia galesa, había llegado furtivamente a las costas de la isla, durante la noche, para entregar el microfilm a los sesecionistas de Andrew Catcher. El insomne Tinnie Busterhills, de guardia en la playa, había capturado a uno de ellos como prisionero, minutos antes de que los soldados ingleses atraparan a los compañeros del intruso. Como a Tinnie no le gustaban los soldados, lo llevó al único sitio abierto en ese horario, 'donde entrabas por la puerta de atrás'. La casa de Pete Holligray sirvió como lugar físico para el interrogatorio, pero Tinnie Basterhills ya lo había traído con la cabeza partida y el forastero apenas llegó a balbucear nada concreto..."

De esta manera comienza el raconto que Len Bresley realiza acerca de los acontecimientos sufridos. El narrador, dueño de las tierras en las que vive y trabaja, hombre de familia y representante de lo más destacado de la sociedad falklandesa, se ve involucrado en una historia de crímenes, mentiras y traiciones. Historia que se inicia con un asesinato y que desencadena una serie. La trama de la historia nos atrapa en el deambular del personaje Bresley y al mismo tiempo nos introduce en el análisis de una sociedad y un territorio desconocido para el lector. El de las islas Falkland.

Este territorio es transitado por Bresley, desde su estancia cercana al cementerio Charles Darwin, dónde habían sido sepultados los soldados argentinos, al centro de las islas, a la Iglesia, a la taberna de Mikehew, a la casa de Pete Holligray, centro del mercado negro y la prostitución de Port Stanley, a la base militar de Mount Pleasant. Un territorio surcado tan sólo por tres carreteras principales que dejan a cada lado las diferentes zonas de pastoreo de ovejas, las costas recortadas en las que se descarga el mar y las playas cerradas porque todavía continúan minadas desde la guerra del '82.

La conciencia de este territorio es un tema recurrente en la reflexión del personaje, las islas son sólo eso, un territorio aislado del resto del continente, al igual que el hombre, siempre aislado, cerrado, a lo externo. Aislados de la madre patria (Gran Bretaña), como del continente más cercano, el de los argies; aislados (alejados) físicamente del resto del mundo pero al mismo tiempo aislados en su propio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mundo. Porque el hombre es eso, *"una isla"*, frente a otros hombres-islas.

Esta sociedad falklandesa recuerda airada la invasión de los argies, *"La nuestra era la vecindad más pacífica del planeta hasta que los argentinos vinieron a agitar la idea de que los kelpers les pertenecíamos a ellos."* Los bombardeos, la toma de rehenes, la matanza de sus animales, el miedo al argie, al desconocido, permanecen vigentes en el isleño.

El hombre aislado del exterior se defiende frente al mismo, defiende su territorio, su aislamiento. El recuerdo de la guerra permanece vigente y desencadena acciones frente a lo desconocido. Tinnie Basterhills sufre de insomnio y vigila las costas ante el peligro de un nuevo desembarco. Andrew Catcher es relegado de la sociedad por haber sido colaborador de los argies y mantener contactos con el continente. La llegada de tres continentales desencadena dos bandos, los isleños y los otros.

Kelper es una novela que no da tregua hasta sus últimas páginas. Una novela que se sitúa en el presente y que alude al pasado. El pasado se encuentra allí, en la guerra del '82, y el presente reactiva ésa misma guerra, con una modalidad diferente. Una guerra que todavía no ha terminado. ***Kelper*** es la primera novela de Raúl Vieytes y obtuvo la Primera Mención del premio Clarín de Novela 1999; y en esta novela, Vieytes parece querer indagar una problemática,la de la guerra por otros medios, y abre una puerta. Cuenta una historia como cualquier otra pero la ubica en un territorio que no es cualquier otro. Despierta una lectura que va más allá de los asesinatos; un thriller, sí; pero su escenario, las Falkland.

Marina Villarruel

Derramarse en perlas

Cuando Lugones conoció el amor (cartas y poemas inéditos a su amada) de María Inés Cárdenas de Monner Sans, Seix Barral, Bs. As., 1999, 310 págs.

La historia es simple: en 1926, el profesor Guash Leguizamón les recomendó a sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que leyeran el ***Lunario sentimental*** que Lugones había publicado hacía muy poco tiempo. Como el libro se había agotado inmediatamente, una de aquellas alumnas, quizá la más *"tímida"*, fue decidida a pedírselo a su propio autor. Se llegó así hasta la sede de la Biblioteca del Maestro, que dirigía, por aquellos años Leopoldo Lugones. Cuando esta alumna lo encaró, nuestro poeta se puso a la

defensiva: *"¿Viene por un autógrafo?"*.

De aquella parquedad, Lugones pasaría a recordar aquel encuentro como un hito de la renovación de su vida. Aquel momento puede leerse en el poema *'La hora del destino'*: *"Lo que aquella tarde me cambió la vida/ dejándola a la otra para siempre atada, / fue una joven suave de vestido verde/ que con dulce asombro me miró callada"*.

¿Quién era aquella joven que cambiaría la vida de uno de los esposos *"más fieles"*? Se llamaba Emilia Cadelago. Y produjo tal impacto en Lugones que, según se dijo en 1938, cuando en un hotel del Tigre Lugones bebió su porción de cianuro, que aquel trago hundía sus raíces en este amor profundo, visceral y frustrado. Emilia Cadelago era hija de un ingeniero naval, que revestía con un alto grado en la Armada Argentina. Lugones tenía 52 años y ella apenas era una veinteañera. El romance con Lugones se prolongó por casi siete u ocho años, hasta que Leopoldo Lugones hijo, el tan recordado **introductor** de la picana en los ámbitos de la Policía Federal, llevó adelante una pesquisa, donde no estuvieron ausentes, la violación de correspondencia, las escuchas telefónicas y hasta los **apretes** a la familia Cadelago y los apremios a su propio padre a través de la amenaza de internarlo como *"alienado"* en una clínica psiquiátrica.

Este libro de María Inés Cárdenas de Monner Sans recopila las cartas y los poemas que el mismísimo don Leopoldo le dedicara, a lo largo de sus ocultos intercambios, a Emilia Cadelago. Es que María Inés se convirtió en la albacea literaria de Emilia con el compromiso de que esas cartas no se publicarían hasta que ella muriera. Y si bien Emilia murió en mayo de 1981, hasta 1984 y bajo el título ***El cancionero de Aglaura***, parte de este material no fue publicado. Ahora, este libro recupera su actualidad para las nuevas generaciones que poco conocen sobre la vida y la obra de nuestro gran **poeta nacional**. Se han incorporado más copias de los originales y un buen texto introductorio (a cargo de la compiladora) a la vida y la literatura de Lugones. Se brinda, allí mismo, un buen perfil de Emilia y se contextualizan los años del romance.

¿Qué contienen las cartas? ¿Qué aportan a la comprensión de la obra lugoniana? Muchas cosas. En primer lugar, pone en mano de los lectores las pruebas fehacientes de que efectivamente Lugones tuvo una *"amante"*; y que aquella amante produjo definitivamente un hito, un **crack** biográfico. Después, demuestran que aquel amor lo apasionó hasta llevarlo al desvarío de firmar sus esquelas con semen y sangre *("derramar mis perlas", "las perlas de mis entrañas")*. También, enseñan que la **pasión**, la más profunda y radical **pasión**, no alcanza para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

escribir buena literatura. Muchas de las cartas –por no decir todas—nos muestran un Lugones de palabras chabacanas, tan mundano y débil frente a la fuerza del amor como cualquiera de nosotros. Nos muestran que el latín, el griego y toda la biblioteca de Alejandría no alcanzan para diferenciar a un enamorado vulgar de un enamorado culto. Lugones se igualó con el resto de los mortales porque su pasión fue tan descontrolada como su lengua y su diccionario. Cualquiera que recorra los poemas dedicados a Aglaura/ Emilia (nombre mitológico con el cual nombraba a su amor secreto), comprobará que pese a la sutileza de ese nombre, los esfuerzos por dar todo de sí, la poesía de Lugones (escrita con los jugos de sus **entrañas**) deviene en una poesía anti-lugoniana. Queda, entonces sí, el poeta (como cualquier hombre) frente a la pobreza del ejercicio de la lengua, frente a los límites del idioma para expresar sus sentimientos. Queda, en definitiva, el hombre / amante / niño, desnudo, inválido, desprotegido, balbuciente frente a la intemperie del amor. Y esa debilidad del hombre Lugones nos reconforta más, nos reenvía a su obra con la sensación de que detrás de sus libros vibró el espíritu de un hombre y no aquél rugiente poeta, vocinglero de las armas y el horror de las dictaduras de nuestro siglo.

Carlos Gazzera

Poesía plena

Alguien Llama. Carpetas de poesía argentina, Ediciones Radamanto, N°11, Año VII, Villa María, Febrero de 1999, 32 páginas

La lista aumenta y la antología de autores nacionales crece. Y con cada número publicado, el friso de la poesía argentina se hace más riguroso, más vigoroso. ¿Tiene su editor, Alejandro Schmidt, una línea clara para publicar poesía en ***Alguien llama***? Creemos que sí. Basta echar una mirada a los 11 números publicados para darse cuenta que la propuesta editorial de estas carpetas se basa en una doble articulación ideológica estética. Por un lado, el criterio de pensar a cada poema en el concierto de la lengua. Cada poema publicado en estas carpetas —creemos leer— entraña la tensión con el **lenguaje de los argentinos**. Por otro, cada poeta es considerado un universo único, un **universal** indivisible. No importa su consagración previa o su carácter de **inédito** o de desconocido. La mezcla, la combinatoria es el horizonte: mixtura de estéticas y de **lectores/ autores**.

Este nuevo número duplica la cantidad de páginas y redobla la apuesta a la cantidad de autores y textos: 16 poetas y algo más de 32 poemas. Destacamos entre los publicados a los cordobeses, Osvaldo Guevara, (con su ya clásica ***Oda al sapo*** que con gran acierto el editor de estas carpetas recupera para las nuevas camadas de lectores), Antonio Moro, Silvia Barei, María Alicia Dillon, Guillermo Bulgheroni y Gustavo Veneciano. Este último, casi desconocido por el mundo de la poesía local, nos sorprende precisamente con un excelente poema titulado *'Marco Aurelio'* de su libro inédito (y que esperamos leer pronto), ***Nekuia***. *"... Ese mar de anaqueles me desgarra/ y brota de mí una disculpa tímida: / he vivido en páginas, letras, diálogos/ interpretados una y otra vez./ Estoy cansado, / no puedo pensar,/ no soporto tanto polvo y me ahogo./ No deseo piedad."*

Entre los platos fuertes de esta carpeta n°11, ubicamos, en la tapa, un bellísimo poema de 1982 de Héctor Yánover con el título *'Sigo andando'* y que compartimos con ustedes: *"Sigo andando/ pasan carros, plazuelas, / niños de tez ligera/ y yo atravieso vientos,/ ramas contra el cielo nublado,/ faroles contra la luna llena./ Tengo el rostro en espera/ como si a cada instante/ me fueran a dar la buena nueva./ Tengo el cuerpo dispuesto para todo trabajo/ y pronto estoy para partir y regresar/ hacer y deshacer, morir y continuar./ Pasan días iguales, alegrías de a peso/ y de pronto me paro frente a mi espejo,/ me contemplo un instante y trato de olvidar"*.

Completan esta carpeta, Carlos Bustiazo Ortiz, Silvio Javier De Gracia, María del Carmen Colombo, Rubén Vedovaldi, Alberto Muñoz, Héctor Miguel Angeli, Raúl Esper, Daniel Calmels y en la contratapa, el poeta de La Plata Horacio Preler.

Pese al incremento de páginas, estas carpetas siguen teniendo el mismo precio de venta (se pueden adquirir a tan solo dos pesos) y eso se debe, sin duda, a que un grupo de vecinos de Villa María sigue apoyando y subvencionando la construcción de esta histórica antología de la poesía argentina de fin de siglo.

Carlos Gazzera

Revista Tokonoma

N°6, Buenos Aires, Argentina.

Como prolongación del poema de Lezama Lima, *'El pabellón del vacío'*, el N°6 de la revista ***Tokonoma*** adquiere el colorido de un universo infinito inmerso en los espacios breves y delimitados del papel: *"Me voy reduciendo, soy un punto que desaparece y vuelve / y quepo entero en el tokonoma"*, reza el escritor cubano, mientras inaugura la cadencia de una larga serie de artículos y poemas que, en su mayoría, trazan un recorrido alrededor de las diferentes y múltiples expresiones de la cultura japonesa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Traducción y literatura conforman el cuerpo principal de un espacio en donde difundir los trabajos de autores orientales –no siempre al alcance de quienes desconocen su lengua– adquiere una relevancia singular, ya sea por la incorporación de artículos que se ocupan de desentrañar el modo en que estas categorías operan, sea por las diferentes lecturas que ahondan en este territorio desde una perspectiva anclada en los pormenores de una conformación nacional y que, a su vez, releva de los márgenes a quienes muchas veces se encuentran relegados a un círculo prácticamente minúsculo tanto por motivos editoriales (y de mercado), como por una voluntad invisible a la que, sin embargo, en ocasiones nos encontramos supeditados.

Asimismo, la traducción del cuento *'Sushi'*, de la autora Kanoko Okamoto (1889-1939); del breve ensayo *'El destino de las almas'* de Yanagita Kunio (1875-1962), con introducción de Amalia Sato, en el cual el etnólogo que se ocupara de la *"reconstrucción histórica del viejo sistema religioso animista, minkan shinko, escondido bajo las acrescencias externas impuestas por todas las posteriores religiones institucionalizadas"* retoma esta problemática a partir de las fiestas de Bon (celebración budista), cuando las *"almas de los ancestros son otra vez recibidas entre los vivos"*, según explica la editora; y las *'Tres versiones de lo imposible: Wang Wei'*, por el poeta concreto Haroldo de Campos, entre otras, favorecen a la construcción de un universo variado y sugestivo que procura iluminar el camino de una cultura aún poco transitada.

Los poemas de Mercedes Roffé, Adolfo Prior, Sergio Pangaro, Miguel Espejo, Anne Waldman –con **breve visitación** de Mercedes Roffé–, y Basilia Papastamatíu posibilitan en su diversa conformación temática descomprimir el inagotable mundo que la totalidad de los artículos podría terminar por asediar. Asimismo –y esto le otorga una respiración de orden y fluidez mayor– se destaca el trabajo de Rafael Cippolini acerca del ***Homo Novus*** de Xul (Solar), articulo que cifra sobre los modos en que los astros *"constituyen el corazón del Sistema Xulariano y dominan e interceden cada uno de los microorganismos perceptivos del **Homo Novus**"*, o del *"Hombre Nuevo o Neocriollo"*. Por su parte, Alejandro Sosa Días aborda el ciclo de los *'Tadeys'* de Osvaldo Lamborghini *("Signos despedazados con delicadeza")* a partir de la constitución de un entramado en **serie** que permita leerlos en contraste unos con otros, y que remite invariablemente a una publicación previa al conjunto de ***Poemas*** (1974), en el que el autor de *'La causa justa'* y *'El fiord'* elimina la primera parte.

Otro de los textos que se conjugan en el interior de ***Tokonoma***, es el trabajo de Luis Thonis, acerca del libro de Jean Genet, ***L'atelier d' Alberto Giacometti***, *'Los párpados cerrados'*, Silvio Mattoni incorpora a la breve novela de Yasunari Kawabata, ***La casa de las bellas durmientes***, un itinerario histórico cultural que ayuda a la comprensión del contexto desde el cual emerge. *'Japón macabro'*, de Guillermo Quartucci, se constituye en una suerte de denuncia de las *"fuerzas oscuras que hacen de Japón una de las sociedades más enigmáticas y contradictorias del planeta"*, en tanto contracara de un país que –frente a los ojos de occidente– llevaría en sí todos los atributos positivos de la modernidad: eficiencia, dinamismo, trabajadora (no ociosa), conservadurismo y una alta organización y desarrollo educativo y estético.

El artículo de Amalia Sato sobre el *'Haiku'* (forma poética aislada conformada por tres versos de 5-7-5 sílabas que constituye una *"forma moderna tanto japonesa como occidental"*), y el de John Timothy Wixted acerca del *"Kambun"* –de los trabajos de japoneses basados en el lenguaje clásico de China– que invita, a su vez, a una revisión de la tradición japonesa cuyo enfoque se encuentra hoy "distorsionado" y "empobrecido", devuelven al interior del número 6 de la revista el tono predominante que –junto al resto de las colaboraciones– posibilita leer en el conjunto establecido una forma cercana e intima donde proyectar y rever el modo en que la cultura japonesa –su poética y su narrativa– se incrusta una y otra vez sobre la obra de diversos escritores que supieron apropiarse de sus expresiones más elevadas, y releer así sus propias identidades, como también sus orígenes.

Gisela Heffes

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Agradecimientos

Personales:

Roxana Patiño, Beatriz Bixio, Carolina Scotto, Roberto Paoletti,

Adriana Sappia, Gonzalo Vaca Narvaja,

Susana Fiorito, Andrés Rivera, Fernando López, Gerardo Vincentti,

Claudia Rosa, Sergio Tagle, Archi Londero, Demián Oroz, Santiago Aguirre,

Miguel Dalmaroni, Verónica Delgado, María Paulinelli

Eduardo Lacoste, Ricardo Almada, Osvaldo Iachetta, Valeria Añón,

Adriana Fernández, Andrés Avellaneda, Fernando Reati,

Francine Masiello, Saúl Sosnowski.

Institucionales:

Alción Editora

Doxa Web Sites

Editorial Alfaguara

Editorial Beatriz Viterbo

Facultad de Filosofía y Humanidades UCC

Fundación Facultad Filosofía y Humanidades UNC

Fundación Pedro Milesi

Servicios de Radio de la Universidad Tecnológica Nacional Regional Córdoba

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bibliotecas donde puede consultarse Tramas...

(C) Colección Completa / (I) Colección incompleta

Bibliotecas Nacionales

- Biblioteca del Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas" de la Universidad Nacional de Buenos Aires **(I)**
- Biblioteca Nacional, Bs. As. **(I)**
- Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba **(C)**
- Biblioteca del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba **(C)**
- Biblioteca de la Escuela de Ciencias de la Información, Universidad Nacional de Córdoba **(C)**
- Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica Córdoba **(C)**
- Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Villa María, Villa María – Córdoba **(C)**
- Biblioteca Popular Pedro Milesi, Córdoba **(C)**
- Biblioteca Popular San Francisco, San Francisco – Córdoba **(C)**
- Biblioteca Popular "Justo José de Urquiza" Río Tercero – Córdoba **(C)**
- Biblioteca Popular/Municipal de Monte Cristo – Córdoba **(I)**
- Biblioteca Popular Nicolás Avellaneda - Cosquín - Córdoba **(I)**
- Biblioteca del Instituto "Nuestra Señora" **(I)**
- Instituto Educativo Dante Alighieri **(I)**
- Biblioteca Colegio San José - Córdoba Capital [Sol de Mayo]. **(I)**

Bibliotecas Internacionales

- Central Librery Universidad de Columbia (New York) [Nº 1, 7,8,9,10].
- The New York Public Librery (New York) [1, 3,4,5,6,7,8,9,10].
- The Library of Congress (Washington) [1,6,7,8,9,10].

Revistas con las que Tramas... tiene canje

Extranjeras:

- ***Cuadernos Hispanoamericanos*** (Madrid - España)
- ***Dimençaõ*** (Uberaba - Brasil)
- ***Hispamérica*** (Maryland - EE.UU.)
- ***Reflejos*** (Universidad Hebrea de Jerusalén – Israel)
- ***Trilce*** (Chile)

Nacionales:

- ***El ojo mocho*** (Buenos Aires)
- ***El vendedor de Tierra*** (Buenos Aires)
- ***Espacios*** (Universidad Nacional de Buenos Aires)
- ***Lote***, (Venado Tuerto – Santa Fe)
- ***Orbis Tertius*** (Universidad Nacional de la Plata)
- ***Paradoxa*** (Universidad Nacional de Rosario)
- ***Revista de Lengua y Literatura*** (Universidad Nacional del Comahue)
- ***Revista de Letras*** (Universidad Nacional de Rosario)

Córdobesas:

- ***Alguien Llama Carpetas de poesía argentina*** (Villa María)
- ***Borradores*** (Universidad Nacional de Río Cuarto)
- ***E.T.C. Ensayo, Teoría, Crítica*** (UNC),
- ***El Banquete*** (Alción – Córdoba)
- ***Estudios*** (CEA - Universidad Nacional de Córdoba),
- ***Horizontes*** (Villa María)
- ***La grieta y el sótano*** (Córdoba)
- ***La Mosca Muerta*** (Poetas del Aire – Río Cuarto)
- ***Los que cuentan*** (San Francisco),
- ***Nombres*** (Córdoba)
- ***Nueva Propuesta*** (Villa María)
- ***Pluma y Hueso*** (Córdoba)
- ***Pretextos*** (Córdoba)
- ***Sigmund: El psicoanálisis en el siglo*** (Córdoba)
- ***Umbrales*** (Cispren – Córdoba).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DOXA

Diseño Integral de Websites

Rodrigo Rapela

Av. Colón 172 - 2° Piso

rrapela@usa.net

TRILCE

una revista de poesía, creación y reflexión

Casilla 2501, Concepción, Chile
Tel.Fax 56/41 - 233667

HISPAMERICA

Revista de Literatura

Saúl Sosnowski,

5 Pueblo Ct.,Gaithersburg,
MD 20878-2067, U.S.A.

Teléfono: (301) 948-3494

Saul_Sosnoswki@ umail.vmd.edu

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BEATRIZ VITERBO

EDITORA

España 150, 2000 Rosario, Argentina
Tel. (54) (41) 827560 / 487521
Fax: (54) (41) 261919 / 318240
E-mail: bviterbo@satlink.com

Pueyrredón 1690 - 2° B
(2600) Venado Tuerto
Provincia de Santa Fe - Argentina

REVISTA DE
LENGUA Y
LITERATURA

DEPARTAMENTO DE LETRAS
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL COMAHUE

Av. Argentina 1400
(8300) Neuquén - Argentina
Tel. 099-425014

NO SE OLVIDEN DE
CABEZAS

José Luis Cabezas,
Reportero Gráfico.
Asesinado en Pinamar
el 25 de enero de 1997

Orbis Tertius

Revista de teoría y crítica literaria

CENTRODE ESTUDIOS DE TEORÍA Y CRÍTICA LITERARIA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Calle 48 e/ 6 y 7 - 1° Subsuelo
CP.1900 La Plata, Argentina
Tel. 54-21 38770 - Fax 54-21 253790
dhu@cespivm2.unlp.edu.ar

Espacios

de crítica y producción

Pub cac ón de a Facu tad de F oso ía y Letras – UBA

Comité de Redacción:

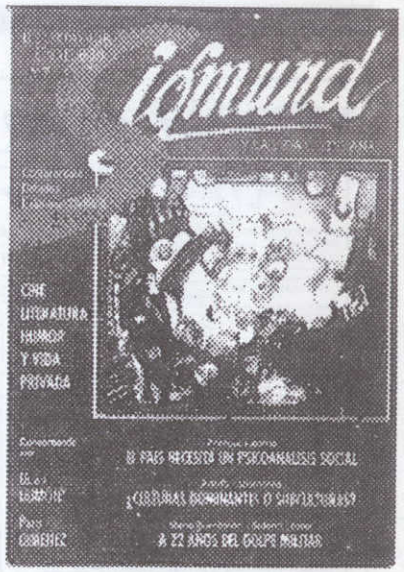
Jorge Dotti, Gladys Palau, José Sazbón y Pablo Gentili

Asesor Editorial y Secretario de Redacción:

Carlos Dámaso Martinez

Editores responsables:

Carlos Dámaso Martínez y Gladys Palau



Directora: Beatriz Aronovich

Obispo Trejo 417 -7° C - Telefax: (051) 229111
Córdoba (5000) Argentina
E-mail: sigmund@satlink.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ESTUDIOS 9

JUL 1997 — JUN 1998

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS

Saúl Taborda

La tradición entre la memoria y el cambio

La tuberculosis en Córdoba

Tecnología y desarrollo rural

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA

LA MOSCA MUERTA

Ediciones Poetas del Aire
Agencia Postal N°4 - CC. N°1
(5800) Río Cuarto - Córdoba - Argentina

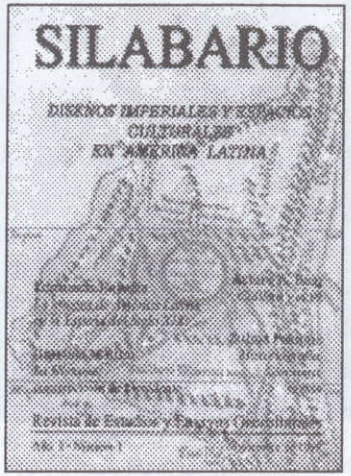
FONDO NACIONAL DE LAS ARTES

APOYO A LA CREACIÓN ARTÍSTICA

Alberto Matheu
Delegado en Córdoba
Tel. 0351 4656213

SILABARIO

DISEÑOS IMPERIALES Y ESPACIOS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA



El banQuete

Revista Anual de Literatura - Año II N°2 - Octubre de 1998

Publicación de **Alción Editora**
Colón 359 - Local 15 - Galería Cinerama
Tel./Fax: 0351-4233991
5000 - Córdoba - Argentina

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

583
enero 1999

DOSSIER:
El estrechamiento

Eduardo Lourenço
Los portugueses y el futuro

Juan Antonio Masoliver
Las voces de Antonio Machado

Centenario de Jean Racine

Entrevistas con Miguel Molina y Saúl Yurkievich

Ilustraciones de Alfonso Fraile

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS
N°583 - enero de 1999

Avda. Reyes Católicos, 4
28040 Madrid. Tel. 91 5838399 - 91 5838400 /01
Fax: 91 5838310 / 11 / 13
e-mail: Cuadernos.Hispanoamericanos@aeci.es

Hebenon

Rivista internazionale di letteratura

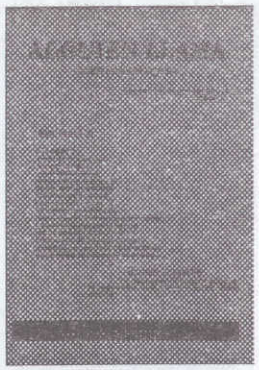
Anno III Seconda Serie n.2 Ottobre 1998

Hebenon
Rivista internazionale di letteratura
Anno III Seconda Serie n.2 Ottobre 1998

Associazione Culturale Hebenon
Via De Gasperi 16, 10010 Burolo (Torino - Italia)

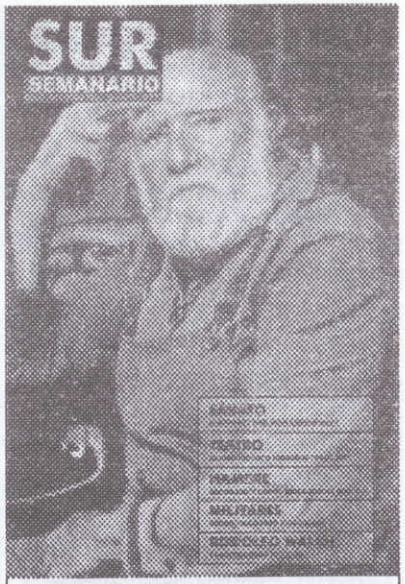
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ALGUIEN LLAMA
carpeta de poesía argentina



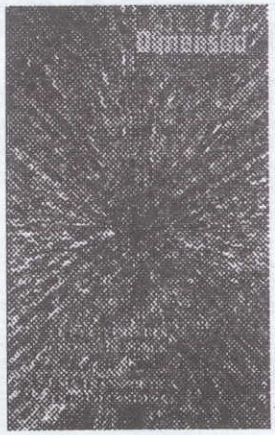
CARPETA N°11 - AÑO VII - FEBRERO 1999
EDICIONES RADAMANTO

Parajón Ortiz 696 - Villa María - CP. 5900
Pcia. de Córdoba - República Argentina
Tel. 0353-4535907



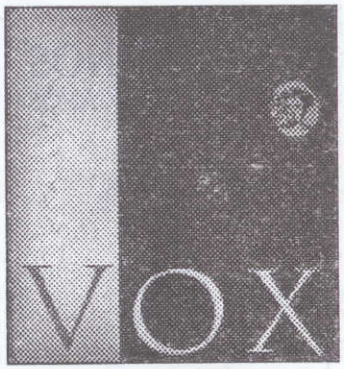
Publicación de EDICIONES SUR

Entre Ríos - Santa Fe



Dimensão - Revista Internacional de Poesia
Uberaba/Brasil ano XVIII - N°27 - 1998

Editor Guido Bilharinho
Caixa Postal 140
38001-970 - Uberaba /Brasil
Fax 55 34 312-1545



VOX - Revista Objeto
arte + literatura y otros simulacros

C.C. 895 (8000) Bahía Blanca
Buenos Aires
e-mail: senda@criba.edu.ar

Indice

Presentación 9

Textos Críticos

El rostro del enemigo. Algunas reflexiones sobre guerra, política y discurso
Por *Claudio F. Díaz* 17

La literatura de la primera guerra mundial y el prisma de Borges
Por *José Fernández Vega* 27

La representación del paisaje en la Campaña del Desierto. Los mapas de la guerra
Por *Fermín Rodríguez* 45

La representación del paisaje en la Campaña del Desierto La escritura de un rostro
Por *Paola Cortes Roca* 55

Variaciones. De guerras y memorias. Memorias de guerra. Guerra de memorias
Por *Mirta Antonelli* 63

Documentos

Introducción al documento N°1.
Nuestras guerras: nuestra identidad 82

Documento N°1.
Conducción política y guerra integral
Por *Juan D. Perón* 84

Introducción a los documentos N°2, 3 y 4.
Malvinas 100

Documento N°2.
Por la soberanía argentina en las Malvinas: por la soberanía popular en la Argentina.
Por *Grupo de Discusión Socialista* 102

Documento N°3
Las Malvinas: de la guerra "sucia" a la guerra "limpia"
Por *Leon Rozitchner* 112

Documento N°4
Entredichos 121

Tramas Bibliográficas

Contra la borradura del tiempo
Por *Sergio G. Colautti* 153

Una Zona Misteriosa
Por *Carlos Gazzera* 157

¿Cuál es la delgada frontera que separa a un héroe de un asesino?
Por *Marina Villarruel* 159

Derramarse en perlas
Por *Carlos Gazzera* 160

Poesía Plena
Por *Carlos Gazzera* 162

Revista Tokonoma
Por *Gisela Hefes* 163

Agradecimientos 167

Bibliotecas donde puede consultarse Tramas... 168

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se terminó de imprimir en la ciudad de Córdoba
en el mes de mayo de 2000

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar